# MISTERIO DE LOS MENSAJES SORPRENDENTES



En esta nueva aventura, los Cinco Investigadores tendrán que resolver un misterio relacionado con unos extraños anónimos que ha recibido el Sr. Goon, el policía del pueblo. ¿Quién envía estas cartas?, ¿qué misterio esconden?



Enid Blyton

# Misterio de los mensajes sorprendentes

## Colección Misterio 14

**ePub r1.0**
**gimli** 11.02.14

Título original: *The Mystery of the Strange Messages*
Enid Blyton, 1957
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: Lilian Buchanan
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



# Preámbulo

Éste es el libro decimocuarto que nos cuenta las aventuras de los cinco muchachos y el perro. Aquí están de nuevo Fatty, Daisy, Larry, Pip y Bets y, desde luego, el «scottie» «Buster». Está aquí también Ern, el sobrino del señor Goon, que, como de costumbre, es una pejiguera para su irritable tío.

Es un misterio bastante raro, es la consecuencia de otros misterios de menor importancia que se enlazan entre sí, pero Fatty y sus amigos no los abandonaron hasta que llegaron a resolverlos todos.

Este libro, a pesar de ser el decimocuarto de la serie constituye por sí mismo una obra completa. Las otras trece obras son:

*Misterio de la villa incendiada*
*Misterio del gato desaparecido*
*Misterio en la casa deshabitada*
*Misterio de los anónimos*
*Misterio del collar desaparecido*
*Misterio en la casa escondida*
*Misterio del gato comediante*
*Misterio del ladrón invisible*
*Misterio del príncipe desaparecido*
*Misterio del extraño hatillo*
*Misterio en la Villa de los Acebos*
*Misterio del cuadro robado*
*Misterio del fugitivo*

Espero que este misterio les gustará tanto como les han gustado los otros.

Buena suerte les desea,

El autor.

# Capítulo primero

# El señor Goon está enfadado

El señor Goon, policía del pueblo, estaba de un humor endiablado. Se sentó a su mesa de trabajo, mirando fijamente unas hojas de papel esparcidas en la misma, con sus correspondientes sobres, todo ello de muy baja calidad.

En cada hoja de papel había varias palabras pegadas de una manera irregular.

—Se trata de palabras recortadas de algún periódico —dijo para sí el señor Goon—. Ha recurrido a este ardid para evitar que la escritura a mano pueda delatarle.

Cogió las cartas y volvió a leerlas en voz alta añadiendo despectivos comentarios:

—¡Vaya una sarta de tonterías!: «ÉCHALE DE LAS YEDRAS». ¿Qué significa esto?, me gustaría saberlo. Y esta otra: «PREGUNTA A SMITH CUÁL ES SU VERDADERO NOMBRE». ¿Quién es Smith?

Leyó detenidamente el último recorte: «¿CREES SER UN BUEN POLICÍA? SERÁ MEJOR QUE VEAS A SMITH».

—¡Bah! —exclamó el señor Goon—. Mejor será tirarlos a la papelera.

Tomó luego los sobres y los inspeccionó detenidamente. Eran cuadrados, estaban confeccionados con papel muy barato, y en cada uno de ellos se leía solamente estas dos palabras:

«sr. goon»

Al igual que las cartas, las palabras de los sobres habían sido recortadas y pegadas separadamente. El apellido del señor Goon

había sido escrito sin mayúsculas lo que motivó que el policía hiciera un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Debe ser una persona sin educación la que escribe mi nombre con minúsculas —exclamó—. ¿Qué relación tendrá entre este lugar llamado «Las Yedras» y el sujeto llamado Smith? Debe de ser un loco, además de un mal educado. ¡Llamarme policía! ¡Le contaré las cuarenta en cuanto le pille!

Y suspendiendo de momento sus indignados comentarios se puso a gritar:

—¡Señora Hicks, venga al momento, por favor!

La señora Hicks, que estaba al servicio del señor Goon desde hacía varios años, contestó desde el interior y también a gritos:

—Déjeme que me seque las manos, y vengo en seguida.

El señor Goon frunció el ceño. La señora Hicks le trataba como si fuera un hombre vulgar y no un policía. Él hubiera deseado que el más mínimo de sus gestos de enfado asustara a la fámula y que ésta, al oír su voz, acudiera con la máxima rapidez. Pero no era así, y prueba de ello es que transcurrieron un buen par de minutos antes de que llegara la buena señora Hicks, jadeando como si hubiera corrido varios kilómetros.

—Justamente cuando estoy lavando… —refunfuñó la recién llegada. Y sin espera de ser interrogada, comenzó—: Permítame que le diga señor Goon, que es necesario comprar un par de tazas y…

—Ahora no tengo tiempo ni para hablar de sus cacharros —la interrumpió el policía de mal talante—. Vea esto…

—Por otra parte, el mantel para tomar el té, está hecho jirones —prosiguió tercamente la señora Hicks—. ¿Cree usted que se puede lavar la ropa en estas condiciones?

—¡Señora Hicks! La he llamado para un asunto de suma importancia —exclamó el policía severamente.

—Está bien, está bien —dijo la señora Hicks con un bufido—. ¿Qué ocurre? Si quiere conocer mi opinión sobre el sujeto que anda por estos alrededores robándonos la verdura, quizá pueda darle una pista. Yo…

—¡Cállese, mujer! —gritó el señor Goon, hecho una fiera y con grandes deseos de encerrarla en una celda por un par de horas—. Solamente quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—¿De qué se trata? Yo no he hecho nada malo —dijo la sirvienta un poco alarmada por la cara de pocos amigos que ponía el señor Goon.

—¿Se acuerda de estas tres cartas? —dijo él mostrándole los sobres—. Bien; ¿dónde las encontró exactamente? Dijo usted que una de ellas estaba en la carbonera, sobre la pala de recoger el carbón.

—Efectivamente —contestó la señora Hicks—. La habían colocado precisamente en el centro de la pala y todo lo que ponía el sobre era: «Señor Goon». Por eso se la entregué esta misma mañana.

—¿Y dónde dijo usted que encontró las otras? —preguntó el policía con un aire de interrogatorio oficial.

—Una de ellas en el buzón —contestó la criada—, y como no estaba usted en casa, se la dejé sobre la mesa del despacho. La segunda la encontré sobre el cubo de la basura, pegada con un trozo de papel engomado y no la vi hasta que fui a vaciar el cubo. Por cierto que pensé: «¡Vaya un sistema más original de dejar notas en todas partes…!».

—Sí, sí —asintió el señor Goon. Y añadió—: ¿Ha visto usted a alguien merodeando detrás de la casa? Alguna persona tiene que haber saltado la verja para dejar estas cartas en la carbonera y en el cubo de la basura y no haberle visto.

—No he visto nadie —replicó la señora Hicks—, excuso decirle que si llego a encontrar a alguien del escobazo que le arreo en la cabeza… ¿Son importantes estas cartas, señor?

—No —dijo el policía—. Probablemente se trata de algún gracioso. ¿Conoce algún sitio llamado «Las Yedras»?

—¿«Las Yedras»? —repitió la señora Hicks, con aire pensativo—. No, no conozco ninguno. ¿No querrá usted decir «Los Álamos», señor? Allí vive un caballero muy simpático; trabajo para él los viernes que no vengo a su casa, es una persona muy agradable…

—He dicho «Las Yedras» y no «Los Álamos» —atajó el señor Goon—. Bueno, eso es todo; puede irse, pero eche una ojeada al jardín de la casa, ¿de acuerdo? Me gustaría obtener una descripción de la persona que deja estas notas en mi casa.

—Desde luego, señor —dijo la criada—. ¿Y de la compra de un par de tazas más? Una se me ha roto en las manos y…

—De acuerdo, compre las tazas —dijo el señor Goon— y tome nota que no quiero que nadie me moleste durante una hora. Tengo un trabajo muy importante que hacer.

—Yo también —contestó la señora Hicks— el horno de la cocina pide a gritos una buena limpieza y…

—Bien, pues vaya y procure que pare de gritar —contestó enojado el policía, viendo el cielo abierto cuando la señora Hicks desapareció con sus bufidos.

El señor Goon estudió nuevamente las tres notas tratando de adivinar el enigma que entrañaban las palabras recortadas y pegadas sobre el papel. ¿De qué periódico habían sido recortadas? Ésta sería una buena pista, pero el señor Goon no veía la posibilidad de descubrirlo. ¿Quién las había enviado y por qué? Por otra parte, en Peterswood no había ningún sitio llamado «Las Yedras».

Comprobó, una vez más, la guía de carreteras y domicilios; después llamó por teléfono a la oficina de Correos.

—Aquí el policía Goon —dijo dándole importancia, y cuando le pasaron la comunicación al departamento principal, preguntó:

—Señor jefe de Correos: deseo una información, por favor. ¿Hay aquí en Peterswood, alguna casa, probablemente de reciente construcción, llamada «Las Yedras»?

—¿«Las Yedras»? No, no existe ninguna. Hay una que se llama «Los Álamos»; quizá podría ser ésta…

—No, no; no se trata de «Los Álamos» —asintió el señor Goon—. También estoy interesado por alguien cuyo nombre es Smith, quien…

—¿Smith? ¡Oh!, puedo darle por lo menos quince direcciones de «Smiths» en Peterswood —dijo el jefe de Correos—, ¿las quiere usted ahora?

—No, gracias —contestó el policía desabridamente colgando al propio tiempo el teléfono con enfado.

Volvió una vez más a examinar detenidamente las tres notas. Ninguna dirección ni nombre alguno. ¿De dónde vendrían? ¿Quién las había enviado? ¿Se trataba de algo importante o era, simplemente, una broma de mal gusto?

—¿Una broma? ¿Quién se atrevería a bromear con el Policía Goon, Comandante de puesto y representante de la Ley en

Peterswood?

Pero, un hormigueo se apoderó de todo su cuerpo, al venirle a la memoria la figura de un muchacho rollizo de sonrisa abierta.

—¡Este muchacho regordete, Federico Trotteville! —dijo en voz alta—. Ha venido a pasar las vacaciones en su casa y todavía sigue aquí. ¿Se tratará de ese renacuajo? Será capaz de enviarme estas cartas anónimas para que obtenga pistas falsas y haga indagaciones sobre cosas que se llamen «Las Yedras». ¡Bah!

Se puso a trabajar, pero en el fondo de su cerebro empezaba a bullirle el convencimiento de que el bromista podría ser Federico Trotteville y esta idea obsesionante hacía que su trabajo cotidiano resultara más lento que de costumbre.

Cuando estaba a la mitad de un informe, la señora Hicks irrumpió corriendo en la habitación.

—¡Señor Goon, señor Goon! ¡Acabo de encontrar otra de esas notas! —exclamó, respirando aceleradamente como si hubiera corrido un kilómetro, al mismo tiempo que dejaba encima de la mesa otro sobre cuadrado, cuyo aspecto ya resultaba familiar al señor Goon.

El policía dirigió una mirada a la misiva; efectivamente, su nombre venía escrito en el sobre: «señor goon», como las anteriores. Tampoco esta vez estaba escrito en mayúscula, lo cual indicaba, sin duda alguna, que procedía del mismo individuo.

—¿Vio usted a alguien? ¿Dónde lo encontró? —preguntó el policía, abriendo el sobre cuidadosamente.

—Pues había acabado de lavar la ropa y me disponía a tender el mantel, que, dicho sea de paso, está hecho jirones —expuso la señora Hicks— cuando, al meter la mano en la bolsa de las pinzas, encontré la carta.

—¿Había alguien por allí cerca?

—No; la única persona que ha venido esta mañana a casa es el chico que hace de repartidor de la carnicería y que trajo unas chuletas para su almuerzo.

—¡El chico de la carnicería! —exclamó el policía, levantándose como un resorte y asustando a la señora Hicks, que dio unos pasos atrás—. ¡Ah!, por fin empezamos a saber dónde estamos. ¿Vio usted a ese muchacho?

—No, señor. Yo estaba arriba haciendo la cama —explicó la sirvienta alarmada por la cara pálida del señor Goon—. Sólo le dije que dejara el paquete de la carne encima de la mesa y así lo hizo porque lo encontré allí; el muchacho se fue silbando y…

—Bien, eso es todo. Ya tengo cuanto quería saber —dijo el señor Goon—. Ahora voy a salir, señora Hicks; atienda al teléfono hasta mi regreso y no se preocupe que ésta es la última de esas notas. ¡El chico de la carnicería! ¡Lo voy a desollar vivo! Le voy…

—¡Pero si Carlos Jones es un buen chico! —replicó la señora Hicks—. El carnicero dice que el mejor que ha tenido hasta ahora.

—No estoy pensando en Carlos Jones —dijo el policía poniéndose el casco y ajustándose el cinto del uniforme—. ¡Se trata de otra persona! ¡Una persona que va a tener una sorpresa desagradable!

La señora Hicks estaba intrigada y llena de curiosidad, pero se abstuvo de hacer preguntas porque sabía que el señor Goon no soltaría prenda.

El policía salió de su casa a escape, montó en su bicicleta y se alejó a toda velocidad. En su bolsillo llevaba las cuatro cartas anónimas. Mientras pedaleaba, el policía reflexionaba sobre el contenido de la última nota recibida. La componían nueve palabras recortadas, igual que las veces anteriores, de un periódico y pegadas sobre una hoja de papel. «LO SENTIRÁS SI NO VAS A VER A SMITH».

—Tiene que ser ese regordete de Federico Trotteville. Estoy seguro. —Repetíase el señor Goon, pedaleando con rapidez—. Pero esta vez no me engañas, renacuajo. Tu estratagema de hacerte pasar por el chico del carnicero de nada te servirá. Ya no me harás perder más tiempo con notas estúpidas. Ahora no te escapas. ¡Vas a ver la que te espera!

Llegó a la verja de la casa de Fatty y, cuando la hubo franqueado se dirigió a la casa. De repente un pequeño «scottie» salió de entre unos arbustos y, ladrando alegremente, mordisqueó los tobillos del policía.

—¡Lárgate! —gritó el señor Goon arreando una patada al pobre chucho—. ¡Tienes tan malas ideas como tu amo! ¡Lárgate, he dicho! —exclamó una vez que el policía reconoció al perro como de

Federico Trotteville.

—¡Hola, señor Goon! —dijo Fatty—. Ven aquí, «Buster». No trate así a su mejor amigo —añadió el chico dirigiéndose al señor Goon—. ¿Parece que tiene usted prisa?

El policía bajó de su bicicleta; tenía la cara colorada después del pedaleo furioso que había llevado.

—Aparta al perro lejos de mí —dijo—. Tengo que hablar contigo, señorito Federico Trotteville; quiero hablar contigo largo y tendido. ¿De forma que te creías muy listo enviando esas notas, no?

—Palabra que no sé de qué me habla —contestó el muchacho intrigado—. Pero, entre, por favor. Dentro hablaremos mejor y más cómodamente.

# Capítulo II

# ¿Un nuevo misterio tal vez?

Federico Trotteville, familiarmente conocido por Fatty acompañó al señor Goon a través del recibidor hasta la sala de estar.

—¿Están tus padres en casa? —preguntó Goon, pensando que sería mucho mejor que los padres del muchacho estuvieran presentes durante la reprimenda que iba a propinar a su querido hijo.

—No; no están —contestó Fatty—. Pero los otros, sí que están aquí. Estoy seguro que a todos ellos les agradará oír su pequeña historia o lo que sea. Durante estas vacaciones —prosiguió Fatty— hemos estado bastante inactivos, respecto a resolver misterios, señor Goon, y nos gustaría que usted nos planteara alguno para ayudarle a resolverlo.

—Conque, ¿tus compañeros están aquí? —dijo el señor Goon—; entonces diles que pasen, que les conviene oír lo que voy a decir.

Fatty fue a la puerta y dio tal grito, que el señor Goon se sobresaltó y «Buster» salió como una exhalación de debajo de la silla empezando a ladrar fuertemente y el señor Goon le echó una mirada furiosa, tanto al perro como a su amo.

—¡Aparta de aquí a este maldito perro! —dijo—. Federico, ¿por qué no sacas a este animal de la habitación? ¡Si se me acerca, le doy una patada!

—No. Espero que no lo haga —contestó Fatty—. ¿Le gustaría que le denunciase a la policía por crueldad hacia los animales, señor Goon? ¡«Buster»! ¡Cállate!

De pronto, una gran algarabía se oyó en la escalera y

precipitadamente, entraron en la habitación Larry, Daisy, Pip y Bets, ansiosos de saber por qué Fatty había lanzado aquel grito. Los muchachos se quedaron sorprendidos al encontrarse con el fornido policía.

—Hola, señor Goon —dijo Larry—, ¡qué sorpresa más agradable!

—De forma que estabais aquí reunidos —comentó el señor Goon, observando al grupo—. ¿Supongo que estaríais maquinando alguna travesura, como siempre tenéis por costumbre?

—Exactamente no —dijo Pip—. La madre de Fatty está haciendo limpieza general en el desván y nosotros la ayudamos, si bien, al mismo tiempo, tratamos de encontrar alguna cosa que sirva para nuestras diversiones. Señor Goon, ¿tiene usted alguna cosa que le sobre? Por ejemplo: un par de cascos viejos que ya no use.

Al oír las palabras de Pip, Bets se echó a reír maliciosamente y se escondió detrás de Fatty para evitar la mirada severa del policía.

—Sentaos —ordenó el señor Goon—. He venido para hablaros de un asunto muy serio. Tengo que enviar un informe a la Jefatura de Policía sobre un asunto que está relacionado con alguno de vosotros y he pensado que antes de enviarlo convendría que me dijeseis si tenéis alguna cosa a objetar sobre el mismo.

—Esto es muy interesante —dijo Fatty sentándose en el diván. Y añadió—: Siéntese usted también, señor Goon; pongámonos cómodos y escuchemos la historia que va a relatarnos.

—Federico, no me gusta en absoluto tu aire descarado, te lo aseguro —empezó por decir el señor Goon, sentándose ampulosamente en la butaca más confortable de la estancia—. Dime ante todo y antes de que empiece nuestra charla: ¿Por qué cuando yo llegué, no estabas en el desván con tus amigos?

Algo sorprendido por la inesperada pregunta del policía, Fatty replicó:

—No estaba arriba, porque había bajado algunos trastos que debía amontonar en el garaje. Entonces, oí ladrar a «Buster» y, salí a ver a qué obedecían aquellos ladridos. ¿Por qué me pregunta todo eso?

Sin contestar a la pregunta, añadió el policía:

—En primer lugar te diré que estoy enterado de lo que has estado haciendo esta mañana. Te has disfrazado y hecho pasar por

el mozo de la carnicería poniéndote un delantal a rayas, una peluca roja y…

—Siento decirle que todo esto no es verdad —atajó Fatty—. Creo en verdad que hubiera sido más divertido pasearme disfrazado de mozo de carnicería, en lugar de estar trajinando estos viejos y malolientes cacharros, pero ante todo, debo de decir la verdad, señor Goon. No querrá usted que mienta para complacerle. Lo siento, pero yo no he actuado esta mañana como mozo de carnicería.

—Conque, ¿afirmas que no es verdad lo que digo? —continuó el policía alzando la voz—. Entonces, ¿tampoco será cierto que dejaste una nota en la bolsa de las pinzas de tender la ropa y otra en la carbonera cuando viniste a casa?, y que…

Fatty estaba tan atónito que no podía articular palabra lo mismo que sus compañeros. Se miraban unos a otros pensando que el señor Goon se había vuelto loco. «Bolsa de pinzas», «Carbonera». ¿Qué significaban estos enigmas?

—También debiste creer que eras muy inteligente al pegar otra de estas notas a mi cubo de la basura —siguió el señor Goon.

El señor Goon hizo una pausa, dirigió una desafiante mirada a los muchachos, que le escuchaban en silencio, atónitos, y prosiguió en tono sarcástico, dirigiéndose a Federico:

—¿Dónde pondrás la próxima nota? Vamos, dímelo. Me gustaría saberlo, porque así iría directamente a cogerla.

—Pues le diré a usted —contestó Fatty con el ceño fruncido, aire de reto y tono zumbón poniéndose en la misma postura que el policía—. ¿Qué le parece si la próxima se la coloco en la regadera, si es que tiene usted alguna?, o ¿mejor en la cesta de ir a la compra?

—¿O en su mesita noche? —añadió Larry metiéndose en la conversación y dirigiéndose a Fatty—. De esta manera el señor Goon no necesitaría preocuparse en buscarla porque la tendría delante de sus narices.

El aludido se puso pálido y miró alrededor severamente y Bets pensó que en aquel momento le gustaría estar muy lejos de aquella habitación. No tenía nada de agradable el señor Goon cuando miraba de aquella manera.

—Esto no tiene ni pizca de gracia —dijo el policía enfadado—, no la tiene en absoluto y vuestra actitud me hace creer más firmemente que nunca que estas notas, tan tontas, las habéis escrito vosotros.

—Señor Goon, le aseguro formalmente que no tenemos la menor idea de lo que está usted hablando —dijo Fatty seriamente, viendo que el policía estaba realmente preocupado por las notas aludidas —. ¿Por qué no nos aclara a qué ha venido exactamente y nosotros le diremos, con toda sinceridad, si sabemos algo de ello?

—Yo lo que sé es que tú, Federico, estás mezclado en este asunto —dijo Goon—. Esto «huele» a una jugarreta tuya para que sirva de diversión a los demás. Pero enviar notas anónimas no es una diversión; ¡es una acción castigada por la ley!

—¿Qué es una nota anónima? —preguntó Bets—, no lo acabo de entender.

—Son cartas enviadas por alguien que, por alguna razón, teme el poner su nombre al final de las mismas —explicó Fatty—. Normalmente las cartas anónimas no llevan ni remitente, ni firma y sólo las envían las personas falsas y cobardes. ¿No es así, señor Goon?

—Así es —contestó el policía— y la verdad es que tú mismo te has definido muy bien si eres precisamente el que ha enviado estas notas.

—Pero ¡si no he sido yo! —protestó Fatty, empezando a perder la paciencia—. ¡Por el amor de Dios!, señor Goon, vamos al grano y díganos qué ha ocurrido. Estamos completamente a oscuras.

—A ver si conoces todo esto —dijo Goon, sacando de su bolsillo las cuatro notas—. Voy a leer estas cartas a ver si refresco tu memoria. Aquí está la primera: «PREGUNTA A SMITH CUÁL ES SU VERDADERO NOMBRE». Y la segunda dice: «ÉCHALE DE “LAS YEDRAS”». Esta nota reza: «¿CREES SER UN BUEN POLICÍA?». «SERÁ MEJOR QUE VEAS A SMITH», y la última: «LO SENTIRÁS SI NO VAS A VER A SMITH». Como podéis ver se trata de unas notas muy raras, mirad, ni siquiera están escritas a mano.

Seguidamente tendió los escritos a los muchachos, que los examinaron con curiosidad.

—El autor de estas notas recortó las palabras de un periódico y

las pegó sobre una hoja de papel —dijo Larry—. Esto es un truco muy viejo empleado por los chantajistas, para que no se pueda identificar su letra.

—Este asunto es realmente muy interesante —comentó Fatty—. ¿Quién es Smith y dónde está la casa llamada «Las Yedras»?

—No conocemos ninguna —dijo Daisy—, pero me consta que hay una casa llamada «Los Álamos» en nuestra calle.

—¡Bah! —replicó el señor Goon con fastidio al oír, una vez más, que le sugerían «Los Álamos».

Nadie le hizo caso.

—También existe una finca llamada «Los Abetos» —añadió Bets — y otra «Los Castaños», pero no recuerdo ninguna llamada «Las Yedras».

—¿Y este señor Smith? —preguntó Fatty mirando a una de las notas—. ¿Por qué tiene que marcharse de «Las Yedras» o lo que sea?, y, ¿por qué el señor Goon ha de preguntarle cuál es su verdadero nombre? Debe de tratarse de un nombre falso que usa con algún proyecto determinado.

—Realmente parece un misterio —dijo Pip ilusionado—, no hemos tenido ocasión de descifrar ninguno durante todas estas vacaciones y esto es excitante.

—¿Dijo que encontró estas notas en la bolsa de las pinzas, en la carbonera y en el cubo de la basura? —preguntó Fatty al señor Goon—. ¿Dónde encontró la otra?

—Lo sabes tan bien como yo —gruñó el policía—. Se hallaba en el buzón de las cartas. Lo recogió mi sirvienta. Luego, cuando me dijo que el mozo de la carnicería había venido esta mañana, precisamente a la hora en que fue encontrada la última nota, comprendí quién era el depositario de estas cartas.

—Conforme, pero el caso es que yo no soy el mozo de la carnicería —replicó Fatty—. ¿Por qué no se lo pregunta usted a él mismo? ¿O prefiere que lo haga yo? Este asunto resulta muy interesante, señor Goon, y yo creo que, detrás de todo esto, se esconde algo raro.

—Desde luego. Pero insisto en que el culpable eres tú, Federico Trotteville —dijo el señor Goon—. No lo niegues, te conozco muy bien y no permito que me cuentes más tonterías.

—Será mejor que terminemos esta discusión —dijo Fatty muy enérgico pero cortés—. Yo nunca digo mentiras. ¡Nunca! Tendría que saberlo desde hace ya mucho tiempo. He hecho diabluras de toda clase, pero no soy mentiroso, mas, puesto que usted cree lo contrario, lo mejor es que recoja esas cartas y se marche.



El señor Goon, ofendido, se levantó de su butaca, cogió las cartas que tenía Fatty y las tiró violentamente al suelo, y con airado acento, dijo:

—Te las puedes guardar. Tú las enviaste y te las puedes quedar, pero ten cuidado, si vuelvo a recibir otra, informaré al superintendente Jenks de lo que ocurre.

—De todas maneras, será mejor que lo haga —dijo Fatty—. A lo mejor detrás de todo esto se esconde algo serio. Usted me tiene manía y le repito que no sé nada de estas cartas anónimas. Ahora, le suplico, de nuevo, que me deje en paz.

—¿Por qué no buscó huellas digitales en los sobres y en las cartas, señor Goon? —insinuó Pip de repente—. Así usted sabría si fue o no Fatty quien mandó esas notas.

—Tened en cuenta que todos nosotros hemos manoseado estos papeles y, por consiguiente, hemos dejado en ellos impresas nuestras huellas —aclaró Fatty.

—Huellas digitales —dijo burlonamente el señor Goon—. ¡Bah! Eres lo suficientemente inteligente para haberte puesto guantes al enviar esos anónimos, Federico Trotteville. Bueno, ya he dado mi opinión sobre todo esto y me voy, pero acuérdate de mis palabras: otra nota y te encontrarás en un lío, tan tremendo, que «desearás no haber nacido».

«Además, debería de quemarte ese disfraz con el que has querido hacerte pasar por el mozo de la carnicería. De todos modos, estoy seguro que si no hubiera sido por ese disfraz, nunca hubiera supuesto que eras tú el que mandaba estas notas. Ya has utilizado disfraces otras veces».

El policía abandonó la habitación, dando un fuerte portazo que asustó a «Buster» y empezó a ladrar desaforadamente.

—¡Cállate, «Buster»! —dijo Fatty, sentándose de nuevo en el diván. Y dirigiéndose a sus compañeros, preguntó—: ¿Qué opináis acerca de esas notas? Muy extraño, ¿verdad?

Mientras tanto Larry había recogido las cartas del suelo y las puso sobre la mesa.

Los cinco quedaron pensativos, contemplando los papeles.

—¿Por qué no hacemos de detectives? —dijo Larry, ilusionado —. Estoy seguro de que Goon no sacará nada en claro; ¿por qué no

lo intentamos nosotros?

—¡Desde luego! —contestó Fatty—. Empieza otra nueva aventura para nosotros.

# Capítulo III

# El señor Goon está preocupado

El señor Goon regresó a su casa en bicicleta y de un humor de perros.

Fatty siempre conseguía de una manera u otra llevarle la ventaja. Pero, así y todo, el policía continuaba creyendo que la razón estaba de su parte.

¡De qué modo ese muchacho gordinflón le había engañado disfrazándose de manera tal que se le confundiera con el mozo de la carnicería!

Bien, de todas maneras, Goon podía decirle a la señora Hicks que el asunto de las notas estaba solucionado y que el culpable había recibido un castigo ejemplar.

Dejó la bicicleta apoyada en la verja y entró en su casa, encontrando a la señora Hicks que estaba materialmente rodeada de agua y jabón, fregando el suelo de la cocina.

—¡Oh!, ¿ya está usted de vuelta? —empezó diciendo—; a propósito, tengo que comprar unas bayetas, porque ésta ya está que no sirve para nada. Está muy vieja y así no puedo…

—Señora Hicks —interrumpió secamente el policía señor Goon —: Respecto a esas notas, no encontrará ninguna. Supongo que le gustará saberlo. Estuve hablando con la persona que las mandó y le he dado un susto de muerte. Logré que lo confesara todo, pero, por esta vez, tuve consideración con él y lo dejé en libertad. Así, pues, ya no volverá a suceder esto.

—Se equivoca, señor —repuso la señora Hicks, levantándose con mucha dificultad y permaneciendo en pie delante del policía, todavía con los pertrechos de fregar en las manos—. Se equivoca

usted, porque encontré otra nota, después de que usted se hubo marchado.

—¡No es posible! —exclamó el señor Goon, dando un paso atrás.

—No obstante, es verdad, señor Goon —dijo la sirvienta—; la encontré en un sitio muy raro también. Nunca me habría dado cuenta de no haber sido por le lechero, que me avisó.

—¿El lechero? ¿Dónde la encontró? —dijo el señor Goon atónito —. ¿Dónde estaba?

—En la botella de leche vacía, que estaba fuera de la casa, por la parte trasera —siguió la señora Hicks, divertida por la cara de sorpresa del policía, y añadió—: El repartidor recogió la botella vacía y entonces fue cuando se dio cuenta de ello. La nota estaba pegada al cuello de la misma.

El señor Goon se dejó caer pesadamente en una silla de la cocina y dijo:

—¿Cuándo dejaron esa nota? ¿No podía haber sido colocada, por ejemplo, en el mismo momento que el mozo de la carnicería estuvo por aquí?

—¡Oh, no señor!, porque yo puse la botella allí minutos antes de que viniera el lechero —contestó la señora Hicks—. La lavé. Yo siempre limpio las botellas vacías antes de devolverlas. No hago como mucha gente… A los cinco minutos vino Joe, que es el lechero, y dejó la botella llena y se llevó la vacía.

—¿Y la nota estaba allí, entonces? —preguntó el señor Goon con incredulidad.

—Sí, señor, el repartidor me dijo: «¡Eh!, ¿qué hace esta nota aquí? Va dirigida al señor Goon», y me la entregó. Ahora mismo se la he dejado sobre la mesa del despacho.

—Dígame exactamente cuándo le entregó ese hombre la nota — preguntó el pobre señor Goon.

—Hace unos veinte minutos, señor —contestó la señora.

Goon se quedó abatido. Veinte minutos antes estaba él con los cinco muchachos, de forma que quedaba bien claro que no podían ser ellos los que pusieron la nota en la botella y mucho menos Fatty.

—Parece desconcertado, señor —dijo la señora Hicks—. Le voy a servir una buena taza de té bien caliente. La tetera está hirviendo.

—Sí, sí; mejor será que me tome una taza de buen té caliente —

dijo Goon, y arrastrando los pies, se dirigió hacia su despacho sentándose en su silla.

¿Y ahora qué iba a hacer? Evidentemente, no podía ser Fatty. Alguien más fisgoneaba la casa, escondiendo notas en los sitios más inverosímiles, cuando no había nadie por los alrededores y, ¡vaya jugada!, se había dejado las notas en casa de los niños. ¿Qué hacer? El señor Goon estuvo cavilando unos minutos y se alegró al ver entrar a la señora Hicks con una enorme taza de té. Esto le despejaría un poco.

—Le he puesto cuatro terrones de azúcar —dijo la sirvienta— y si quiere usted más, tiene aquí la azucarera. Le gusta a usted lo dulce, ¿verdad?, ¿señor Goon? Y a propósito, ahora que estamos hablando de ello, ¿cuándo comprará las bayetas que…?

—No hablemos de eso —cortó secamente el señor Goon—. Deje la taza sobre la mesa, señora Hicks; tengo algo muy importante que hacer, de manera que procure que nadie me moleste hasta la hora de almorzar.

La señora Hicks se alejó, ofendida, cerrando ruidosamente la puerta tras de sí. Goon la llamó de nuevo cuando estaba ya en el piso bajo.

—¡Eh, señora Hicks! Un minuto, que quiero hacerle una pregunta.

La señora Hicks entró de nuevo, con aire ofendido y dijo:

—¿Qué le interesa saber?

—El mozo de la carnicería, ¿cómo era? —preguntó Goon con vana esperanza todavía de que pudiera ser Fatty, disfrazado—. Y ¿trajo en verdad la carne que usted le pidió?

—¡Desde luego! —continuó la señora Hicks—. Dos grandes chuletas, de las que a usted le gustan. Ya se lo dije antes, así como también le advertí que no le había visto, puesto que yo estaba arriba. Pero, desde luego, era él. Reconozco su silbido; además, le oí llamar al niño de los vecinos desde la verja. Sin duda alguna, era Carlos Jones. ¿Qué es todo este misterio, señor?

—¡Nada, nada! —dijo el señor Goon, desalentado.

No podía ser Fatty de ninguna manera. No quedaba otra solución que pensar que el culpable era el verdadero mozo. Era fácil deducirlo, puesto que Fatty no podía saber la clase de chuletas que

normalmente compraba. ¡Oh, qué asno había sido!

El señor Goon inspeccionó nuevamente la nota que estaba encima de la mesa. El mismo sobre, de clase barata, como siempre, y de forma cuadrada también. Las mismas palabras recortadas y pegadas en el sobre:

«sr. goon»

¿Qué habrá dentro esta vez?

Abrió el sobre con cuidado. Hizo una pausa, acordándose de lo que dijo Larry sobre las huellas digitales, y podía haberlas en la nota que contenía el sobre. Goon fue a por sus guantes y se los puso, pero eran de una piel gruesa y le era difícil sacar la hoja de papel que había en el interior del sobre con aquellos guantes tan voluminosos.

Al fin lo consiguió y se dispuso a leer el mensaje. El sistema era siempre el mismo. Las mismas palabras recortadas y pegadas como de costumbre a una hoja de papel:

«¿POR QUÉ NO HACES LO QUE TE DIGO, CABEZA DE CHORLITO?», leyó, sonrojándose, furioso. ¿Quién escribía estas notas tan groseras? ¡Ah, cuando le echara el guante!

Se olvidó de su taza de té, que estaba ya frío. ¡Pobre Goon, estaba hecho un verdadero lío! ¿Por qué había ido a ver a Fatty aquella mañana y se había dejado allí las notas?

«Ahora no puedo informar al superintendente —pensó—. Si lo hago tendré que decirle que estuve con ese Trotteville y entonces él llamará al muchacho diciéndole que se cuide del asunto».

«Ese chico siempre se cruza en mi camino, entorpeciendo mi labor. ¿Qué hacer?».

Goon estaba verdaderamente preocupado. ¡Si por lo menos pudiera echar el guante al individuo que colocaba las notas! ¡Claro, eso era lo mejor por el momento! Tan pronto como lo cazara tendría el problema resuelto. Sí, ésa era lo mejor y lo que tenía que hacer. Pero ¿cómo estar vigilando todos los minutos que tiene el día? Esto era imposible.

Entonces tuvo una idea luminosa y su faz se tornó radiante. Llamaría a su sobrino Ern. Le daría una buena propina y Ern

vigilaría por él. Ern era despabilado y podía hacer el trabajo a la perfección.

Dejó su té, ya frío, y fue donde se encontraba la señora Hicks, que estaba saboreando su segunda taza de té.

—Tengo que salir —dijo—. Estaré de regreso a la hora del té. Vigile, no sea que alguien ponga alguna nota.

—Pero ¿y sus chuletas, señor? —comenzó la señora Hicks.

Pero todo fue en vano. Goon estaba montando ya su bicicleta y pedaleaba a toda velocidad hacia la casa de Ern.

La señora Hicks le vio alejarse y se sirvió la tercera taza de té. Bueno, si el señor Goon no volviera para la hora del almuerzo, ella se almorzaría las chuletas.

Mientras tanto, Fatty y sus amigos habían estado discutiendo lo que parecía ser a simple vista un nuevo misterio. Estaban en plena conversación cuando la señora Trotteville llegó de la compra, imaginándose que los trastos del desván habían sido ya trasladados y apilados ordenadamente en el garaje. Así, pues, no le hizo ninguna gracia el comprobar que todavía quedaba mucho que hacer.

—¡Caramba! —dijo—, os comprometisteis a trasladarme todo esto mientras yo estuviera en la compra y casi está todo por hacer. ¿Qué es lo que habéis estado haciendo entonces?

Nadie dijo una palabra sobre la visita del señor Goon, pues la señora Trotteville le hubiera disgustado saber que Fatty andaba «metido en misterios» otra vez. Estaba cansada de recibir la visita del señor Goon con quejas de su hijo.

—¡Lo siento, madre! Lo terminaremos esta tarde —dijo Fatty—. Larry y los demás volverán después de comer. De todas maneras, ya hemos llevado muchas cosas al garaje, ¿verdad?

—¡Eso espero! —dijo su madre—. Tengo que repasarlo todo. Arreglar lo que tenga compostura y poner precios a cada cosa. Por cierto, Federico, tengo los nombres y direcciones de unas cuantas personas a las cuales les gustaría dar algunos trastos para la «Subasta Benéfica» y deberías ir a recogerlas en un carretón.

—¡En un carretón! —dijo Fatty—. ¿Quieres decir que he de pedir prestado al jardinero su viejo carretón y que me he de pasear con él por las calles del pueblo? No, gracias.

—Larry puede ayudarte. Es una buena obra, de manera que yo espero que lo harás.

—Tú siempre haces buenas obras, madre —dijo Fatty—. De todas formas me gustaría tener una madre que hiciera menos, mejor dicho, ¡que no hiciera ninguna! Bueno, de todos modos, lo haré por ti, madre. Larry y Pip me ayudarán.

—Volveremos esta tarde y limpiaremos el desván —prometió Larry—. ¿A qué hora? ¿A las tres y media, es buena hora?

—Sí —contestó Fatty—, y al terminar nos iremos a merendar a la mejor cafetería del pueblo, ya que tendremos mucha hambre después de nuestro trabajo.

—Muy bien, os pagaré una buena merienda —dijo su madre riéndose—. Pero me doy cuenta de que olvidas de que deseas adelgazar, Federico.

—No me lo recuerdes, madre, ahora que ya estoy relamiéndome por los pasteles que me comeré esta tarde —gimió Fatty.

Por la tarde, los cinco, con «Buster» cruzándose continuamente entre sus pies, trasladaron una enorme cantidad de trastos del desván y, cuando estaban en lo mejor de su trabajo, un penetrante silbido se oyó desde el final de las escaleras.

—¿Quién es? —dijo Fatty, asustado.

—¡Caramba!, si es Ern —dijo mirando hacia la planta baja—. Ern, ¿qué haces tú por aquí?

—Baja —contestó Ern—. Tengo que decirte algo. Vivo con mi tío; vino a buscarme esta mañana.

—¡Que vives con Goon! —dijo Fatty, como no dándole crédito —. Pero tú… Ahora bajo y me lo contarás. Palabra, Ern, que esto sí que es una sorpresa. Estamos todos contigo en un segundo.

# Capítulo IV

# Un nuevo empleo para Ern

Los cinco muchachos se asombraron al oír decir a Ern que había venido a vivir con el señor Goon. A toda velocidad bajaron las escaleras del ático. Ern estaba muy complacido de volverles a ver.

—¡Bien! —dijo Fatty, dándole unas palmadas en la espalda—. ¡Siempre el mismo nuestro simpático Ern!

Y efectivamente, Ern aparecía exactamente igual que cuando les dejó ya algún tiempo, aunque quizás había crecido algo. Estaba rollizo como antes, sus mejillas eran como siempre, brillantes y sonrosadas y sus ojos un poco saltones recordaban los de su tío. El joven recibió a todos sonriéndoles con su mueca característica, que dejaba ver todos los dientes.

—¡Oh, estáis todos aquí! Esto es una suerte y estoy muy contento de veros —dijo.

—Vámonos ahora a mi cobertizo —dijo Fatty cautelosamente—. Allí podremos hablar sin que nos oigan. ¿No os parece que ya hemos bajado bastantes trastos y que mamá quedará satisfecha? El garaje estará pronto tan lleno de chismes, que no sé dónde va a poner papá su coche.

—Sí; ya hemos trabajado bastante —asintió Larry, que se encontraba realmente cansado después de haber estado bajando por la empinada escalera del ático una serie de trastos ciertamente pesados. Y añadió—. Yo por lo menos necesito un descanso.

Esto decidido, salieron todos por la puerta lateral y tomaron el sendero que conducía al fondo del jardín, donde Fatty tenía su cobertizo muy bien escondido entre árboles y arbustos.

La tarde, tan corta en invierno, tocaba a su fin y como ya

anochecía, encendió un quinqué y una estufa, pues el cobertizo estaba muy frío. Pronto el calor de la estufa atemperó la estancia y reconfortó al grupo de los seis muchachos y al inseparable «Buster», sentados todos muy juntos y contentos de tener un descanso después de haber trabajado de firme.

—No os voy a ofrecer nada para comer —dijo Fatty—, porque nos vamos a ir todos a merendar a una granja. Mi madre es la que paga y esto nos permitirá tomar cuanto nos plazca. Tú, Ern, puedes venir con nosotros y despachar lo que gustes.

—¡Encantado! —dijo Ern—. Y gracias, muchísimas gracias, Fatty.

—¿Qué pretende tu tío —preguntó Fatty— al pedirte que vengas a vivir con él, así, de forma tan súbita?

—Pues veréis; a la hora de la comida estábamos todos sentados a la mesa: mi madre, mis dos hermanos gemelos, Sid y Perce, y yo, cuando oímos decir a mamá: «¡Mirad quién viene por aquí!». Nos volvimos y vimos con sorpresa que se trataba de nuestro tío Teófilo que entraba en el jardín cabalgando pesadamente sobre su bicicleta.

—¡Caramba! Es verdad, ya se me había olvidado de que el señor Goon se llama Teófilo —dijo Bets con su sonrisa burlona.

—Sid y Perce —continuó Ern, muy contento de haber atraído la atención de todos sus compañeros—, salieron pitando escaleras arriba hacia los dormitorios, echando el cerrojo tras de sí, pues los pobres están obstinadamente intimidados porque el tío es policía. Yo, la verdad, también me disponía a escapar cuando el tío me gritó: «Eh, jovencito, quédate aquí que tengo un trabajo para ti. Te necesito para que ayudes a la Ley».

Ern dijo esto imitando magníficamente la voz ampulosa del señor Goon y sus solemnes gestos.

—Sigue, sigue —dijo riéndose Fatty celebrando el acierto con que Ern remedaba al policía.

—Entonces mi tío —continuó Ern—, dándome unas palmadas en la espalda, dijo: «¡Qué tal! ¿Cómo está el distinguido muchacho de la familia?». Este preámbulo nos hizo sospechar tanto a mi madre como a mí. Luego nos explicó que necesitaba que yo fuera a vivir con él y que mi misión era olfatear algunas cosas raras que estaban ocurriendo a su alrededor. Sin vacilar ni un momento le iba a

contestar que no, cuando él me dijo que me pagaría buenos honorarios por mi trabajo.

—¿Eso dijo? —preguntó Fatty—. ¿Qué te ha ofrecido?

—Pues media corona por día —contestó Ern—. ¡Repato! En mi vida he tenido yo tanto dinero junto. Con todo, me hice el remolón y le pedí más diciéndole. «Trato hecho, tío, pero, además de la media corona, me has de dar un plus para comprar un helado cada día». Y me contestó: «Conforme, pero con la condición de que has de venir conmigo ahora mismo».

—Espero que esta vez esté complaciente contigo —dijo Daisy recordando lo muy brutal que había estado con el muchacho en otras ocasiones en que habían vivido juntos.

—Eso espero yo también, pues ya le he advertido que regresaré a casa tan pronto como el trabajo no sea de mi gusto —replicó Ern en tono jactancioso—. ¡Trabajo! No sé por qué le llaman trabajo a lo que en realidad no es más que un asunto casi cómico. Se trata, simplemente, de vigilar si alguien merodea por los alrededores de la casa e intenta dejar alguna nota por los escondrijos, pues cuando mi tío tiene que salir no puede hacer la vigilancia. Y si llego a ver a alguien y sé explicarle bien y con todo detalle la persona de que se trata y cómo viste, etcétera, me dará un extra de cinco chelines.

—Por lo visto ya se ha convencido Goon de que no soy yo el depositante de las tales notas —dijo Fatty—. ¿Te ha dicho algo más, Ern?

—Sólo me ha dicho —contestó el muchacho—, que esta tarde la podía pasar aquí con vosotros por si queríais facilitarme algún detalle. Añadió que os dijera que ya podéis quemar aquellas notas que os dejó y que no os preocupéis más de ellas.

—Me supongo que él se imagina que nosotros vamos a abandonar este misterio de los mensajes extraños —dijo Pip—. Pues, no señor, no lo abandonaremos, ¿verdad Fatty?

—No, no lo abandonaremos —replicó Fatty—. Sin duda hay algo sospechoso en las tales notas y por eso no las quemaremos; es más, insistiremos en desentrañar el asunto. Propongo que mañana por la mañana celebraremos reunión para analizarlos cuidadosamente.

—¿Puedo darles un vistazo? —preguntó Ern lleno de curiosidad.

—Las tengo en casa —contestó Fatty—. De todos modos, es ya

hora de ir a merendar. ¿Has traído tu bicicleta, Ern?

—¡Claro que sí! —replicó el muchacho. Y después de una pausa añadió confidencialmente—: ¿No creéis que he tenido suerte? Pagar todos los helados que nos tomemos y así os compensaré en parte de los muchos que me habéis pagado en otras ocasiones.

Al decir esto miró a todos con su característica sonrisa, que parecía la mueca de un mono, y que, como tal, le hacía enseñar todos sus dientes. Ellos sonrieron también a su vez, complacidos al verle tan bonachón. Y es que Ern era, en verdad, un bendito de Dios.

A fin de cambiar de conversación, Pip se decidió a preguntar a Ern por su familia.

—Dime, Ern, ¿qué hacen tus hermanos? ¿Sigue Sid tan aficionado a chupar aquellos horribles caramelos tan pegajosos?

—No, ahora se ha aficionado a los «chiclets» —contestó Ern en tono burlón—, y es que el pobre tuvo un jaleo en la escuela por culpa de esos dichosos caramelos. Son, en verdad, tan pegajosos, que un día en clase, el profesor, de pronto, le hizo unas preguntas cuando él menos lo esperaba. En aquel momento Sid tenía en la boca uno de esos pegajosos caramelos y no le fue posible escupirlo con la rapidez suficiente para que el profesor no se diera cuenta de ello. Total, que resultó atrapado. Ahora se ha pasado a los «chiclets». Dice que son más «manejables» y que no quiere que vuelvan a pescarlo. En cuanto a Perce también está bien —siguió diciendo—. Si le hubierais visto a él y a Sid largarse a todo correr, esta mañana cuando vino el tío. ¡Os aseguro que ni una bomba atómica les hubiera hecho correr más de prisa!

Todos rieron la ocurrencia. Luego Fatty se levantó para decir:

—¡Vámonos! Y tú, Ern, en caso de que tu tío se quede en casa por la mañana, puedes venir a nuestra reunión. Por lo que veo estás más o menos metido en este asunto y, por lo tanto, puedes conocer también nuestros planes.

—¡Oh, sois admirables! —dijo Ern con gran alborozo—. Además, yo podría traer mi «POSIA» para leérosla. No está totalmente terminada pero trataré de acabarla esta misma noche.

Todos rieron a gusto. ¡Vaya chifladura la de Ern con sus «posías»! No había manera de que el muchacho dijera «poesía» de

manera correcta. Para él eran «posías» y nada más. Y lo bueno era que al pobre chico después que le costaba muchos esfuerzos para escribirlas, casi siempre se atascaba a la mitad y no había manera de seguir adelante.

Uno tras otro salieron del cobertizo de Fatty, que cerró cuidadosamente la puerta tras de sí. A ninguna persona mayor le estaba permitida la entrada en el chamizo y menos ver la cantidad de tesoros que Fatty guardaba allí dentro. Allí estaban todos sus disfraces, sus coloretes de maquillaje, sus dientes postizos, bigote y patillas. Al señor Goon le habrían saltado los ojos de gozo, si hubiera visto todo aquello.

Alegremente encendieron los faroles de sus bicicletas y se dirigieron a la granja para merendar. «Buster» saltó a su sitio de costumbre: la cesta de la bicicleta de Fatty. Entraron en una granja muy surtida con el perro pegado a sus tacones.

—Una mesa para seis —encargó Fatty cortésmente.

Pronto estuvieron todos acomodados alegres y bulliciosos ante la perspectiva de una buena merienda. La madre de Fatty les había dado diez chelines como recompensa por su trabajo; esa cantidad bastaba para pagar una merienda abundante, pero no alcanzaba para costear, además, un helado para cada uno.

Fatty buscó en su bolsillo algún dinerillo más, y debió de encontrar lo que deseaba, porque dijo alegremente a sus amigos:

—Yo propongo unas tostadas con miel para empezar, luego pastelillos de nata, seguidos de chocolate con leche y para terminar: un helado. ¿Qué os parece?

—¡Repato! —exclamó Ern, admirado—. ¡Si esto es más abundante de lo que yo he tenido al mediodía para comer! ¿Y qué comerá «Buster»?

—Oh, «Buster», lo de siempre: las sobras y algún mordisquillo que alguien le eche —añadió Fatty mientras llamaba a una camarera para encargarle la merienda.

—¿Estáis seguros de que tendréis bastante merienda? —les dijo, sonriendo, la camarera.

—¡Oh!, no crea; no estamos muy seguros —replicó Fatty—; pero, para empezar, quizás habrá bastante.

Fue una merienda muy divertida y Ern, que siempre tenía algo

que contar, les hizo pasar un buen rato refiriéndoles una equivocación que tuvo Sid con sus chiclets unos días antes.

—Pues el caso fue —empezó Ern— que Perce había sacado sus instrumentos para modelar en yeso algunas piezas y después de preparar la masa, empezó a aplanar algunos trocitos para trabajar con ellos. En ese momento mamá le llamó para salir juntos. Poco después llegó Sid y al ver aquellos trocitos de forma rectangular y tan blancos, creyó que eran chiclets y ni corto ni perezoso, se los metió en la boca para masticarlos pero ¡cuál no sería su sorpresa al ver que no podía hincarles el diente! Además les encontró un gusto muy raro, tanto que estuvo por salir a reclamar a la tienda donde suponía que Perce podía haberlos comprado. Afortunadamente, llegó Perce a tiempo para impedirle que hiciera tal cosa. Imaginad ahora la zapatiesta que se armó después al advertir Perce, que su gemelo estaba masticando los rectángulos de yeso que él tenía preparados para sus trabajos de modelaje.

Con grandes carcajadas acogieron todos lo gracioso del caso y sobre todo lo peculiar manera que tenía Ern de contarlo.

—¡Muy chocante! —exclamó Fatty—; pero, por favor, no se te ocurra contarlo delante de mi madre.

—No temas, ni por casualidad me atreveré a abrir la boca delante de tu madre —añadió Ern poniendo una cara de asustado, sólo al pensar que le hicieran hablar delante de la señora Trotteville —. Figúrate que hasta mi tío se siente amilanado cuando tiene que hablar con tu respetable madre.

Hizo una pausa y cambiando de tono preguntó:

—¿Y bien, Fatty, qué hora es? Tengo que estar de regreso a las cinco y media en punto para empezar mi trabajo, porque a esa hora mi tío tiene que salir.

—Entonces, será mejor que te marches —dijo Fatty—. Desde el momento que te pagan para hacer un trabajo, querido Ern, es mejor llegar cinco minutos antes que con cinco minutos de retraso. Ésta es, precisamente, la diferencia entre el hacer un trabajo de una manera honesta o de una manera desconsiderada. ¡Tenlo presente!

—Tienes razón, Fatty —contestó Ern levantándose de la silla—. Seguiré tus consejos: ¡Hasta la vista! Vendré mañana, si es que puedo.

Después de decir esto, despidióse de todos y se marchó.

—¡Es un buenazo este pobre diablo de Ern! —dijo Pip, viéndole franquear la puerta de la granja—. Es de esperar que el viejo Goon le trate bien. Y si no le paga como le ha prometido, nosotros tendremos que intervenir en el asunto.

—¿Queréis tomar algo más? —preguntó Fatty—. ¿No? Lo siento, «Buster», todos dicen que no; por la tanto, es inútil que menees la cola de esa forma. ¡Bien! Decididamente me encuentro mucho mejor ahora, aunque un poco más regordete. ¡Ah, si pudiera adelgazar! Decididamente tendré que volver a entrenarme para las carreras de «cross-county».

—¡Cómo! ¿En este tiempo tan frío? —saltó Pip—. Hazlo y verás cómo te va a aumentar el apetito de forma tal, que no te verás satisfecho ni comiendo el doble de lo que comes ahora. ¡No sé qué va a ser peor!

—Ya contaba, querido Pip, con que me saldrías con esta vieja canción —replicó Fatty con una sonrisa entre dientes. Y cambiando de conversación, añadió—: Vámonos a casa. Mañana os espero a todos a las diez y media. Tengo algo que hacer esta noche, antes de acostarme.

—¿De qué se trata? —preguntaron todos.

—Voy a hacer uso de los polvos que tengo para hacer resaltar huellas digitales, y ver si puedo encontrar alguna de persona desconocida en esos papeles donde pegaron los mensajes —contestó Fatty en un tono misterioso.

Tal como lo había dicho, una vez se hubo marchado cada uno a su casa, Fatty se fue al cobertizo y allí examinó una por una las hojas de los mensajes en busca de huellas digitales que le fueran sospechosas. Lo hizo con el mayor cuidado, como un verdadero profesional, pero su trabajo resultó estéril. Los papeles contenían un verdadero amasijo de huellas, mas era imposible deslindar alguna que pudiera señalar una pista.

«Aparecen profusamente mezcladas las huellas de Goon y todas las nuestras —murmuró el muchacho—. Espero que el policía de ahora en adelante tendrá buen cuidado de no manosear ninguna otra nota. Está obligado a ello, si conoce los más elementales sistemas de investigación a buscar antes que nada las huellas

digitales y espero que “desde” ahora tendrá buen cuidado de hacerlo ya que no lo ha hecho con las anteriores».

«Tengo la impresión de que aquí se está amasando un MISTERIO de envergadura —acabó diciendo—. Sí, señores; todo esto huele ciertamente a MISTERIO».

# Capítulo V

## Una reunión y una primera pista

A la mañana siguiente, Fatty estaba esperando abajo, en el cobertizo, al resto de la pandilla. Tenía una caja de galletas y una botella de limonada para invitar a sus amigos. Los cuatro anónimos estaban cuidadosamente metidos dentro de sus respectivos sobres y apilados encima de la mesa.

Larry y Daisy fueron los primeros en llegar.

—¡Hola, Fatty! ¿Has descubierto ya el misterio? —preguntó Daisy.

—No; y no creo, de ninguna manera, que nos sea un asunto que nos resulte fácil —contestó Fatty—. Esta caja es para que la utilices como asiento, Daisy. Y toma este almohadón; así estarás más cómoda. No te preocupes porque hay otra caja y otro almohadón para Bets.

Pip y Bets llegaron muy poco después, casi seguidos por Ern, que venía a todo correr por el sendero. «Buster» le saludó ladrando ruidosamente y brincando pegado a sus pies. «Buster» y Ern eran muy buenos amigos.

—¡Saludos a todos! —exclamó Ern, jadeante—. ¿Llegó con retraso? Pensé que no me sería posible venir, pero mi tío me dijo que permanecería en casa toda la mañana, y por eso estoy aquí. Esta tarde tendré que estar de vigilancia.

—¿Te ha dado algún dinero? —preguntó Bets, muy desconfiada de lo que pudiera hacer el señor Goon.

—No. Me ha dicho que me pagaría cada día a la hora de la comida —contestó Ern—. Le he pedido dinero por adelantado, pero no ha querido dármelo. Si lo hubiera hecho, habría comprado

algunos caramelos para repartírnoslos, pero ya os los compraré mañana.

—Gracias, Ern —replicó Fatty—; pero, dinos, ¿tuviste suerte y pudiste ver a alguien rastreando la casa y escondiendo alguna nota?

—No, no tuve suerte —contestó Ern, molesto—. Mi tío está muy contrariado porque no han depositado ninguna nota más. Ayer estuve a su lado observando cómo examinaba la que había recibido por la mañana, por si hallaba en ella algunas huellas digitales. ¡Cuántos polvos y cuántos cachivaches! Yo estaba lleno de curiosidad y ansioso de que hallase las huellas que buscaba.

—¿De manera que también Goon trató de encontrar huellas digitales? —preguntó Fatty, muy interesado—. ¿Encontró alguna? En la última que recibió no podía haber huellas nuestras; por tanto, de haberlas encontrado, tenían que ser forzosamente de algún desconocido.

—Pues no había ninguna —aseguró Ern—. Ni el más mínimo indicio. El tío dijo que el anónimo remitente debió de usar guantes mientras la manipulaba. Y en este caso no pueden hallarse huellas, ¿verdad?

—No, no pueden hallarse —contestó Fatty muy pensativo—. Y parece ser que quien manda esas cartas teme mucho que sus huellas puedan ser reconocidas…

—Y si teme que sean reconocidas es porque ya se las han tomado alguna vez y por alguna razón de peso —interrumpió de repente Larry—. Este personaje debe de ser un mal elemento, que muy probablemente ya conoce prácticamente lo que significa estar en la cárcel.

—Sí, señores; ésta es la pura verdad —asintió Fatty—. Pero quisiera saber si la persona que compone y pega estas notas es la misma que el que las lleva y esconde por el jardín de Goon. Si esto es así, no es de extrañar que Goon tenga especial interés en localizarlo lo antes posible.

—¡Caramba! —dijo Ern, alarmado—. ¿Supones que puede ser peligroso? ¿Le crees capaz de disparar contra mí si me encuentra espiándole?

—¡Oh, no, no creo que llegue a tanto la cosa! —replicó Fatty calmándole—. Ni confío que llegues a localizarlo, Ern. Ese sujeto

debe hacer las cosas con mucho cuidado. Lo que me gustaría saber es qué se propone enviando todas estas notas y por qué se toma tanto trabajo recortando letras y palabras de los periódicos para pegarlas cuidadosamente sobre papel de cartas. ¿Por qué no podría desfigurar su escritura? Eso sería más fácil.

—Eso lo puede ser para ti, Fatty, pero no para la mayoría de la gente —intervino Daisy.

—¿Y tú dices que no viste ni oíste nada; ni el más mínimo indicio? Lo cual te hace suponer que nadie ha rondado la casa y que además no se ha encontrado ninguna otra nota esta mañana —insinuó Fatty a Ern—. Bien, ahora me pregunto yo: esta tranquilidad ¿se debe a que estás tú allí y a tu vigilancia? ¿Quién queda en la casa cuando Goon sale?

—Solamente la señora Hicks, la mujer que viene a hacer la limpieza —contestó Ern—. Pero no se pasa todo el día en casa, ni creo que haya visto a nadie por los alrededores de la casa fuera de los que han tocado el timbre o llamado con la aldaba. Llega a tal abstracción, que ni siquiera se da cuenta cuando el chico del vecino salta la tapia de nuestro jardín para venir a recoger su pelota.

—¿El muchacho del vecino salta la tapia? —inquirió Fatty inmediatamente—. ¿No sería posible que alguien le diera algún dinerillo para que colocara las notas aquí o allí?

—Sí, es posible, pero no lo creo. Le he vigilado como si se tratara de uno cualquiera —aclaró Ern—. Estaba ojeando desde la ventana de mi dormitorio viendo cómo dos muchachitos jugaban a la pelota en el jardín de la casa contigua cuando, de repente, la pelota saltó a nuestro jardín por encima de la tapia. Con gran facilidad uno de los muchachos se encaramó y saltó a nuestro jardín, recogió su pelota y saltó de nuevo, siempre vigilando que mi tío no saliera de improviso al jardín y le diera el consabido rapapolvo.

Hizo una pausa y continuó:

—No llevaba ninguna nota; solamente estuvo interesado en recoger su pelota y en ponerse a salvo lo antes posible.

—No parece sospechoso —insinuó Fatty, y el resto de la «pandilla» parecía ser de la misma opinión, asintiendo con movimientos de cabeza—. No obstante, escúchame bien, Ern: tú

debes de sospechar de cualquier persona que vaya a la casa, por cualquier motivo, por fútil o normal que parezca.

—De acuerdo. Incluso yo mismo iré a devolver el gato a los vecinos, si es que el animal se atreve a saltar la tapia —dijo Ern bromeando y enseñando los dientes con su característica sonrisa de mono.



—Ahora vamos a inspeccionar y estudiar de nuevo estas notas —insistió Fatty, colocándolas en línea sobre la mesa y por orden de envío—. Os las voy a leer de nuevo y en voz alta. Escuchad todos con atención, y tú también, Ern, que no las conoces. Ésta será la primera vez que te las voy a leer.

Seguidamente Fatty cogió la primera carta y dijo:

—Número uno: «PREGUNTA A SMITH CUÁL ES SU VERDADERO NOMBRE». Número dos: «ÉCHALE DE LAS YEDRAS». Número tres: «¿CREES SER UN BUEN POLICÍA? SERÁ MEJOR QUE VEAS A SMITH». Número cuatro: «LO SENTIRÁS SI NO VAS A VER A SMITH».

Y ahora yo añadiré la número cinco, que tú no la conoces —saltó Ern vehementemente—. La vi en la mesa de mi tío cuando estaba probando de descubrir las huellas digitales, y la leí. Dice así: «¿POR QUÉ NO HACES LO QUE TE DIGO? ¡CABEZA DE CHORLITO!».

Al oír esto, soltaron una carcajada general, y Ern, después de hacer castañetear sus dientes, añadió:

—Como podéis suponer, a mi tío la tal nota no le gustó ni pizca.

—Ahora —planeó Fatty—, vamos a ver lo que cada uno de nosotros deduce del contenido de estas notas.

—Que en alguna parte hay una casa llamada «Las Yedras» —saltó Bets.

—Y que un hombre, llamado Smith, vive en ella —continuó Daisy.

—Y además que no es éste su verdadero nombre, sino un nombre falso —aclaró Larry.

—Y que si usa un nombre falso, es que tiene motivos para ello —añadió Pip—, lo que significa que algún día tuvo alguna grave complicación y ahora no quiere que la gente le conozca por su verdadero nombre.

—Pero ¿por qué quiere el autor de estas notas que echen de «Las Yedras» a ese tal Smith? —dijo Fatty, frunciendo el entrecejo, porque no acertaba a ver el fondo del asunto—. ¿Qué motivos tiene para ello? Creo —continuó en tono desanimado— que hasta que no encontremos «Las Yedras» es imposible aclarar nada. Nuestro primer paso debe ser, indiscutiblemente, hallar esta casa llamada

«Las Yedras».

—Me supongo que a nosotros no nos será posible encontrar al autor de estas notas —insinuó Daisy—. ¡Si al menos tuviéramos una pequeña pista!

—Pero ¿de dónde vamos a sacarla? —insistió Fatty, siempre preocupado—. Si este individuo no ha dejado un solo rastro, ni un solo cabo por atar. Ni su escritura ni sus huellas digitales; ¡nada! Debe de ser un sujeto tan sumamente meticuloso, que habrá invertido horas y más horas recortando letras y palabras de los periódicos para pegarlas después en una hoja de papel.

Calló un momento, como si quisiera concentrar sus ideas y prosiguió:

—A pesar de todo, yo me pregunto: ¿no podrían estas tiras de papel proporcionarnos alguna pista sobre la identidad del autor de los anónimos? Las páginas de los periódicos están impresos por ambos lados y quizás podría orientarnos lo que hubiera impreso en el otro lado de estas tiras. Todas las letras parecen ser del mismo tipo de imprenta, lo que hace suponer que este buen hombre recibe un solo periódico.

—Es cierto. Nada nos cuesta —exclamó Bets— despegar estas tiras de las hojas de papel.

—¡Oh!; verás, no lo veo tan claro —dijo Fatty no muy convencido—. Será tarea un poco difícil, pero creo que lo conseguiré. Hace tiempo que adquirí un producto especial precisamente para despegar papeles. Podría probarlo esta noche. Sin duda vale la pena hacer esta prueba.

—Bien, pero ¿seremos capaces de encontrar esa casa llamada «Las Yedras»? —inquirió Daisy.

—He consultado la Guía de las calles y de las casas destacadas de Peterswood y estoy seguro que Goon también lo ha hecho —aclaró Fatty, desalentado—, y no hay ni una sola que lleve ese nombre. ¡Ni una sola!

—¿Qué os parece si miráramos en la vecina población de Marlow? —sugirió Daisy—. Es posible que allí se encuentre alguna casa llamada «Las Yedras».

—Puede ser. Como puede haberla en Maidenhead o en Taplow, que son también poblaciones vecinas —intervino Fatty—, pero

imagínate la cantidad de tiempo que nos va a tomar buscar «Las Yedras» en la Guía de todas esas poblaciones.

—¡Es una lástima que al hombre en cuestión se le haya ocurrido usar el nombre de Smith! —comentó Pip—. ¡Es tal la cantidad de Smith que hay en el país!

—Yo ya he consultado la guía telefónica —indicó Fatty—. Los hay por docenas y es posible que el Smith a quien buscamos no tenga teléfono. Tampoco podemos ir tocando el timbre de todas las casas de la vecindad en las que viva un señor Smith para investigar cuál es el que lleva el nombre falso.

—Desde luego que no —dijo Pip.

—Claro, claro. Yo, por lo pronto, no veo ni una sola pista por donde empezar —añadió Larry—. ¿Tienes tú alguna, Fatty?

—Yo ninguna —contestó—. Y tú, Ern, ¿tienes alguna?

Ern le miró sobresaltado y contestó:

—Si tú, que eres el más listo de todos nosotros, no tienes ninguna pista por donde empezar y estás navegando en un mar de confusiones, ¿qué quieres que se me ocurra a mí?

—Mejor será que nos tomemos un descanso y lo aprovechemos para tomar algunas galletas y beber un poco de limonada. Esto nos refrescará las ideas. A propósito, Ern: ¿Qué hay de tu poesía? ¿La has traído?

—Aquí la tengo —dijo tímidamente Ern, sonrojándose. Y después de rebuscar en el más profundo de sus bolsillos sacó un bloc de notas que abrió un poco receloso.

—Vamos, léela —le convino Fatty, empezando a repartir galletas —. Estamos esperando.

Entonces Ern, en una actitud muy seria, leyó su nueva «posía», como él la llamaba, pues no había forma de que dijera «poesía».

LA CASA VIEJA, MUY VIEJA
por Ern Goon

Era una pobre casa vieja, muy vieja
Que un día estuvo llena de gente,
Pero que ahora está triste y vacía.
Y esta casa vieja me ha hablado,

Y me ha dicho: ¡Todos me han dejado!
Mis habitaciones están tristes y vacías,
Mis puertas están tristes y aherrojadas.

Ern se paró y miró a sus compañeros.

—Bien, Ern. Muy bien. ¡Continúa! —dijo Fatty animándole—. Esto está muy bien.

—Es que me he quedado estancado aquí —dijo Ern muy compungido—. Me ha costado cerca de seis meses escribir estas pocas líneas, y ahora no veo manera de seguir adelante. Tú que estás siempre tan inspirado, puedes ayudarme.

Fatty se rio y le dijo en un tono protector:

—Sí, Ern, y voy a demostrarte cómo se puede proseguir una poesía en la que uno se ha atascado. Déjame que relea todo cuanto tú has escrito y cuando llegue al final voy a dejar que mi lengua siga hablando libremente sin que ni un pensamiento prefijado le ponga trabas. Esto puede conducirnos al final de tu poesía. ¿Vamos a probarlo?

Y Fatty empezó a leer de nuevo la poesía de Ern. No se paró cuando llegó al final de lo que Ern había escrito, sino que continuó adelante como si estuviera leyendo línea tras líneas. Ern tenía los ojos clavados en Fatty, asombrado de lo que para él significaba poseer aquella extraordinaria facultad de improvisar.

Era una pobre casa vieja, muy vieja,
Que algún día estuvo llena de gente,
Pero que ahora está triste y vacía.
Y esta casa vieja me ha hablado
Y me ha dicho: ¡Todos me han dejado!
Mis habitaciones están tristes y vacías,
Mis puertas están cerradas y aherrojadas.
Todas mis ventanas claveteadas y
Ni humo sale por mis chimeneas,
Ni rosa alguna florece sobre mis muros.
¡Solamente la yedra me amortaja,
Como verde y brillante manto!
El cartero ya no trae ninguna carta,

Y mi nombre ya no figura en el portal.
Un día fui llamada «Las Yedras»,
Pero hoy este nombre está ya fuera de uso.
El jardín está pobre y cubierto de hierba,
Los árboles no están ya frondosos,
Pero aunque yo caiga destrozada…
La yedra permanecerá.

Se hizo un gran silencio cuando Fatty terminó. Todos tenían clavada en él la mirada con asombro y admiración. Ern se había quedado sentado, con la boca abierta, sin poder articular una sola palabra. ¿Cómo se las había arreglado Fatty para improvisar con aquella sencillez? Él estuvo trabajando como un negro durante seis meses para poder escribir unas pocas líneas, y he aquí que Fatty, ¡sin siquiera detenerse un momento para pensar, recitaba de corrido el resto! Además, Ern tenía que confesarse que los versos de Fatty eran mucho mejores que los suyos.

Por fin pudo articular tartamudeando alguna palabra y murmuró:

—Siempre he pensado lo mismo de ti, Fatty. Tú eres un genio y yo disto mucho de serlo. Ésta es tu poesía, ya no es la mía.

—No, Ern, este poema es el tuyo —le replicó Fatty sonriéndole cariñosamente—. Este poema es muy tuyo; tú lo has empezado y yo creo que lo que yo he añadido es el mismo final que tú querías darle. No lo dudes: el poema es tuyo porque yo no lo hubiera podido terminar si tú no hubieras inspirado el principio.

—Realmente me ha chocado mucho —comentó Ern— que en tu desatada fantasía hayas mezclado en el poema tu obsesión por las yedras trepando por las paredes. Claro que, como tú dices, aunque su nombre no ondeara sobré la verja, todos sabrían que se trataba de «Las Yedras», puesto que la yedra la cubría «como verde y brillante manto». Ha sido una idea muy feliz y muy romántica a la vez. ¡Fatty, eres en verdad un gran poeta!

Pero Fatty no escuchaba las últimas palabras de Ern. Permanecía inmóvil y anonadado con la vista fija en el espacio, como si estuviera totalmente ausente; tanto, que Bets se alarmó creyendo que estaba indispuesto.

—¿Que no te encuentras bien? —le preguntó, alarmada.

—Pero ¿que no veis? —exclamó Fatty ya recobrado—. ¿No recordáis lo que dice el poema?: «Y mi nombre ya no figura en el portal», es decir que, aun cuando el nombre no hubiera figurado nunca en la verja, la finca sería conocida por «Las Yedras», pues fue la yedra la que dio su antiguo nombre. ¿Por qué, pues, no salimos en busca de una casa que esté cubierta de yedra? Montados en nuestras bicicletas podemos husmear por todos estos alrededores, y es posible que lleguemos a encontrar esa casa por la que estamos interesados.

—¡Repato! —exclamó Ern, sobresaltado—. ¡Eres el único, Fatty! Realmente lo eres. No sólo lees entera una poesía de la que solamente se ha escrito la mitad, sino que, además, la tal poesía te da la primera pista a seguir en el asunto que ahora absorbe todos tus pensamientos. ¡La verdad es que no he conocido en mi vida un chico tan admirable como tú!

# Capítulo VI

# ¡En busca de yedra!

Los muchachos empezaron a comentar la repentina idea luminosa de Fatty. Desde luego, cualquier casa antigua que algún día se llamó «Las Yedras» debe de estar hoy cubierta de yedra, o bien no habría un motivo lógico para dar tal nombre a una casa.

—Pero, me pregunto yo, ¿por qué la tal casa no se llama hoy «Las Yedras»? —dijo Daisy.

—Es que esto de dar nombre a las casas no se usa hoy en día. Está pasado de moda —contestó Larry—. Es posible que el actual propietario sea de los que prefieren dar un número a la casa en vez de darle un nombre. Hoy mucha gente lo hace. Sin ir más lejos, la casa que está frente por frente a la nuestra se la conocía por la casa de los «Cuatro Torreones» y ahora es sencillamente el número «diecisiete» y el tal número está escrito con todas sus letras en vez de cifras.

—Yo pienso que estás en lo justo, Larry —dijo Fatty—. Y, por lo tanto, yo creo que lo que debemos hacer es salir por la ciudad y sus alrededores en busca de aquellas casas que estén recubiertas de yedra. Yo no creo que quien compró la casa arrancara la yedra, puesto que la yedra se aferra a las paredes y sus apretadas raicillas arraigan en todos y cada uno de los rincones y grietas de las paredes. La yedra estará todavía allí, seguramente.

—«Un verde y brillante manto» —repetía Ern, casi inconsciente, pues todavía no se había recobrado del pasmo que le había producido el ver a Fatty recitar y terminar su poema—. ¡Oh, Fatty, eres extraordinario! El verte allí de pie y…

—Olvídalo ya, Ern —replicó Fatty—. Tú lo hubieras podido

hacer también si hubieras dejado libre a tu lengua. Todo lo que necesitas es solamente hacer práctica.

—Ahora —continuó Fatty— vamos a proseguir nuestros raciocinios sobre el caso. Todos hemos estado de acuerdo que lo primero que hemos de hacer es salir en busca de una casa que esté recubierta de yedra en cuya puerta ostente simplemente un número de vez de un nombre, puesto que ya sabemos que en Peterswood no hay una sola casa llamada «Las Yedras».

—Puede tener otro nombre —dijo Bets.

—Sí, tienes razón —le replicó Fatty—. Es muy posible que quien la llamó «Las Yedras» no viva ya allí. Quizás ha cambiado de domicilio.

—También sabemos que la gente que vive allí se apellida Smith si es cierto, claro está, lo que dicen esas notas tan particulares —dijo Daisy.

—Por lo tanto, dondequiera que encontremos una casa recubierta de yedra hemos de tratar de averiguar si la gente que habita en ella se llama Smith —dijo Larry triunfalmente—. Me siento como si ya estuviéramos consiguiendo algo en estos momentos.

—Y yo apostaría cualquier cosa que a mi tío no se le ha ocurrido nada que fuera tan claro como todo esto —dijo Ern, riéndose a mandíbula batiente.

—Es que él no ha leído los versos de Fatty —le hizo observar Pip—. Si nosotros no los hubiéramos oído tampoco se nos hubiera ocurrido esta pista: la búsqueda de una casa recubierta con yedra y que no se llama «Las Yedras». Fatty, ¿cuándo salimos en busca de esa casa?

—Lo mejor es salir ahora mismo —contestó Fatty—. Si tienes tu bicicleta, Ern, puedes venir con nosotros.

—Suponte que mi tío me pregunte qué he hecho esta mañana —preguntó Ern a Fatty—. ¿Debo de contestarle que no os he visto?

—¡De ninguna manera! —le contestó Fatty algo molesto—. ¡No hay que mentir nunca! Y si lo haces y vemos que tienes tan feo vicio, no te querremos en nuestras reuniones. Ahora ya estás advertido del poco aprecio que tenemos a la gente mentirosa.

—¡Oh! Lo siento, Fatty —se excusó Ern, muy sumiso—. Pero el

caso es que yo no quisiera soltar prenda alguna, y, es de suponer, que mi tío va a querer que le cuente todo lo que hemos hecho y hablado. Yo no quisiera que por mí él obtuviera datos, suposiciones y pistas que al fin y al cabo te pertenecen a ti, y, ¡claro!, tú lo comprendes: lo más cómodo es decirle que no os he visto.

—No, Ern, no. Nunca sigas el camino más cómodo si ello te obliga a decir alguna mentira o a portarte de una manera innoble —le reprendió Fatty severamente—. Tienes muchas cosas que aprender, Ern, y ésta es una de ellas. No lo olvides.

—No te preocupes. Haré cuanto me indicas, Fatty —contestó—. Pero ¿es que he de decir a mi tío el porqué de todos nuestros planes?

Fatty se quedó pensativo.

—Ya veo, Ern, que la cosa te es difícil. Si rehúsas a decirle algo, es posible que tu tío te trate brutalmente, como ya ha hecho en otras ocasiones. Puedes decirle, por ejemplo, que hemos salido todos a la busca de las casas que estuvieran recubiertas de yedra; y dejémosle que él haga el uso que más le convenga de eso.

—Pero él saldrá también a inspeccionarlas —objetó el joven Ern.

—Bueno, no hay ninguna ley que prive a nadie el ir viendo casas que estén recubiertas de yedra —argumentó Fatty saliendo de su cobertizo—. ¡Vamos ya! ¡Brrr! ¡Qué frío hace aquí! ¿Vienes, «Buster»?

Y «Buster» efectivamente «iba». Salió detrás de todos ladrando alegremente y Fatty cerró muy cuidadoso la puerta de su escondrijo.

Pronto estuvieron todos montados en sus bicicletas y pedalearon hasta el final del sendero del jardín de Fatty. Allí, a una señal suya, se apearon todos.

—Si vamos todos juntos perderemos lastimosamente un tiempo precioso —dijo Fatty—. Es mejor que salgamos por parejas y veremos de inspeccionar todas las avenidas de Peterswood. ¿Tenéis todos vuestros blocs de notas? Tan pronto veáis una casa recubierta de yedra desmontaros y anotar su nombre o su número y también el nombre de la calle donde esté situada. No os preocupéis lo más mínimo por las casas nuevas, porque la yedra tarda muchos años en crecer lo suficiente para cubrir una casa. Debemos buscar una casa

antigua. Bets y yo nos vamos por aquí y vosotros decidid la calle que queréis explorar.

Bets salió con Fatty, Ern con Pip y Daisy y Larry fueron juntos.

—Nos encontraremos de nuevo en esta esquina, exactamente dentro de una hora —les gritó Fatty al separarse.

Fatty y Bets pedalearon despacio por la primera avenida.

—Tú mira bien las casas de nuestra mano izquierda, mientras yo me ocuparé de las de la derecha —dijo Fatty a su compañera.

Pedalearon buen rato y se decepcionaron pues no se encontraba ni una sola casa cuyas paredes estuvieran recubiertas de yedra. Retrocedieron por otra calle y de pronto Bets exclamó:

—Aquí hay una casa cubierta de verde de pies a cabeza. ¡Mírala, Fatty!

—Sí, pero no de yedra, Bets —replicó su compañero—. Es una enredadera, una vulgar enredadera de Virginia. Al menos así es cómo nuestro jardinero nombra a las de esta clase. ¡Mala suerte!

Fueron luego más abajo, a otra avenida por la que tenían que pedalear muy despacio porque había casas muy grandes, pero situadas a bastante distancia de la calle y difíciles de observar debido a los frondosos árboles que crecían en los jardines.

—¡Aquí hay una recubierta de yedra! —exclamó Fatty—. ¡Mírala, Bets!

—Sí, pero tiene un nombre puesto en la verja —respondió Bets —. Mira: «Granja Barton».

—Bueno; pero ya sabemos que no podemos encontrar ninguna casa que se llame «Las Yedras» porque no hay ninguna en la Guía — insistió Fatty—. Tomaremos nota de ésta, Bets. Espérate un momento mientras saco mi bloc de notas.

Sacó el bloc de su bolsillo y Bets, que estaba fisgoneando por encima de su hombro vio que escribía rápidamente: «Granja Barton. Una casa vieja recubierta de yedra hasta el tejado. En la avenida Hollins».

Cerró su bloc de notas.

—¡Bien! Sea lo que fuere, he aquí una casa que está recubierta de yedra. Quisiera saber si algún Smith vive por aquí. Tendremos que averiguarlo —razonó Fatty.

Encontraron solamente otra casa recubierta de yedra, pero era

una casa pequeña en la avenida Jordans. Evidentemente que algún día había sido una dependencia de alguna gran casa de los alrededores, que algún día debió ser vendida y ahora tenía, aunque pequeño, su propio jardín y un seto que la cercaba.

—¿Cómo se llama? —preguntó Fatty—. ¡Oh! Es de las que no tienen nombre. Solamente un número. El número veintinueve de la avenida Jordans. Parece bien cuidada. Fíjate, cortinas muy decorativas y un bonito y bien cuidado jardín. ¿Qué te parece, Bets, si fuéramos a preguntar si aquí vive alguien llamado Smith? Uno no sabe nunca si estará de suerte o no.

—Ve tú solo, Fatty —dijo Bets,, que siempre recelaba de las personas desconocidas.

—Perfectamente —asintió Fatty, y dejando su bicicleta apoyada en el recortado seto, entró en el jardín seguido de «Buster», que iba pegado a sus tobillos—. ¡Apuesto cualquier cosa que aquí vive algún ampuloso Cholmondley o Montagué-Paget, cuando yo estoy, simplemente, buscando a un vulgar Smith!

Tiró de la campanilla, que estaba muy limpia y brillante. Al momento un perro empezó a ladrar dentro de la casa y «Buster» se puso alerta. Fatty lo cogió en brazos rápidamente. No estaba interesado lo más mínimo en tener que apaciguar una reyerta de perros en la puerta de la casa.

Alguien acudió a la puerta principal y abrió. Al momento salió un diminuto pekinés, que empezó a brincar y danzar a su alrededor, ladrando a pleno pulmón. «Buster» se retorcía entre los brazos de Fatty, que lo retenía cogido fuertemente, y empezó a ladrar también.

—¡Ven aquí, Ming! —dijo la viejecita que salió a la puerta, y Ming obedeció, aunque ladrando todavía—. ¿Qué desea usted?

—Verá usted, estoy buscando a unos señores llamados Smith —contestó Fatty muy cortésmente—. No sé si usted podría indicarme dónde viven.

—¿Smith? Éste es nuestro apellido —dijo la viejecita—. ¿Y quién es usted y a cuál de los dos busca, a mí o a mi marido?

Esta vez Fatty fue cogido de improviso. Ni por un momento se había imaginado que se pudiera encontrar tan pronto a un Smith en una casa recubierta de yedra, y se quedó sin saber lo que decir.

Afortunadamente reaccionó a los pocos momentos y preguntó:

—Quisiera ver a la señorita Annabella-Mary Smith, si es que está en la casa, desde luego.

—¡Oh!, se equivoca usted —replicó vivamente la viejecita—. Aquí no hay ninguna señorita Smith. Vivimos solos mi esposo y yo. Pero espere un momento que mi esposo se acerca y quizás él conozca a algún Smith por aquí cerca. Querido, ven un momento, ¿quieres?

Apareció un viejecito simpático, con una cara amable, pero muy arrugada y ojos centelleantes. Fatty al momento se sintió atraído hacia el viejecito. Su esposa lo repitió la que Fatty le había dicho.

—¿La señorita Annabella-Mary Smith? —repitió—. No, no conozco a nadie por este nombre en esta calle. Nosotros hemos vivido mucho tiempo en la gran casa que está contigua a ésta, sabes, y conocíamos a todo el mundo en el distrito, pero la casa era demasiado grande para nosotros y nos mudamos a ésta, que es más reducida, pero muy cómoda y agradable. Era la casita de nuestro jardinero.

—¿No se la conocía antes por «Las Yedras»? —inquirió Fatty, algo esperanzado.

El señor Smith, moviendo la cabeza, contestó:

—No. Siempre la he conocido como «La Cabaña». Lo siento, pero no puedo darle mejores informes.

—Y yo siento de veras también el haberlos molestado —dijo Fatty, descubriéndose muy cortésmente para despedirse muy contento de haber encontrado a esta pareja de viejecitos. Regresó al lugar donde había dejado a Bets y le explicó todo lo sucedido.

—Me he sentido bastante ruin y despreciable molestando a esos viejecitos tan agradables —dijo soltando a «Buster», que retenía todavía en sus brazos—. Nada, aunque se llaman Smith y viven en una casa cubierta de yedra, no pueden tener ninguna relación con ese Smith que se cita en las notas. El lugar se ha llamado siempre «La Cabaña» y no «Las Yedras». Continuemos nuestras investigaciones, Bets. Tengo unas ganas locas de saber qué es lo que el resto de la pandilla ha logrado descubrir.

Bets y Fatty estaban asombrados al comprobar que no había otras casas recubiertas con yedra por las calles y avenidas que

recorrieron.

—La yedra debe de estar pasada de moda —dijo Bets—. Abundan las casas por cuyas paredes trepan rosas, jazmines y toda clase de enredaderas, pero ni una sola con yedra. Hemos de considerar que la yedra es una planta de un verde que por ser tan oscuro resulta bastante feo para cubrir una casa con ella, cuando hay otras plantas mucho más bonitas para hacer crecer pegadas a las paredes. ¿Qué hora es, Fatty?

—Ya es hora de que nos reunamos con el resto —contestó Fatty mirando a su reloj—. Vamos a ver qué es lo que han logrado. Seguramente más que nosotros y así lo espero. Aunque no quedaremos tan mal, pues hemos encontrado nuestra casa y a un hombre llamado Smith, aunque sus trazas no son las de ser el Smith por quien nos interesamos.

Y se dirigieron a la esquina que se tomó como punto de cita con los demás. Larry y Daisy estaban ya allí, esperando pacientemente. Ern y Pip llegaron muy poco después, y Ern haciendo como siempre sus muecas, que tanto hacían reír a sus compañeros.

—¿Hubo suerte? —preguntó Fatty.

—No estamos del todo seguros —contestó Pip—. Pero mejor que nos fuéramos a tu cobertizo, Fatty. No podemos hablar aquí. Tenemos que leer y contrastar notas, para ver si hemos logrado algo que nos sea útil para nuestro propósito, y aquí llamaríamos demasiado la atención.

# Capítulo VII

# Pip y Ern obtienen alguna información

Pronto los seis se encontraron de nuevo sentados en el cobertizo de Fatty y junto a ellos el inseparable «Buster» correteando afanosamente a su alrededor. Fatty sacó algunas galletas de chocolate y al momento «Buster» se sentó a su lado, con sus orejas bien tiesas y con una cara que pedía para él algún cachito de aquellas golosinas.

—No, «Buster». ¿Ya has visto la cara de goloso que pones? —le dijo Fatty, reprendiéndole, a lo que el perro contestó con algunos ladridos.

—Fíjate, Fatty, lo que te contesta el perro: ¡Ya os habéis mirado la vuestra, que me ganáis en lo de golosos! —dijo Bets con una estridente sonrisa—. Yo no quiero más que una, gracias. Dentro de poco será la hora de comer, y hoy tenemos budín de carne y riñones y quiero conservar mi buen apetito para hacer los honores a este guiso.

—Bien, ¿alguna novedad? —preguntó Fatty, sacando su bloc de notas.

—Dinos primero las tuyas —dijo Pip.

—No es mucha cosa —explicó Fatty—. Bets y yo hemos encontrado una gran casa recubierta de yedra, llamada «Granja Barton», en la avenida Hollins. La yedra la cubre casi hasta el tejado. Tendremos que averiguar si es que tiempo antes se llamó «Las Yedras». Hemos encontrado también una casita que no tiene nombre, en el número veintinueve de la avenida Jordans y sus inquilinos se apellidan Smith.

Al oír esto se quedaron todos sorprendidos.

—¡Dios mío! ¿Y quieres decir que no habéis encontrado la casa en cuestión y con la gente que buscamos? —inquirió Larry, asombrado.

—No. Por lo que parece, la casa estaba destinada al jardinero de la gran mansión que está a su lado y siempre se la conoció por «La Cabaña» y nunca por «Las Yedras» —explicó Fatty—. Y los Smith no eran los Smith que nosotros buscamos. ¡Nos hemos llevado un verdadero chasco! ¿Qué habéis visto vosotros? —preguntó a Larry y Daisy.

—No hemos encontrado nada en absoluto —contestó Larry—. Solamente una casa recubierta de yedra hasta el mismo tejado; por tanto, debe de ser muy antigua…

—Pero su nombre es Fairlin Hall —continuó Daisy—. Estaba deshabitada. Entramos por el sendero que conduce desde la verja del jardín hasta la puerta de la casa, porque desde la verja no la podíamos ver bien. Se nos hubiese tenido que ocurrir que estaba deshabitada porque fuera, en la verja, había un gran cartel que decía: «EN VENTA».

—Tenía el aspecto formidable de un caserón muy antiguo —siguió Larry—. Grandes columnas de piedra frente a la puerta principal y pesados balcones que sobresalían por todas partes. Yo me digo si es que hubo alguien que algún día ya muy lejano se asomó por aquellos majestuosos balcones de piedra.

—Tenía un aspecto tan solitario y fúnebre —interrumpió Daisy—, que en verdad sentí escalofríos. Me recordó aquel pasaje del poema: «Todas mis ventanas claveteadas». Parecía como si las ventanas tuvieran su vista fija en nosotros con la esperanza de que fuéramos a vivir allí y a ponerles cortinas a las destartaladas ventanas y a encender las lámparas de los interiores.

—Pero nos marchamos; primeramente, porque se llamaba Fairlin Hall, y como además estaba deshabitada, desde luego era seguro que no podía haber allí ningún Smith —terminó Larry.

—A ver. Los siguientes —dijo Larry, dirigiéndose a Ern y Pip—. ¿Qué nos traéis vosotros de nuevo?

—Nosotros hemos encontrado dos casas recubiertas con yedra —explicó Pip—. Una de ellas creemos que realmente valdría la pena de inspeccionarla por dentro. Tanto Ern como yo estamos de

acuerdo en que ésta podría muy bien ser la casa que buscamos.

—¡Ah, esto ya son mejores noticias! —exclamó Fatty—. Explícate, explícate, Pip.

—Pues bien, Ern encontró la primera —se explicó Pip viendo que Ern había sacado su bloc de notas y echado una mirada de súplica, ávido de que le permitieran meter «baza» en el debate.

—Se llama «Pabellón de Deán», y está situado en la avenida Bolton —continuó Ern con voz reposada y echando de cuando en cuando un vistazo a las notas que tenía escritas en su bloc, y tal y como lo había visto hacer a su tío—. La yedra la cubría hasta el tejado; mejor dicho, casi hasta el tejado, y no estaba deshabitada como la otra de la que Pip os ha hablado. Había gente viviendo en ella.

—¿Apellidado Smith? —inquirió Bets con ansiedad.

—No, desgraciadamente no —aclaró Ern mirando insistentemente a su bloc de notas como si tuviera que leerse una lista interminable de nombres—. Pip y yo estuvimos de acuerdo en que la casa que buscábamos debía de estar en un lugar como aquél y que sus primeros ocupantes debieron de llamarle «Las Yedras». Esto nos decidió a ir a preguntar si es que vivía alguien allí llamado Smith.

—¿Y fue así? —interrumpió bruscamente Fatty.

—No. El lechero vino exactamente cuando íbamos a entrar, y se lo preguntamos a él —aclaró Ern—. Yo le dije: Oiga, amigo. ¿Vive alguien aquí que se llame Smith? Y nos contestó que no, que el inquilino que habitaba la casa era un tal Willoghly-Jenkins o algún nombre por el estilo y que estaba viviendo en la casa desde hace unos dieciséis años y que durante todo este tiempo él les había estado llevando la leche sin faltar ni un solo día, excepto dos de vacaciones que se tomó para su boda con su luna de miel incluida.

Le reunión en pleno tuvo que soltar la carcajada a esta nueva ocurrencia del chistoso Ern, que sabía muy bien donde poner una pizca de su graciosa salsa en sus narraciones.

—Ahora explícate tú, Pip —le dijo Ern cerrando su bloc de notas.

—La casa que yo he localizado se halla en la callejuela Haylings —empezó Pip, leyendo su bloc de notas—. No es ni muy grande ni

muy antigua. En realidad, lo que anteriormente había sido una casa, lo han convertido hoy en medio tienda y medio vivienda y sobre su verja hay un cartel que dice: «Smith y Harris, Jardineros. Se venden plantas y arbustos».

—¡Smith y Harris! —exclamó Fatty inmediatamente—. ¿Y decís que la casa está cubierta de yedra?

—Cubierta no es la palabra justa —siguió Pip—. Tiene una variedad de yedra jaspeada que crece por las blanqueadas paredes de la casa alcanzando una altura aproximadamente a la mitad de las mismas. Las hojas eran verdes y amarillas. Realmente es una variedad de yedra, muy poco corriente. A nosotros se nos ha ocurrido que, dado que Smith y Harris cultivan arbustos y otras plantas, probablemente habían plantado ellos una de sus variedades para cubrir la casa. Ahora bien, el lugar «no» es conocido por «Las Yedras», sino simplemente por «Jardinería Haylings». Supongo que han dado a la jardinería el nombre de la calle, pues ya os he dicho que está en la calle Haylings.

—Sí —dijo Fatty muy pensativo y después de algunos minutos de silencio, añadió—: Pip, no puedo dejar de pensar que «tu casa» es la que más se parece a la que buscamos. Fíjate bien; tiene yedra en las paredes, uno de los propietarios es un Smith y posiblemente haya sido conocida por «Las Yedras» antes de que ellos la adquirieran o alquilaran.

—Y ahora, ¿qué hemos de hacer? —preguntó Ern, ansioso—. ¡Repato! ¡Cuánta cosa no se explicaría mi tío si él supiera todo lo que hemos estado haciendo esta mañana!

—Demos un rápido repaso sobre las notas que tenemos acerca de las casas recubiertas con yedra —indicó Fatty—, y fijémonos bien cuáles son las que podemos rechazar definitivamente y cuáles las que verdaderamente interesan para continuar con nuestras pesquisas. Empecemos por la de Bets y la mía.

Y repasando rápidamente los apuntes leyó: «Granja Barton», en avenida Hollins. Cubierta de yedra. Supongo que sería mejor investigar si alguien llamado Smith la habitó y si, algún día, fue conocida por «Las Yedras». A continuación repasó lo anotado sobre la casa de la avenida Jordans, pero ya se había desechado porque nunca se la había conocido por «Las Yedras». A continuación la casa

llamada Fairlin Hall, que Larry y Daisy habían encontrado, pero está deshabitada y por tanto no interesa.

—No queda más que la Jardinería Haylings, habitada por «Smith» y Harris —dijo Pip—. Yo propongo que investiguemos sobre la jardinería. Si no es la que nos suponemos, continuaremos las investigaciones sobre la Granja Barton en la avenida Hollins, que encontraste tú, Fatty, yendo con Bets.

—Yo procuraré saber si es que mi madre conoce a los que viven en la granja Barton —dijo Fatty—. Hace ya tanto tiempo que vive en Peterswood que prácticamente conoce a todo el mundo. Se lo preguntaré. ¡Caramba! ¿Sabéis qué hora es? ¡Vámonos todos a comer y aprisa, porque si no llegaremos tarde y os veo todos castigados de cara a la pared!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ern con verdadero pánico—. ¡Qué va a decir mi tío si es que llego tarde! ¡Y tiene que pagarme mi primera media corona a la hora de la comida! ¡Me voy como una flecha! ¡Adiós a todos!

Y salió a todo correr de su bicicleta seguido de Larry y del resto, que también echaron a correr, a toda velocidad.

—¡Ya os telefonearé más tarde! —les gritó Fatty y se metió en su casa, pensando: «¡Qué aprisa pasa el tiempo cuando hay que hacer trabajos de detective!».

Se lavó las manos y se peinó un poco antes de entrar en el comedor, donde encontró ya a su madre justo en el momento en que se sentaba a la mesa.

—Lo siento, madre, me he retrasado unos segundos —se excusó Fatty, deslizándose en su silla.

—Tendré una agradable sorpresa al día en que te decidas a ser puntual —le reprendió su madre—. ¿Qué has estado haciendo esta mañana?

—Hemos estado rondando por los alrededores —contestó Fatty —. También hemos salido un poco en bicicleta. Por cierto, ¿podrías decirme quiénes son los que viven en la Granja Barton? Aquel caserón de la avenida Hollins.

—¿Granja Barton? Déjame que lo piense un momento —dijo su madre—. Los Ford fueron los primeros que conocí viviendo allí, pero el viejo Ford se murió y su viuda se fue a vivir con su hijo.

Después vinieron los Jenkins, pero perdieron todo su dinero y se marcharon. Los George vinieron luego, pero… ¿qué les ocurrió? ¡Ah, sí; ya lo recuerdo!, dejaron la casa precipitadamente porque les ocurrió algún contratiempo desagradable…

—¿Y entonces vinieron los Smith? —interrumpió Fatty, muy esperanzado de que así fuera.

—¿Los Smith? ¿Qué Smith? —inquirió su madre, sorprendida.

—¡Oh! En realidad no lo sé —contestó Fatty—. Pero el que ahora vive allí, bien podría ser alguien llamado Smith, ¿verdad?

—No. Nada de «Smith» —dijo la madre muy segura de sí misma —. Sí, ahora recuerdo; es la anciana señora Hammerlit. Yo no la conozco. Sé que está postrada en la cama, la pobre viejecita. Pero ¿por qué tanto interés por la Granja Barton, Federico?

—He estado interesado, pero ahora ya no lo estoy —le contestó Fatty, desilusionado al ver que no eran «Smith» los que habitaban la granja—. Madre, me supongo que no conoces, aquí en Peterswood, ninguna casa, ningún lugar que tiempo atrás se le conociera por «Las Yedras», ¿verdad?

—Federico, ¿qué es todo este asunto? —preguntó su madre sospechando algo—. ¿No estarás de nuevo mezclado en algún asunto raro, verdad? No me gustaría que viniera otra vez ese desagradable señor Goon con alguna queja contra ti.

—No, madre, no tendrás ninguna queja de mí —contestó Fatty un poco impaciente—. Pero no me has contestado a mi pregunta. ¿Es que en algún tiempo, hubo en Peterswood alguna casa llamada «Las Yedras» y que hoy figura con otro nombre? A nosotros nos han dicho que hubo una, pero, por lo visto, nadie la conoce en la actualidad.

—¿«Las Yedras»? —dijo la señora Trotteville—. No, no creo que la haya oído nombrar nunca. Hace ya diecinueve años que vivo en Peterswood y no recuerdo que haya habido nunca ningún lugar llamado «Las Yedras». ¿Y para qué lo quieres saber?

A Fatty no le gustaba el curso que iba tomando la conversación y menos las preguntas a que le sometía su madre. Por una parte no quería mentirle y por otra no podía decirle el porqué de sus preguntas sin que su madre no viera que se estaba metiendo otra vez en un asunto misterioso.

De pronto se levantó para buscar un salero, con tan mala fortuna, que volcó su vaso de agua.

—¡Oh, Federico! —le dijo su madre, molesta—. No tienes nunca ningún cuidado. ¡Pronto sécate con la servilleta!

Fatty soltó un suspiro de alivio. La conversación, afortunadamente, había cambiado.

—Lo siento, madre —dijo muy sumiso—. Y, ahora, vendría muy a cuento el referir aquel caso que tú me cuentas siempre en ocasiones como ésta. Es el de aquel caballero que estaba sentado a tu lado en aquella cena que tuvisteis una noche y que quiso explicarte que había visto preparada para servir una fuente con un pescado muy grande y…

—¡Oh, sí! —continuó su madre riéndose—. El buen hombre extendió sus brazos para indicarme lo grande que era y me dijo «Usted verá qué pescado más enorme», y al decir esto, hizo un gesto violento y dio tal golpe a la fuente en que lo servían, que desparramó pescado y salsa sobre el flamante uniforme del camarero. Puedo asegurarte que en aquel momento, el buen hombre, vio el pescado mucho más enorme de lo que lo había visto antes.

«¡Fatty, eres inteligente! —se dijo para sí el muchacho—. Ya se han terminado las preguntas embarazosas acerca de “Las Yedras”. —Su madre, contenta, siguió explicando alguno que otro cuentecillo que Fatty escuchó, como siempre, con agrado. El timbre del teléfono interrumpió las narraciones».

—Contesta tú mismo —le dijo su madre—. Debe de ser tu padre que nos dice que esta noche vendrá tarde.

Pero no era su padre, sino Ern, que hablaba en un tono muy trastornado.

—¿Eres tú, Fatty? ¡Oh! Tengo a mi tío muy enfadado conmigo, porque no le he querido contar todo lo que hemos hecho esta mañana. No me quiere pagar lo convenido y no me deja que me marche a mi casa. Quiere retenerme aquí por todos los medios. ¿Qué harías tú en mi lugar? ¿Te fugarías de aquí y te marcharías a casa? Te advierto que esto no querría hacerlo, porque me privaría de estar a vuestro lado resolviendo el misterio que tenéis entre manos.

—Vengo en seguida a ver al señor Goon —le contestó Fatty, apenado por el pobre Ern—. ¡Espérame! ¡Estaré en tu casa dentro de una media hora!

# Capítulo VIII

## Fatty visita al señor Goon

Fatty cumplió su promesa a Ern. Tan pronto como hubo terminado de comer, se llevó a «Buster» a su chamizo y lo encerró allí.

—Querido «Buster», voy a ver a tu peor enemigo: al viejo Goon —decía al perro mientras lo encerraba—, y por mucho que quieras venir conmigo a mordisquearle los tobillos, no creo que fuera una cosa muy sensata el hacerlo precisamente esta tarde, porque he propuesto lograr que el pobre Ern cobre su jornal.

Fatty fue en busca de su bicicleta y salió pedaleando pero no muy aprisa pues iba cavilando qué es lo que le diría al señor Goon. Después de muchas consideraciones, decidió explicarle todo lo que había ocurrido aquella mañana, incluso lo de Smith y Harris.

«Si el Smith de la firma Smith y Harris es la persona que se cita en las notas y está usando un nombre falso para cubrir alguna que otra fechoría, se le deberá arrestar y éste será asunto que tarde o temprano deberá tomar a su cargo el señor Goon —pensó Fatty para sí—. Además tendrá que investigar qué es lo que ha hecho el tal Smith y cuáles son los motivos por los que debe de ser desalojado de "Las Yedras"; si es que así se llamó el lugar donde hoy radica la "Jardinería Haylings". Y, por encima de todo, sea como sea no puedo dejar al pobre Ern en esta desagradable situación».

Llegó a casa de Goon y llamó vigorosamente con la aldaba. La señora Hicks acudió como de costumbre jadeante y sin resuello.

—¿Alguna novedad? —preguntó—. En este momento acabo de leer las hojas del té de mi primera taza después de la comida y decían que una persona estaba dirigiéndose hacia nuestra casa.

—¡Oh, es extraordinario! —exclamó Fatty muy finamente—. Diga, por favor, al señor Goon que Federico Trotteville quiere verle.

La señora Hicks le dejó de pie en el recibidor y se fue al despacho del policía. Éste le frunció el ceño y antes de que pudiera soltar ni una palabra, le dijo sin ninguna vacilación:

—Tráeme a ese muchacho. Ya le he visto por la ventana. ¡Tengo algo muy importante que decirle!

Fatty entró en el despacho y saludó muy cortésmente al señor Goon con una inclinación de cabeza. Sabía muy bien que no le ofrecería asiento y, por tanto, se sentó sin esperar el ofrecimiento. No estaba dispuesto a estar de pie frente al señor Goon como si fuera un colegial a quien han llamado para reprenderle.

—Señor Goon —dijo en un tono de voz muy amable—. He venido a molestarle a usted unos minutos para hablarle de Ern.

—¡De Ern! ¡Estoy ya harto de Ern! —replicó el señor Goon muy irritado—. Ese granujilla se ha creído que puede venir aquí a comer a mesa y mantel, salir por las suyas cuando a él le plazca para aclarar misterios y, por añadidura, sacarme a mí unos cuartos. ¡No pretende el muy pillo, que yo le pague por todo ello!

—Pero ¿no le prometió usted pagarle? —preguntó Fatty, sorprendido—. Debo de afirmar que, hasta aquí, Ern ha cumplido muy bien. ¿Dónde está?

—Arriba. Encerrado en su dormitorio —contestó el señor Goon con voz áspera—. Y no me gusta que usted diga tal cosa; señorito Trotteville, ya sabe que yo no tengo tiempo que perder con sus tonterías. Tengo muchas cosas que hacer esta tarde.

—Bien, señor Goon —dijo Fatty levantándose muy sumiso—. Yo solamente he venido para decirle a usted lo que Ern y el resto de nuestra pandilla hemos estado haciendo esta mañana. Pensé que ello le podría interesar y por eso estoy aquí.

—¡Pero si es esto lo que he estado preguntando a Ern! Y todo cuanto me ha contado es que habéis ido a la caza de casas cubiertas de yedra —replicó el señor Goon explotando casi de furor—. ¡Explicarme a mí cuentos como ése! Le di un buen cachete por atreverse a contarme mentiras y entonces tuvo la desfachatez de pedirme media corona.

Fatty miró al policía muy duramente y en tono muy seco y

tajante le dijo:

—¡Ern le ha dicho a usted toda la verdad, señor Goon! Todos nosotros salimos en busca de casas recubiertas de yedra y, si usted fuera nada más que la mitad de lo listo que es su sobrino, hubiera adivinado en seguida por qué habíamos decidido hacer tal cosa.

El señor Goon se quedó mirando sorprendido a Fatty. Ern le había dicho toda la verdad, pero ¿por qué ir en busca de casas recubiertas de yedra? Y no fue sino hasta aquel momento que el señor Goon lo empezó a ver todo un poco más claro. ¡Desde luego! Estuvieron buscando casas que en algún otro tiempo pudieron haber sido llamadas «Las Yedras». Y ¿cómo no se le había ocurrido a él una idea semejante?

—Bien, señor Goon, debo marcharme. Yo no hubiera castigado a Ern, porque dijo la verdad. Pero, desde luego, usted no necesita que se le cuente nada más sobre el asunto por lo tanto me voy.

—No, no ¡Siéntate! —le ordenó casi el señor Goon—. Usted me estaba hablando de unas casas recubiertas de yedra…

—Sí, pero no quisiera que mis fantasías le interrumpieran su trabajo —le iba diciendo Fatty, mientras muy lentamente se dirigía hacia la puerta del despacho.

El señor Goon vio que en esta ocasión la ventaja estaba en el terreno de Fatty y reprimiéndose le apremió:

—¡No se marche! ¡Venga aquí, señorito Federico! Veo que he tenido una gran equivocación; ahora lo veo todo claro y me gustaría que me explicara todo cuanto pueda contarme sobre el caso.

—Llame a Ern y que venga —le contestó Fatty—. Él está metido en este asunto y esta mañana hizo algunos trabajos muy acertados. Usted debería estar orgulloso de Ern, y debería creerle en vez de encerrarlo arriba en su habitación y de rehusar pagar sus jornales. El trabajo que hizo esta mañana es de un gran valor.

El señor Goon empezó a ver claramente que había cometido un grave error con Ern. De acuerdo con lo que Fatty había expresado, Ern era mucho más inteligente de lo que él se había figurado. Pensaba que Ern era un muchacho activo, pero ese Federico Trotteville hablaba de él como de un chico realmente inteligente.

—Bien, lo haré bajar —dijo y se levantó pesadamente de su silla. Subió al piso y Fatty pudo oírle cómo abría la puerta de Ern, quién

salió al momento disparado y escabullándose de la proximidad de su tío, como si temiera recibir, de pronto, un buen sopapo. Bajó las escaleras de dos en dos y entró como una exhalación en la oficina.

—He oído tu voz, Fatty —dijo muy contento—. Has sido realmente muy amable y muy bueno al venir. ¿Cómo te las has arreglado para que mi tío me dejara salir?

—Escúchame, Ern: le voy a explicar de una manera rápida y sin detalle todo lo que hemos hecho esta mañana —dijo Fatty rápidamente al oír que el señor Goon bajaba pesadamente las escaleras—. Pero quiero que seas tú quien le explique todo cuanto descubristeis con Pip acerca de la Jardinería Haylings, dirigida por Smith y Harris, ¿comprendes? Creo que es mejor que él lo sepa.

Ern apenas tuvo tiempo de asentir con la cabeza, cuando el señor Goon entró en la oficina. Se sentó y carraspeó fuerte para aclararse la garganta.

—Bien —empezó—. He sabido que lo que me contaste no estaba muy distante de lo ocurrido, Ern. Si me hubieras explicado algo más, yo te hubiera escuchado muy gustoso.

—Pero tú no me quisiste escuchar, tío —interrumpió Ern—. Tú solamente me rugiste cuando te pedí la media corona y me encerraste arriba en mi…

—Bueno, yo estoy seguro de que tu tío está ahora muy dispuesto a darte tu dinero —intervino Fatty—. Yo ya le he dicho que tú has sido de una gran ayuda para nosotros esta mañana. De hecho yo creo que te va a dar cinco chelines en vez de la media corona que te tiene prometida. Tú y Pip habéis sido los que más éxito obtuvisteis sobre todos nosotros.

—¡Cómo, yo no estoy dispuesto a darle cinco chelines! —exclamó el señor Goon levantándose como una exhalación.

—En este caso no voy a decir nada más —dijo Fatty levantándose a su vez, pero con calma—. Usted ha sido injusto con Ern, señor Goon, y yo había creído que a usted le hubiera complacido compensarle de alguna forma. Le doy mi palabra de que ha hecho un buen trabajo esta mañana. El y Pip, es posible, que nos hayan puesto sobre la pista de ese tal Smith.

—¡Cielos! ¿El Smith que se cita en los anónimos? —preguntó el policía, asombrado.

Fatty asintió con un gesto.

—Es posible. No lo sabemos con certeza, desde luego. Usted mismo juzgará si escucha todo cuanto Ern puede contarle. Pero yo considero que la información vale muy bien los cinco chelines y yo no le daré permiso a Ern para que se explique a menos que usted le pague ahora mismo y de delante de mí, la cantidad fijada.

Ern tuvo siempre los ojos saltones, pero al oír a Fatty discutir con su terrible tío de una forma tan fría y terminante, los ojos se le salían materialmente de los párpados. Contemplaba a Fatty con mezcla de terror y de admiración, ¡qué gran amigo era!

Los ojos del señor Goon saltaron también, pero no de admiración, sino de ira y disgusto. Miró con ferocidad tanto a Ern como a Fatty, pero tuvo que reconocer nuevamente que la ventaja estaba siempre en el terreno que pisaba Fatty. ¡Este sapo de chico!, se las arreglaba siempre magníficamente para pisarle el terreno. El señor Goon lanzó de nuevo otra mirada furiosa y buscó en los bolsillos de sus pantalones. Los ojos de Ern brillaron al oír el tintinear de las monedas.

Goon sacó las dos medias coronas o sean los cinco chelines que mencionó Fatty y los puso encima de la mesa cerca de Ern.

—Aquí están —dijo—, pero ten en cuenta que si yo considero que no te lo has ganado, los recogeré otra vez.

—Tú serás mi depositario —dijo Ern haciéndolos pasar frente Fatty—. Así no me los gastaré.

Fatty rio la buena ocurrencia y se embolsó el dinero porque de Goon no se fiaba ni un pelo más de lo que se fiaba su sobrino.

—Bueno, ahora, Ern, ya puedes explicarle todo cuanto hemos hecho esta mañana —le dijo Fatty—. Ya sabe que nos fuimos a la búsqueda de casas que estuvieran recubiertas de yedra, tú ya se lo has dicho y no te lo ha creído. Ahora ya sabe que es verdad y, además, sabe el porqué hemos ido. Solamente nos falta decirle que hemos encontrado un número bastante regular de casas que están recubiertas de yedra y que, desde luego, ninguna de ellas se llama «Las Yedras», pues si no ya estaría anotado en la Guía, y que nosotros hemos considerado que la única que valía la pena de tener en consideración era la que habíais encontrado tú y Pip. Ahora puedes continuar tú con la explicación, Ern.

Y Ern se explicó muy bien. Describió la Jardinería Haylings, mitad habilitada como tienda y mitad como vivienda, y señaló el cartel que figuraba en la entrada: «Smith y Harris».

—Y ahora vamos a investigar si el señor Smith de la jardinería es el Smith que se menciona en los anónimos —terminó Ern.

—Pero, yo creo que éste es un trabajo más propio de usted que nuestro —intervino Fatty—. Si es el Smith supuesto, entonces, siempre de acuerdo con los anónimos, es un nombre falso y usted puede fácilmente descubrir cuál es en verdad su apellido, haciendo algunas investigaciones sobre su pasado.

—¡Oh, sí! —dijo el policía, muy interesado—. Sí, sí; lo puedo investigar. Usted ha sido muy inteligente de venir a verme sobre este asunto, Federico. Éste es un trabajo propio de la policía, como usted dice, y lo haré muy gustoso. Usted se queda al margen del mismo. Yo creo que no hay duda de que el Smith de la firma Smith y Harris es el hombre que se cubre con un apellido falso. Un criminal que habrá estado en la cárcel, probablemente. Si fuera así, debe de haber una ficha de sus huellas digitales y pronto sabremos cuál es su apellido real.

—¿Cómo obtendrá sus huellas digitales? —interrogó Fatty con mucho interés.

—¡Hombre! Un policía tiene sus propios medios para investigarlo —dijo Goon con una expresión que a Fatty le pareció muy marrullera y no le gustó lo más mínimo.

—Pero, por ningún medio se puede afirmar qué ese «buen» hombre Smith sea el que se cita en los anónimos, ¿sabe usted? —dijo Fatty levantándose para marchar—. Creo que se debe de obrar con mucho cuidado, ¿verdad, señor Goon?

—¡Yo no necesito que me den consejos! —dijo Goon, enfadado—. Llevo los bastante años en las fuerzas de la policía para saber cuál es el camino que se debe seguir.

Fatty les dijo ¡adiós!, y se fue. A Ern se le ordenó que fuera a hacer su vigilancia desde la ventana de su habitación, para el caso de que alguien compareciera con alguna otra nota. Goon terminó algunos informes y luego decidió ir a entrevistarse con el señor Smith de la firma Smith y Harris. ¡Buena cosa ha sido que ese gordinflón haya tenido el buen sentido de informarme sobre el

asunto! ¡Y extraordinario que el pequeño Ern descubriera la casa! Goon caviló sobre los cinco chelines que había tenido que soltar.

«No sería una mala idea el ir a pedírselos —pensó—. Pero, si tampoco puede devolverlos, porque los ha entregado a aquel muchacho para que se los guardara. Será mejor ir a la calle Haylings y ver a ese señor Smith».

Fue en busca de su bicicleta atravesando la cocina donde la señora Hicks estaba leyendo otra vez sobre las hojas de su té.

—¡Usted siempre con sus hojas de té! —exclamó—. ¡Siempre perdiendo el tiempo con esas tonterías! —Y salió de la cocina dando un portazo—. Vaya una mujer holgazana y descuidada, siempre rompiendo cosas y tomando tazas de té siempre… —y las ideas del señor Goon se paralizaron de súbito al ver una cosa que le produjo realmente un achaque.

¡Otro anónimo! Sí, lo debía ser. Estaba colocado en el marco de la ventana de la cocina. Un sobre cuadrado, como siempre, y de ínfima calidad, como siempre también, y su sobre él un «sr. goon» al igual que en veces anteriores con su apellido con letra minúscula. Le clavó la vista encima, bien aturdido.

Ern debe de haber visto quién lo ha puesto aquí. ¡Oh, y también la señora Hicks! ¡Nadie puede haber venido por el jardín hasta el marco de la ventana sin que alguien le haya visto! Y a grandes zancadas retrocedió para entrar de nuevo en la casa.

—¡Ern! —vociferó—. ¡Ern! ¡Baja en seguida! Y usted, señora Hicks, todavía está sentada. Tengo que hacerles a los dos algunas preguntas. ¡Sí, tengo que hacérselas!

# Capítulo IX

## El señor Goon y Ern metidos en complicaciones

Ern, que había oído muy bien la estentórea llamada de su tío, dio un salto, atemorizado. «¿Qué es lo que ocurre ahora? —pensó —. Menos mal que ya he entregado los cinco chelines a Fatty».

A todo correr bajó los escalones de dos en dos e irrumpió en la cocina. La señora Hicks estaba sentada en una silla, muy asustada y con la mirada puesta en el señor Goon.

—Ven aquí, Ern —exclamó el señor Goon con voz de trueno—, y mira esto. Se trata de otro de los anónimos de que te he hablado. Estaba colocado en la parte exterior del marco de la ventana de la cocina. ¿Cuánto tiempo estuvo usted aquí, señora Hicks, sentada de cara a la ventana?

—Unos tres minutos —contestó la señora a quien la pregunta cogió de improviso—. Hice la limpieza y después me senté a tomar mi segunda taza de té. Estuve sentada a la ventana unos tres minutos.

—Durante este tiempo, ¿vio usted a alguien en el jardín? —preguntó el señor Goon.

—Ni a un alma —contestó la señora Hicks—. Dios nos bendiga a todos si es que se trata de otra de esas cartas «anémicas», o como ustedes las llamen. ¡Y depositada sobre el marco de la ventana! ¡Qué valor!

—¡Pero usted tiene, forzosamente, que haber visto al que lo puso ahí! —inquirió, exasperado, el señor Goon.

—Le aseguro que hace diez minutos no estaba ahí —replicó la

señora Hicks—, porque he abierto la ventana para tirarles algunas migas de pan a los pájaros. De estar ahí la carta la hubiera visto. ¡No soy ciega! Y no me mire de esa manera, señor Goon, que me hace sentir escalofríos.

—Pero forzosamente alguien debe de haber saltado la valla, cruzando el jardín y colocado la nota en el marco. Si usted no lo advirtió, debió verlo Ern. —Y dirigiéndose al muchacho, le espetó —. ¿Viste tú a alguien?

—En absoluto —contestó Ern, aturrullado—. No vi absolutamente a nadie.

—Esto indica que no estabas vigilando —dijo Goon perdiendo la paciencia.

—¡Sí que estaba vigilando! Estuve sentado frente a la ventana durante un buen rato —exclamó Ern, indignado—. Y le repito a usted, que nadie ha entrado en el patio ¡¡¡NADIE!!!

—Entonces ¿cómo ha venido a parar hoy esta nota aquí? —dijo Goon—. La señora Hicks se hallaba aquí en la cocina y tú vigilando arriba y en vuestras mismas narices alguien se cuela en el patio, coloca impunemente una carta en el marco de la ventana y luego, tan tranquilo, se vuelve a marchar otra vez.

—Todo lo que usted quiera, pero yo no vi a nadie —replicó Ern, aturdido—. Y si yo no he visto nada y la señora Hicks tampoco, no puede haber sido nadie. A menos que fuera una persona invisible.

—No digas sandeces —replicó el señor Goon—. ¡Cómo va a haber personas invisibles! Desde luego, no me extraña que la señora Hicks no advierta nada, pues cuando está leyendo en sus hojas de té…

—¡No, no me saque usted de quicio! —replicó la señora, muy enfadada.

—Por lo que se refiere a Ern —añadió dirigiéndose a su sobrino —, debes de haber estado leyendo una de esas tonterías que tú mismo escribes. Dime la verdad. Tú no vigilabas, ¿no es eso?

—Sí, tío, sí —contestó atemorizado el pobre muchacho retrocediendo a medida que su tío avanzaba hacia él—. Yo cumplí mi cometido a conciencia. Usted me paga para que yo vigile y no hago otra cosa cuando estoy arriba, de forma que le aseguro que no ha entrado nadie desde que usted me envió al piso.

Goon fue a soltarle un manotazo, pero Ern se escabulló y la punta de los dedos del policía dieron contra el borde de la mesa, lo que le produjo verdadero dolor. Ern salió enfurecido de la casa y, cogiendo a toda prisa su bicicleta, se largó. No quería estar ni un minuto más con su tío. ¡Desconfiar de este modo de él y quererle abofetear sin haber cometido ninguna falta! Si la señora Hicks no había visto a nadie, ¿por qué tenía que verlo él?

El señor Goon abrió precipitadamente el sobre cuadrado, pero al ver que la señora Hicks le estaba mirando atentamente, se marchó a su despacho. Una vez allí sacó la carta y la desdobló observando que estaba escrita, como las anteriores, con recortes de periódicos. La leyó ávidamente. Era todavía más embrollada que las anteriores:

«CUANDO VEAS A SMITH, HÁBLALE DE SECRETOS. LUEGO VIGÍLALE PUESTO QUE PONDRÁ PIES EN POLVOROSA».

—¡Bah! —exclamó el policía verdaderamente disgustado—. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿A qué secretos se referirá? ¡Ya me va cansando todo este asunto! Y pensar que ese pícaro de Ern estuvo vigilando en las habitaciones altas y dejó entrar impunemente a ese individuo y le permitió colocar la nota en el marco de la ventana de la cocina ¡Ante sus propias narices! ¡Tonto de mi por haberle pagado los cinco chelines!

Se disponía de nuevo a salir cuando se detuvo de repente. ¿No sería mejor telefonear a Fatty y decirle que había llegado otra nota y lo mal que había procedido Ern al tomar los cinco chelines para luego no hacer su trabajo?

Así, pues, telefoneó a Fatty, que se quedó bastante sorprendido, y le expuso que había recibido una nueva carta cuyo contenido le leyó. Fatty la copió seguidamente: «CUANDO VEAS A SMITH, HÁBLALE DE SECRETOS. LUEGO VIGÍLALE, PUESTO QUE PONDRÁ PIES EN POLVOROSA».

Goon le contó luego que Ern no había sido capaz de localizar a nadie en el jardín que llevase la nota. «Sin duda estaría pensando en las musarañas en lugar de prestar atención a su trabajo, para lo cual yo le pagaba. No puedo dejar a Ern después de haber cobrado dinero por un trabajo que no ha hecho. Haría bien en devolverme los cinco chelines».

—Lo siento, señor Goon, pero usted pagó a Ern por un trabajo

que ya había hecho, y no por uno que iba a hacer —observó Fatty—. Aquellos cinco chelines son de Ern. ¿Y ahora que va usted a hacer? ¿Se propone visitar a los señores Smith y Harris?

—Sí —contestó Goon—. Pero respecto a los cinco chelines, si ve usted a Ern dígale que me devuelva por lo menos media corona, ¿entiende?

Fatty colgó el auricular para no oír todo cuando quería explicar el señor Goon en su enfado.

Oyó el timbre de una bicicleta en el sendero y miró a través de la ventana. Era Ern, jadeante por el esfuerzo hecho para llegar a casa de Fatty lo antes posible.

—¡Hola, muchacho! —le dijo Fatty—. Tu tío me acaba de llamar ahora mismo por teléfono y ha dicho que ha recibido otro anónimo, y que lo encontraron en el marco de la ventana de la cocina, y colocado allí, según él cree, por alguien que ha pasado por delante de vuestras propias narices. ¿Es posible que no pudieras localizar a quien lo trajo? Por lo visto, el hecho ocurrió mientras tú estabas vigilando.

—¡Y es verdad que estaba vigilando! —replicó Ern, indignado—. Tú me aconsejaste que cumpliera con mi deber de una manera honesta, y así lo he hecho. Te aseguro, Fatty, que tan pronto como mi tío me ordenó que fuera a vigilar me senté frente a la ventana de mi habitación y no deje de tener la vista pegada al patio. Sí; de veras que lo hice, como te lo digo. Vi cómo caían en el patio algunas migas de pan y me supuse que era la señora Hicks que las echaba para los pájaros, pero ella dice que la nota no estaba en el marco de la ventana cuando las tiró.

—¿Y después que ella hubo echado las migas continuaste teniendo la vista fija en el patio? —preguntó Fatty un poco receloso—. ¿Tampoco vio a nadie la señora Hicks?

—A nadie. Y si ella hubiera visto a alguien, yo también tenía que verlo —dijo Ern, un poco enfadado—. Ella estuvo sentada frente a la ventana, y a tan corta distancia que casi podía asomarse y tocar el marco. Pues bien, si ella no vio a nadie, ¿cómo había de verlo yo? No lo entiendo de ninguna manera, Fatty. Yo creo que la nota debía de estar allí cuando echó las migas, y ella no se daría cuenta. Ésta es la única explicación que me parece lógica.

—Yo supongo lo mismo —asintió Fatty—. Realmente hay algo muy extravagante en este asunto, aunque no puedo poner el dedo en la llaga. Confiemos en que tu tío calmará su enfado y mientras tanto quédate aquí y merendaremos. No creo que sea necesario que vayas otra vez a montar nueva vigilancia, pues no es de temer que, por hoy, aparezca ninguna otra nota.

—¡Oh! Gracias, Fatty. Me gusta estar aquí contigo —exclamó Ern—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Pues sí; quisiera empezar a preparar las cosas que deben de llevarse a la Casa de la Ciudad para la Tómbola. Puedes ayudarme. Estoy deseoso de saber cómo le ha ido a tu tío con los señores Smith y Harris, pues cabe en lo posible que el tal Smith sea el que se menciona en los anónimos. Pronto lo sabremos.

Pero al señor Goon no le iba muy bien su trabajo aquella tarde. De hecho estaba teniendo muy poco éxito. Había llegado a la jardinería de muy mal humor por lo que él consideraba un fallo de Ern en localizar a la persona que había dejado el último anónimo.




Entró en la finca montado en su bicicleta y a toda velocidad, por lo que casi atropella a un hombre que iba por el sendero llevando una carretilla de mano.

—¡Mira por donde andas! —le gritó el desconocido viendo que el señor Goon había hecho caer un tiesto que se rompió contra el suelo.

El señor Goon, sin hacer caso desmontó de la bicicleta y en tono de suficiencia le dijo:

—Quisiera ver a los señores Smith y Harris.

—Pues está usted hablando con la mitad de ellos —le contestó el desconocido dejando descansar la carretilla sobre sus patas—. Yo soy Harris. ¿Qué desea? Tengo ya pagada la matrícula del perro, el permiso de la radio, el del coche de reparto y…

—No he venido por cuestión de licencias —dijo Goon temiendo que el buen hombre se disponía a tomarle el pelo—. Quiero ver al señor Smith.

—¡Oh!, esto será un poco difícil, ahora —le dijo Harris frotándose la mejilla lo que le produjo el característico ruido que ofrece el frote de una barba de tres días—. Sí, bastante difícil.

—¿Está en casa? —preguntó el señor Goon impaciente—. ¿O en el jardín?

—No, no lo encontrará usted —le contestó el señor Harris a quien ya empezaba a desagradar los modales del engreído policía—. En este momento yo no podría ponerle ni un dedo encima.

—Pero es que tengo necesidad de verle —dijo Goon—. Es muy importante y le ruego que no me entretenga, por favor. Lléveme a donde se encuentra.

—¡Oh!, no tengo tiempo para ello —replicó el señor Harris—. Está demasiado lejos para llevarle donde él se encuentra y ahora estoy muy atareado. Dispongo solamente de un trabajador y el tiempo es precioso.

El señor Goon empezaba a sentirse exasperado. ¿Dónde estaba el evasivo señor Smith? Por lo que pudiera ser se decidió a hacer una pregunta sorda.

—¿Es Smith el verdadero apellido de ese señor? —preguntó bruscamente.

El señor Harris, muy sorprendido ante pregunta tan extraña, miró fijamente al señor Goon y se raspó de nuevo su poblada y descuidada barba.

—Por todo cuanto yo sé, ése es su apellido —contestó—. Le conozco de toda la vida y él siempre ha usado el apellido Smith, desde muy niño. ¿No será usted un bromista?

—Nada de eso —contestó Goon un poco desconcertado al oír

que el apellido Smith aparentemente era correcto—. ¿No podría usted decirme si este lugar se llamaba tiempo atrás «Las Yedras»?

—¿Por qué debió de llamarse «Las Yedras»? —preguntó a su vez el señor Harris—. Ya era conocida por Jardinería Haylings cuando yo lo compré y por Jardinería Haylings antes de nacer usted, señor policía «Husmeador». ¿Qué quiere decir usted con eso de «Las Yedras»?

—Pues lo decía porque esta finca tiene mucha yedra agarrada a sus paredes —dijo Goon empezando a sentirse ridículo ante lo inútil del interrogatorio. Y deseoso de cambiar de conversación, añadió—: Por favor, le ruego me indique donde está el señor Smith.

—Muy bien; ya que usted insiste con mucho gusto se lo voy a «indicar» a usted —dijo el señor Harris. Y dejando la carretilla en el sendero guió al señor Goon al interior de la casa, donde había una gran esfera terrestre que la hizo girar para que se viera el mapa de América del Sur.

Entonces el señor Harris señaló un punto del Brasil y explicó:

—¿Ve usted esta ciudad llamada Río de Janeiro? Pues bien, allí se encuentra el señor Smith. Se marchó a vivir allí hace ya veinte años. Desde entonces, yo he continuado solo en el negocio, pero todavía conservo el nombre comercial de Smith y Harris. Si usted toma el primer avión para Río de Janeiro puede preguntarle si en realidad su nombre es Smith. No se preocupe que es muy amable y seguramente se lo dirá a usted.

Dicho esto soltó tal carcajada que Goon se quedó casi sordo y sintióse tan ofendido por la burla que le había hecho, que se marchó sin decir ni palabra, pero conservando siempre un aire lo más digno posible para un policía.

Estaba ya a punto de franquear la puerta del jardín y pudo aún oír las risotadas del señor Harris.

¿Por qué no habría dejado que Fatty hubiera tenido esta entrevista con el señor Harris? ¡No hubiera estado mal que le hubieran jugado al gordinflón la necia burla que acababan de jugarle a él! ¡A un policía —refunfuñaba Goon— hay que tratarle con mayor respeto! —Y es que el señor Goon estaba en realidad MUY ENFADADO.

# Capítulo X

## Fatty se estanca en un punto muerto

El señor Goon no confesó a nadie lo que había ocurrido en la Jardinería Haylings. Cuando Fatty le telefoneó al anochecer preguntándole si había tenido algún éxito, el señor Goon fue muy poco explícito.

—Ya no vive allí ningún Smith —se limitó a decir—. Dejo la casa ahora hará unos veinte años. No he hecho otra cosa que perder el tiempo yendo allí. ¿Está Ern con usted, señorito Federico?

—Sí. Y ahora le aconsejaba que regresase a su casa —le contestó Fatty—. Me ha sido de una gran ayuda esta tarde y muy amable su atención de mandármelo. Muchas gracias, señor Goon, le estoy muy agradecido.

Goon se quedó asombrado. Por lo visto Ern no había contado a Fatty lo furioso que él había estado con Ern, ni tampoco que había querido pegarle. Esto le indujo a pensar que el muchacho se podía quedar otra noche con él y regresar a su casa al día siguiente. No era muy bueno como vigilante y referente a lo de pagarle ni un solo penique más; de eso: ¡ni hablar!

Ern llegó poco después preguntándose cómo le iba a recibir el señor Goon, y quedó sorprendido al ver que solamente le hacía salir del comedor para que cenara en la cocina con la señora Hicks diciéndole que tenía algo urgente que hacer.

El joven, muy contento, salió volando hacia la cocina cuyo ambiente resultaba muy agradable. Se sentó al lado del fuego mirando cómo la señora Hicks preparaba algo de repostería.

—Es extraordinario que ninguno de los dos viera a quien trajo este mediodía aquella nota —comentó Ern en voz alta dirigiéndose

a la señora Hicks.

—Es que, la verdad sea dicha, yo en aquellos momentos no estaba mirando a través de la ventana —replicó la señora—. Estaba sentada aquí simplemente «leyendo el futuro» en las hojas de mi té, como hago siempre porque ésta es mi obsesión. Tampoco tú debías estar vigilando, jovencito. ¡Que le cuentes mentirijillas a tu tío, pase, pero no hay ninguna necesidad de que me las cuentes a mí! Confiesa que no estabas vigilando, ¿verdad?

—¡Oh, no diga usted eso! ¡¡¡YO ESTABA VIGILANDO!!! —protestó Ern ya en el colmo de su indignación—. Le aseguro a usted que no saqué la vista del patio, ni una sola vez. Cuando se me paga para hacer un trabajo, lo hago a toda conciencia. No vi a nadie, salvo algunos pájaros revoloteando para picotear las migas que usted les echó.

—Tú viste cómo alimentaba a los pájaros, ¿verdad? —inquirió la señora Hicks—. Pues es curioso que no vieras quién trajo la nota, porque debió de traerla muy poco después que yo hiciera eso; tal y como he explicado a tu tío.

—No pudo haber venido entonces —insistió Ern—. Ya le he dicho que yo estuve vigilando y no me distraje un segundo, señora Hicks. Y no estoy diciendo mentiras; usted lo sabe muy bien.

—En este caso supones que las digo yo —replicó la señora mirando tan furiosamente a Ern, que éste quedó mosqueado—. Lo que debes hacer tú es refrenar tu lengua que resulta demasiado descarada, jovencito, o si no, vas a quedarte sin pizca de cena.

Ern amainó velas sintiéndose aturrullado. Todos estaban en contra de él, pero, con todo, se encontraba mejor en la cocina, con la señora Hicks, que sentado en la oficina en compañía de su tío.

Pasados ya algunos minutos y calmados un poco los ánimos, Ern quiso saber si le gustaría a la señora Hicks que él le leyera su poesía «su posía», según Ern decía. Esto quizá la pondría de mejor humor.

—Señora Hicks, ¿sabe usted que yo escribo poemas? —insinuó Ern.

—No creo que esto sea cosa difícil, la verdad —replicó la buena mujer—. Yo misma los escribiría si tuviera tiempo del que no dispongo.

Esta contestación era realmente bastante desalentadora. Unos

minutos más tarde, Ern probó de nuevo y le dijo:

—Me gustaría saber qué es lo que piensa usted de mi última «posía». ¿Quiere usted que se la lea?

—Si quieres, hazlo —dijo la mujer sin dejar de trabajar la pasta con el rodillo. Y añadió—: En realidad eso de recitar poemas es una cosa bastante tonta. Yo acostumbraba a recitar poesías cuando iba a la escuela.

—Pero en este caso se trata de algo que yo mismo he escrito —insistió Ern—. Yo he compuesto una mitad y uno de mis amigos ha escrito la otra mitad.

Dicho esto, se levantó y leyó sus versos y los de Fatty acerca de «La pobre casa vieja». Y tan entusiasmado estaba en su recitar que no vio al señor Goon, de pie en la cocina, escuchándole atónito. Cuando al terminar oyó la estentórea voz de su tío, se quedó helado como el mármol.

—¿Con que escribiendo poesías otra vez? —dijo Goon—. ¡Cuántas veces he de decirte que esto significa una pérdida de tiempo precioso! ¿Es que no te acuerdas ya de que una vez escribiste un poema muy grosero acerca de mí? Pues ya ves que yo no lo he olvidado. ¿Y qué significa todo eso que se dice en el poema sobre «Las Yedras»? Tú no puedes poner así de tu propio una información secreta en tus poemas. Dame tu bloc de notas y déjame ver qué otros poemas has escrito en él.

—No, tío. Mi bloc de notas es de mi propiedad y muy particular —reclamó Ern, acordándose que había escrito en él las notas sobre las reuniones que había tenido con Fatty y su pandilla.

—Ven aquí, jovencito Ern —insistió Goon adelantándose hacia su sobrino, que escapó rápidamente por la puerta trasera. Entonces Ern vio una sombra negra que se movía delante de él y empezó a vociferar.

—¡Tío, aquí fuera hay alguien! ¡Aprisa, tío!

El señor Goon salió al momento corriendo y tropezó violentamente contra la cuerda de tender la ropa de la señora Hicks en la que tenía colgadas unas batas, dos sábanas y una manta oscura. La cuerda se rompió con el tirón y el señor Goon soltó un feroz aullido al ver que la manta le cubría todo el cuerpo privándole todo movimiento.

¡Pobre Ern! Realmente se había figurado que había alguien en el patio, y solamente era ropa tendida en la oscuridad. Pero cuando vio entrar a su tío en la cocina tambaleándose y arrastrando la cuerda de tender con toda la ropa colgando, comprendió que no había más que una salida para aquella desagradable situación y era la de escapar hacia su habitación y encerrarse en ella hasta la mañana siguiente.

Claro que todo ello suponía el quedarse sin cenar, pero al menos conservaba su precioso bloc de notas y se veía libre del enojo de su tío, y a juzgar por el ruido que se oyó después en la planta baja, estuvo afortunado al poder escapar a tiempo. ¿Por qué se le ocurrió venir a ayudar a su tío? ¡Nunca más lo haría! ¡Nunca más!

Mientras esto ocurrió en casa del policía, Fatty se imaginaba que había llegado a un punto muerto en el asunto de las notas misteriosas. No había podido encontrar la casa llamada «Las Yedras» ni ninguna otra en la que la yedra fuera tan abundante que se la conociera por «Las Yedras». Tampoco habían encontrado al Smith que interesaba. ¿Es que podía hacerse algo más?

«Solamente una cosa —pensó Fatty—. Probar de despegar las letras y palabras pegadas sobre las hojas de las cartas anónimas. Quizás podía dar una pista lo impreso en el reverso de las notas aunque sólo fuera el nombre del periódico de donde procedían las letras y las palabras. Si el periódico fuera de Bristol, por ejemplo, querría decir que el autor de las notas procedía de Bristol, y si el periódico fuera de Manchester, ésta debería ser la residencia del autor. Todo ello podía resultar una gran ayuda».

Al atardecer bajó al cobertizo y se puso a trabajar. El trabajo fue en realidad muy pesado y cuando estaba a la mitad, su lámpara empezó a flamear y se apagó. Entonces recogió todas sus cosas y fue a continuar su labor en su propia habitación.

Encontró ciertas cosas interesantes al despegar las tiras de periódico. Por ejemplo, la palabra «goon» era siempre un recorte completo y parecía como si formara parte de otra palabra más larga. En ninguna de las cartas la palabra «goon» había estado compuesta con letras sueltas, Fatty se fijó en otros recortes y se preguntó ¿de qué palabra podían proceder? De momento no se le ocurría ninguna.

Mientras estaba absorto en su trabajo, oyó golpear suavemente con los nudillos la puerta de su habitación y entró su madre preguntando:

—Federico, ¿has cogido mi memorándum? —Y al ver todo el galimatías de cosas que Fatty tenía extendidas por allí la buena señora exclamó:

—¡Por Dios! ¿Qué es lo que estás haciendo? ¡Qué desorden!

—Estoy resolviendo un… bueno…, una especie de acertijo —le contestó Fatty.

Su madre cogió el trocito de papel que acababa de dejar el chico y en el que se leía la palabra «goon».

—«Goon» —dijo—. ¡Qué acertijo más raro! ¿No formará parte de la palabra «Rangoon» o de alguna otra por el estilo?

—¡Ran-goon! —exclamó el muchacho—. Yo no pensé nunca en Rangoon. ¿Es una de las pocas palabras que existen terminada en «goon», verdad? Oye, mamá, ¿se ha escrito mucho en los periódicos sobre Rangoon en estos últimos días?

—Pues no, la verdad. No recuerdo haber leído nada sobre Rangoon en estos días —contestó su madre—. Pero ¡Federico! ¡Si tienes aquí mi memorándum!

—¡Cuánto lo siento, madre! Debo de habérmelo traído por equivocación —replicó Fatty—. Fíjate que es casi exactamente igual al mío.

—¿Quieres que me quede contigo para ayudarte a descifrar este acertijo tan raro? —le preguntó su madre—. Ya sabes que me gustan los acertijos.

—¡Oh, no, mamá, gracias! No quisiera tener que reprocharme de haberte importunado —contestó Fatty inmediatamente, temiendo que su madre le preguntara de dónde había sacado aquel acertijo—. Realmente creo que es imposible resolverlo y me parece que tendré que abandonarlo.

Y esto es lo que tuvo que hacer el pobre Fatty, después de dos horas, por lo menos, de estar batallando con los recortes. No había nada, tampoco, en el reverso de las tiras de papel que le permitieran identificar de qué periódico procedían. Solamente se veían letras sueltas que podían proceder de cualquier periódico. Resultó verdaderamente desalentador.

«No ha sido una buena idea, ésta —se dijo el joven para, sí, poniendo otra vez los trozos y trocitos de papel dentro de los sobres —. He perdido inútilmente un par de horas. Estoy por lo visto atascado en un punto muerto y no hay manera de encontrar la más ligera pista. Lo triste es que cuando verdaderamente la hubo, Ern falló al no acertar en descubrir el sujeto que depositaba las cartas en el patio del señor Goon. ¿Cómo seguir las investigaciones sin contar con un punto de partida? Decididamente mañana voy a convocar una reunión y veremos si a alguno se le ocurre alguna idea feliz».

A las diez en punto de la mañana del día siguiente estaban todos reunidos en el chamizo de Fatty, incluso Ern, que se sentía un poco más sosegado. Su tío había recibido aquella mañana una carta muy amable de Jenks, el superintendente, de policía, sobre un caso sencillo que, aparentemente, Goon había resuelto muy bien. El policía aprovechó el hecho para resaltarlo durante todo el almuerzo. Leyó a Ern la carta del superior por lo menos tres o cuatro veces y muy solemnemente todas ellas.

—Y ahora fíjate bien, muchacho —le dijo—. SI yo hubiera hecho como hiciste tú ayer tarde cuando vigilabas a través de la ventana y no hubiera visto a nadie paseando por debajo de mis propias narices, no recibiría cartas de felicitación como ésta.

Ern no dijo palabra. Bajó la cabeza y se sirvió un poco más de pan con mantequilla y mermelada. Se había propuesto ir a casa de Fatty inmediatamente después del desayuno a decirle que se marchaba a su casa. Estaba seguro de que su tío no iba a pagarle ni un céntimo más y él no estaba dispuesto a quedarse por nada del mundo.

Fue por todo esto por lo que Ern asistió a la reunión. Cuando estuvieron todos juntos, Fatty les contó su fracaso de la noche anterior.

—Mi madre se ofreció para ayudarme —les dijo—, pero temí que me hiciera preguntas difíciles de contestar y no acepté su ayuda. Con todo, me dijo que la palabra «goon» en minúsculas puede muy bien proceder de la palabra Rangoon. Esto en realidad es un buen dato, pero no sé cómo emplearlo para que nos auxilie en futuras pesquisas. He estado también buscando alguna pista en los recortes que despegué de las cartas, sin resultado alguno. Y, ahora,

en verdad, no sé qué más debo hacer, ni por dónde continuar.

—Yo creo que nos hemos dejado una cosa —intervino Daisy— y es el lugar que encontramos con Larry. Esa finca que ahora se llama Fairlin Hall. La casa estaba vacía, pero yo me pregunto si no sería interesante investigar si algún día fue conocida por «Las Yedras».

—Pero tú misma dices que la casa estaba vacía —le hizo observar Fatty—. Además, viste un cartel que ponía que estaba en venta.

—Sí; ya lo sé —continuó Daisy—, pero hoy he estado allí, nada más que para curiosear, sabéis, y vi algo muy raro.

—¿Qué? —preguntaron todos a la vez.

—Pues bien; me pareció que salía humo por una chimenea de la parte de atrás de la casa —contestó Daisy—. No estoy muy segura, puesto que la chimenea puede pertenecer a otra casa colindante. Pero todo parecía indicar que la chimenea pertenecía a Fairlin Hall y que estaba humeando.

—¡Estupendo, chicos! Esto sí que conviene que sea investigado —dijo Fatty recobrando ánimos repentinamente—. Podría haber alguien escondido allí. Quizás el mismo Smith. Os propongo que vayamos allí en seguida y echemos un vistazo por los alrededores. ¿Qué os parece?

—¡Vámonos!

Y todos salieron corriendo sobre sus bicicletas, seguidos de «Buster» que ladraba tristemente. ¿Sería esto una pista a no lo seria? ¡Una chimenea echando humo! ¡Si al menos perteneciera a Fairlin Hall!

## Capítulo XI

## Los guardas de Fairlin Hall

Cuando los seis ciclistas corrían a toda velocidad, con «Buster» jadeando detrás de ellos, tuvieron la mala fortuna de cruzarse con el señor Goon en una esquina. Este iba montado en su bicicleta y casi chocó con Ern.

—¡Ern! —gritó el señor Goon, con grandes aspavientos, haciendo que peligrara su integridad física—. Te dije que… ¿a dónde vas?… ¡Ern! ¡Ern!

Pero Ern y los demás seguían carretera adelante, aunque éste estaba realmente espantado a juzgar por su cara.

—Espero que no me siga —balbuceó. Sin embargo, se equivocaba, puesto que unos metros detrás venía el policía pedaleando vigorosamente. Unos segundos después, el muchacho volvió para asegurarse de que su tío no le seguía y cuál sería su sorpresa al verse perseguido por el señor Goon.

—Tenemos que evitar que nos vea tomar la dirección de Fairlin Hall —gritó Fatty—. Cruzaremos la mencionada mansión y nos dirigiremos hacia Cockers Hill, de esta forma Goon no podrá perseguirnos por aquel camino.

Pasaron Fairlin Hall rápidamente, al propio tiempo que cada uno por su cuenta, intentaba ver alguna casa de la que saliera humo por la chimenea. Después viraron a la derecha y prosiguieron hacia Cockers Hill. El señor Goon todavía llamaba con grandes gritos a Ern, pero empezaban a fallarle las fuerzas, debido a la fuerte subida que conducía a Cockers Hill, cosa que hizo reír a Bets maliciosamente.

—Pobre señor Goon, si es que llega a la mitad de la cuesta estará

más colorado que un tomate, ¿no te parece, Fatty? —inquirió la chica.

—Él no tiene ninguna «necesidad» de seguirnos hasta aquí —expresó Fatty respirando entrecortadamente, por el esfuerzo violento a que se veía sometido.

—Bets, mira si Goon ya se ha apeado de su bicicleta —ordenó Fatty.

—En efecto —contestó ésta añadiendo—: Pobre señor Goon, muy pronto vamos a perderle de vista.

Llegaron a la colina y continuaron por la otra vertiente, disfrutando del descanso que les proporcionaba el descenso después del esfuerzo realizado. Al poco, toparon con una carretera a su derecha y se dirigieron directamente a Fairlin Hall. Goon había desaparecido y no quedaba ni rastro de él en ninguna parte. Cuando llegaron, dejaron las bicicletas apoyadas en una pared, casi frente a la verja de una casa.

De repente Daisy, señalando con el dedo una de las casas contiguas dijo:

—Mirad. ¿No sale este humo de una de las chimeneas de esta casa?

—Efectivamente —contestó Fatty.

—Qué casa más fea, fijaros en estas columnas de la puerta principal y en estos balcones de piedra. Debe haber estado deshabitada durante muchos años —opinó Larry.

Fatty se adelantó, dirigiéndose hacia la puerta principal en la que había una placa indicando que la casa estaba en venta y tomó el nombre de la Agencia que intentaba hacer la transacción.

—Paul y Ticking —susurró el muchacho—. No sería mala idea visitar a estos señores y preguntarles algunas peculiaridades de este edificio. Incluso podríamos descubrir que antiguamente se llamaba «Las Yedras».

—Es una buena idea —dijo Bets.

—¿Echamos una ojeada alrededor del edificio, para ver si hay alguien? —prosiguió Pip—. Debemos saber si ésta chimenea humeante pertenece al mismo.

—Sí —contestó Fatty—. Iré con Bets, mientras vosotros os quedáis aquí, sin que os vea nadie. Daremos la vuelta por la parte

trasera de la casa llamando a «Buster», como si lo hubiéramos perdido. Si hay alguien, es de esperar que salga fuera y cuando dejemos de llamar al perro, lo soltáis para que venga a nuestro encuentro.

—De acuerdo —dijo Larry, cogiendo al perro por el collar. Fatty y Bets se alejaron hacia el lugar indicado, al mismo tiempo que daban un rodeo, llamando constantemente a «Buster». Nuestro protagonista iba dando voces diciendo: ¡«Buster»! ¡«Buster»!, ¿dónde estás? El pobre animal estaba como loco intentando desasirse de Larry para acudir a la llamada de su amo, pero aquél le tenía asido fuertemente por el collar, de tal forma que «Buster» casi se ahogaba cada vez que saltaba cuando oía la llamada de Fatty. Éste a medida que iba avanzando alrededor de la casa, intentaba ver su interior a través de las sucias y destartaladas ventanas. Su aspecto era tan siniestro por dentro como por fuera.

Llegaron a la parte trasera, donde estaba la puerta de la cocina, junto a la cual había ropa tendida, demostración evidente de que alguien vivía en aquella covacha. Fatty llamó la atención de Bets y señaló una chimenea, de la cual sabía humo tal y como había indicado Daisy anteriormente, de manera que la chica había acertado.

—¡«Buster»!, ¡«Buster»!, ¿dónde estás perro travieso? —gritó Fatty, llamándole con un fuerte silbido.



Una mujer anciana salió por la puerta de la cocina. Estaba muy delgada y con una expresión de tristeza en su rostro agradable.

—¿Han perdido el perro? —preguntó.

—Estará por ahí —contestó Fatty sin faltar a la verdad—. Espero que no habremos molestado. En realidad, creí que la casa estaba vacía, porque vi el anuncio «En Venta» fijado en la puerta principal.

—Exactamente —dijo la mujer cubriéndose los hombros con un chal—. Somos los guardianes, pero aunque esta casa está deshabitada desde hace muchos años, la Agencia contrató unos guardas debido a que los gitanos y pordioseros entraban en ella continuamente. De esta forma hemos vivido aquí durante quince años y esperamos que no se venda, porque no queremos que nos dejen en la calle.

A todo esto, apareció «Buster» ladrando de alegría al ver a su amo. De acuerdo a las instrucciones recibidas, Larry había soltado el perro al dejar de llamarle Fatty.

—Aquí está su perro —dijo la mujer—. No podía haberse ido muy lejos. A veces desearía tener un perro, pues desde que vivimos aquí, han venido ladrones tres veces; ¡me gustaría saber qué esperaban encontrar en una casa vacía!

Cuando estaban en lo mejor de la conversación, alguien llamó desde el interior, tosiendo dolorosamente, al mismo tiempo.

—Es mi pobre marido —explicó la mujer—. Está enfermo. ¿Puedo rogarles que no se marchen todavía al pueblo, pues tengo que ir a la farmacia a comprar una medicina y no me gustaría dejarle solo a ser posible?

—¡Desde luego que no! Lo mejor será que vayamos nosotros en bicicleta a por la medicina y dentro de un rato estaremos de vuelta con ella —dijo, solícito, Fatty.

—Son ustedes muy amables; voy a buscar una botella —dijo, desapareciendo en el interior de la casa.

—Me pregunto si no se llamarán Smith —comentó Fatty en voz baja.

—No creo. Viven aquí desde hace ya muchos años. ¡Ah! Aquí vuelve nuestra amiga —replicó Bets.

La mujer salió con la botella en la mano y dirigiéndose al muchacho, dijo:

—Aquí tiene este envase y un chelín para pagar la medicina. Pida la misma prescripción de la vez anterior, por favor.

—¿Qué nombre daré? —preguntó Fatty.

—Smith, señor John Smith; el farmacéutico ya lo sabe —contestó.

—Estupendo —exclamó Fatty, al saber que había un tal Smith

en aquella casa cubierta casi por completo de yedra. En esto, se fijó detenidamente en Bets y pudo captar perfectamente la sorpresa de la muchacha.

—¡Vámonos, «Buster»! Estaremos de vuelta en diez minutos, señora Smith —dijo Fatty, echando a andar camino adelante.

—Son ustedes muy amables, realmente muy amables —replicó sonriendo la interpelada, de una manera que la hacía bastante más agraciada de lo que era en realidad.

Fatty y Bets corrieron hacia sus bicicletas con «Buster» pegado a los talones. El chico estaba hecho un verdadero lío con la serie de pensamientos que acudían a su mente ininterrumpidamente. ¿Sería este Smith el que buscaba o, por el contrario, sería otra lamentable equivocación?

A todo esto llegaron donde les esperaban sus compañeros.

—¡Cuánto tiempo esperando! —protestó Larry—. ¿Qué ocurrió?

Fatty les contó de una manera breve lo que había sucedido y al final preguntó:

—¿Qué os parece de unos guardas que llevan quince años al cuidado de la casa y cuyo nombre es Smith?

Bets, que estaba bastante nerviosa después de la entrevista, dijo:

—Vámonos, tenemos que ir a la farmacia.

—¿Por qué diablos hay que ir a la farmacia? —preguntó Pip.

—Os lo contaré por el camino —contestó Fatty. Todos estaban tan interesados en la narración, que volvieron al pueblo pegados alrededor de Fatty, que casi se tocaban unos a otros con los pedales. Sin embargo, llegaron sanos y salvos a la farmacia, donde Fatty entró con la botella en la mano, dispuesto a obtener un poco más de información acerca de los Smith, si la ocasión se terciaba.

—¿Para el señor Smith? —preguntó el farmacéutico, que conocía también a Fatty—. ¿Qué tal está el anciano? Lleva enfermo desde el año pasado; lo mejor que puede hacer es marcharse de esa vieja y sucia casa, porque le conviene vivir en alguna parte cerca del mar; claro está que son más pobres que unas ratas.

—La señora Smith parece una buena mujer —sugirió Fatty—, a su marido no le conozco.

—Es un tipo muy raro —explicó el farmacéutico, mientras escribía sobre una etiqueta—. Es hombre de muy pocas palabras,

raramente sale de su casa y cuando su mujer estuvo enferma y no tenía más remedio que venir a la farmacia, casi no hablaba una sola palabra. Creo que no quieren que se venda la casa, puesto que tendrían que buscarse alojamiento en cualquier otra parte, cosa nada fácil actualmente, máxime cuando uno tiene ya muchos años y es pobre.

—¿A quién pertenecía antiguamente Fairlin Hall? —preguntó Fatty.

—No tengo ni idea —contestó el farmacéutico—. La casa ha estado vacía durante muchos años, cosa que no me extraña, puesto que además de triste y sucia se está cayendo de vieja.

El farmacéutico envolvió la botella y dejándola sobre el mostrador dijo:

—Bueno, ahí tiene la botella —diciendo seguidamente—, un chelín, por favor.

El chico le entregó la moneda.

—Dé muchos recuerdos a la señora Smith de mi parte —concluyó el hombre.

—Gracias —contestó Fatty, saliendo de la tienda con Bets.

Se reunieron nuevamente con los demás y, como siempre, el muchacho dio nuevas instrucciones:

—Volveremos a Fairlin Hall —explicó— y trataré de obtener más información de la señora Smith. Después iremos a la Agencia, pues tenemos que saber a toda costa si esta casa se llamó alguna vez «Las Yedras», y si así fuera, estaríamos, con toda seguridad, sobre la pista de todo este misterio.

Volvieron de nuevo a la casa y Fatty y Bets la rodearon de nuevo, para llegar a la puerta trasera, esta vez con «Buster» danzando a su lado. La puerta de la cocina estaba cerrada y llamaron con los nudillos.

—Si es la medicina, déjenla junto a la puerta —dijo la señora Smith desde el interior—, mi marido tiene un ataque de tos y no puedo salir en este momento. De todas maneras, muchas gracias.

Fatty dejó la botella donde le habían dicho, un tanto malhumorado por no poder continuar indagando. Se quedó mirando a su alrededor y pudo comprobar que en esta parte del edificio, la limpieza era considerable, las ventanas tenían sus cortinas y hasta

los cristales estaban limpios. Junto a la puerta de la cocina, la botella vacía de la leche estaba completamente limpia y en espera de ser recogida por el lechero.

Una vez terminada la inspección se dirigió a Bets, un tanto desalentado.

—Bueno, el señor Smith quizá sea un hombre con nombre falso y un pasado complicado —explicó Fatty, aproximándose al grupo.

Se quedó pensativo y añadió:

—Pero con respecto a esa mujer, no hay nada que objetar, incluso el farmacéutico opinó que era una buena persona. Además le tengo cierta simpatía, ¿y tú, Bets? —preguntó el muchacho.

—Lo mismo; espero que no le pase nada malo al señor Smith, pues su mujer sufriría mucho. Sin duda, el hombre que escribió estas notas no puede ser este señor Smith —dedujo Bets.

—Puede que tengas razón —dijo Fatty—. Ahora debemos hacer una visita a la Agencia.

Mientras decía esto, se originó un fuerte ruido frente a la verja de la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fatty, un tanto alarmado.

El muchacho no tardó mucho tiempo en darse cuenta que el motivo del alboroto era nada más y nada menos que el señor Goon en persona, iba montado en su bicicleta, cuando de repente vio a Larry, Daisy, Pip y Ern.

También vio las bicicletas de Fatty y Bets apoyadas al muro, todo lo cual hizo que sintiera una fuerte curiosidad.

Se bajó de la bicicleta pesadamente, después de cerciorarse de que «Buster» no anduviera cerca de sus tobillos y, preguntando a qué se debía que todo el grupo estuviera allí reunido.

—Descansando un poco —dijo Pip—. Subir a Cockers Hill a toda prisa cansa bastante, señor Goon. ¿No le ocurre a usted lo mismo?

—No me gustan las bromas —balbuceó el señor Goon—. ¿Dónde está el gordinflón? ¿A qué ha venido? ¡Ah, ya veo! ¡Otra casa cubierta de yedra! Bueno, no creo que os sirva de mucho, puesto que está vacía.

Después de todas estas frases, dichas despreciativamente, se quedó mirando fijamente a Ern y después ordenó:

—¡Ern, ven aquí inmediatamente!

Fue en este preciso momento cuando Fatty y Bets llegaron junto a la verja y «Buster», al ver a su irreconciliable enemigo, empezó a correr hacia su encuentro ladrando ferozmente. Goon cogió la bicicleta y salió como alma que lleva al diablo al mismo tiempo que dedicaba unos cuantos improperios a Ern.

Fatty, al ver el cariz que tomaban las relaciones entre tío y sobrino, sugirió.

—Será mejor que te vayas, pues a lo mejor te reconcilias con él si le ayudas en su trabajo esta mañana.

—¡Vaya una esperanza! —exclamó Ern, disgustado—. En fin, Fatty, si tú lo dices, me voy, pero iré a tu casa en cuanto pueda. ¡Hasta la vista!

Dicho esto, salió en busca de su tío, con una cara tan triste que los demás no pudieron contener la risa.

—Ahora a la Agencia —ordenó Fatty montando en su bicicleta —. Espero que obtengamos algún provecho de la visita.

# Capítulo X

# Habla el señor Grimble

La oficina de la Agencia se encontraba en la mitad de la calle Alta y sus ventanas estaban repletas de toda clase de anuncios haciendo referencia a la venta de inmuebles.

—Espero que no tardarás demasiado, Fatty —suplicó Pip—, es bastante molesto esperar mientras tú y Bets hacéis el trabajo.

—Lo siento —contestó Fatty—, porque desde luego tenéis razón. Me habéis estado esperando casi toda la mañana. En este momento son las once, así es que lo mejor que podéis hacer es esperarme en la cafetería de enfrente y os tomáis lo que os apetezca. Yo os invito, ya que todavía me quedan algunos ahorros de mi aguinaldo de Navidad. Bueno Bets, ve tú también con ellos y pide un helado para mí.

—Pero Fatty, ¡si todavía no has desayunado! —dijo la niña.

No obstante, Fatty no pudo oírle, porque ya estaba dentro del edificio.

En la oficina se encontró con un hombre joven muy atareado, sentado a su mesa de trabajo y en una esquina, junto a una mesa mucho más pequeña, estaba trabajando otro hombre de edad, cargado de espaldas y de pequeña estatura.

—Buenos días. ¿Qué deseas? —saludó el joven al entrar Fatty.

—Venía a pedirle algunos datos sobre Fairlin Hall —contestó el muchacho atentamente.

Al oír esto el empleado le miró con curiosidad.

—¿Esta casa vieja? Supongo que no querrás comprarla, bajo ningún concepto —repuso, echándose a reír.

—Desde luego que no —respondió Fatty—. Sinceramente, sólo

me interesa la historia de esta mansión.

—Lo siento mucho, pero no dispongo de tiempo para dar una lección de historia —repuso el empleado de mal humor—. Esta casa ha estado sin habitar, si estoy bien informado, desde mucho tiempo antes de que naciera y desearíamos venderla para instalar en ella una escuela, pero está en tan malas condiciones que a nadie le interesa, y desde luego, no tiene historia alguna.

En este momento sonó el teléfono y el empleado cogió el auricular.

—Aquí el señor Paul —dijo—. Desde luego, señora Donning, sí, sí, sí. No se preocupe, no hay ninguna dificultad. Deme todos los datos, por favor.

Estaba bien claro que el muchacho que no obtendría ninguna información del presuntuoso señor Paul, que evidentemente era uno de los socios de la Agencia Paul y Ticking. Pero cuando Fatty ya se iba, al pasar junto al viejo empleado, oyó cómo éste le dirigía unas palabras en voz baja:

—Yo puedo contarle algo acerca de la casa, si lo desea.

Fatty se volvió y se dio cuenta que el anciano estaba intentando compensar con su amabilidad la rudeza del señor Paul y entonces se acercó a su mesa.

—¿Sabe usted algo de esta casa cubierta de yedra de arriba abajo? —preguntó el muchacho con marcado interés.

—Sí, yo la vendí a sus actuales propietarios hace veintiún años —contestó el hombre—. Era un edificio magnífico en aquella época y mi esposa y yo conocíamos a la anciana señora que allí vivía. ¡Ah, Fairlin Hall, qué bien cuidada estaba entonces! Tenía un precioso jardín cuajado de rosas, el cual era atendido esmeradamente por cuatro jardineros; por cierto que hace unos días, estuve hablando con el viejo Grimble, que fue el jardinero mayor.

Al oír nombrar al viejo jardinero, el chico prestó aún más atención, pues pensó que este hombre sabría de Fairlin Hall más que nadie y al mismo tiempo supuso que le gustaría mucho recordar los viejos tiempos transcurridos en aquella casa.

—¿Podría darme usted la dirección del jardinero Grimble? —preguntó Fatty.

—Se la daré, aunque ya está jubilado y solamente se entretiene

en su jardín —ofrecióse el empleado.

—Y a propósito, Fairlin Hall, ¿tuvo otro nombre antes de ahora? —preguntó Fatty, esperanzado.

—Creo que sí, pero no lo sé con exactitud; espere un momento, por favor, que veré si me entero.

En esto, el señor Paul colgó el teléfono y exclamó:

—¡Potter, es completamente imposible entenderse por teléfono si usted no para de hablar!

—Lo siento, señor Paul —replicó el pobre Potter al mismo tiempo que daba disimuladamente un papel al muchacho con la dirección del jardinero. Fatty salió rápidamente para evitar las amonestaciones del rudo señor Paul, el cual con seguridad le reñiría también a él; así es que bajó las escaleras a toda velocidad intentando leer al mismo tiempo la dirección que le habían dado.

—«Donald Grimble —leyó—. Primrose Cot, Burling Meadows. Jardinero».

Cruzó la calle y entró en la cafetería, donde los demás le esperaban sentados alrededor de una mesa comiendo pasteles. Al verle, «Buster» empezó a ladrar alegremente, como si no le hubiera visto desde hacía mucho tiempo.

—No has tardado mucho, Fatty —dijo Bets—, justo el tiempo de comerme un pastelillo. Éste es para ti, están muy buenos.

—¿Te has enterado de algo nuevo? —preguntó Larry.

Fatty les contó detalladamente las entrevistas con el antipático señor Paul y el agradable viejecito, cohibido por los modales del primero y les enseñó seguidamente las señas del jardinero.

Donald Grimble era el jardinero mayor de la Fairlin Hall —dijo al grupo y prosiguió—: Según creo, conocía la casa palmo a palmo y ahora está jubilado. No obstante, tengo la seguridad de que nos puede ilustrar sobre algunas particularidades de esta mansión. Lo interesante sería averiguar si alguna vez esta casa se llamó «Las Yedras». No puedo creer que el viejo señor Smith, al que le hemos llevado la medicina esta mañana, sea la misma persona al que hacen referencia los anuncios.

—Podríamos ir a ver al señor Grimble ahora —sugirió Bets—, pero ¿qué excusa vamos a darle?, ya que lógicamente nos preguntará por qué estamos tan interesados en esta casa vieja o

quizá crea que nos estamos burlando.

—¡Ya lo tengo!, podemos comprar una maceta con una planta exótica en la floristería —exclamó Daisy—, y con este pretexto vamos a verle e iniciamos una conversación.

—¡Daisy, has tenido una idea luminosa! —exclamó Fatty con gesto de admiración.

La muchacha se puso colorada y al mismo tiempo se sintió satisfecha por su éxito.

—Esto significa que podremos ir todos juntos, en lugar de quedarnos alguno fuera —añadió Daisy, pidiendo un helado.

—Ten en cuenta, Daisy, que Fatty es el que paga y ya te has comido tres; debes comprender que con lo caros que son y en este plan, los aguinaldos de Navidad duran dos días.

—Pide otro, Pip —dijo Fatty—, y deja ya de llevar la cuenta de los que hemos tomado. Bueno, Bets, ¿te lo tomas o no? Será mejor que lo comas, ya que vas a tener que cargar con la maceta para el señor Grimble.

—¡No! —exclamó la chica—. ¿Por qué no la lleva otro?

—Sencillamente, porque tienes una bonita sonrisa, capaz de ablandar al jardinero más fiero —contestó Fatty.

Bets sonrió al oír esta galantería y añadió:

—De acuerdo, si tú quieres la llevaré; ¿te parece que vayamos Daisy y yo a comprar la maceta, mientras vosotros termináis con los helados? Nosotras ya hemos comido bastante.

—Me parece una buena idea, así es que aquí tienes el dinero —repuso Fatty.

Daisy lo rechazó y repuso:

—De ninguna manera, todavía tengo restos de mi aguinaldo navideño.

—Vámonos a la floristería, Bets —propuso su amiga.

Al poco rato volvieron con una pequeña planta, en el mismo momento que los tres muchachos y el perro salían de la cafetería con aspecto satisfecho.




—Por favor, señor Grimble, ¿podría decirme qué clase de planta es ésta? —dijo Bets, mirando a Fatty con su simpática sonrisa.

El muchacho se rio de buena gana.

—¡Muy bien, Bets! —exclamó—. Pero procura que podamos entrar todos en la conversación con el fin de que yo pueda hacerle unas cuantas preguntas.

Después de esto cogieron sus bicicletas y salieron hacia Burling Meadows. Primrose Cot era un pequeño chalet rodeado de hermoso jardín, cuyo césped estaba cuidado primorosamente y cuya valla, cubierta de arbustos, presentaba un bonito aspecto con sus copas cuajadas de nieve caída por primera vez en la temporada.

Al acercarse a la verja vieron a un anciano cortando el césped al otro lado del jardín.

—Este anciano debe de ser el señor Grimble —opinó Fatty, viéndole trabajar con ahínco, llevando su sombrero echado hacia atrás y su delantal azul oscuro, típico de los jardineros.

—Vamos a dar la vuelta al jardín y le hablaremos a través de la valla —propuso Fatty.

Así lo hicieron, hasta llegar al lugar donde trabajaba el supuesto señor Grimble.

—Por favor, ¿es usted el señor Grimble? —preguntó Bets a través de la valla.

—Sí, yo mismo —contestó el hombre, mirando a la chica—. ¿Qué desea?

—Por favor, ¿podría decirme el nombre y a qué especie pertenece esta planta? —preguntó la muchacha con su mejor sonrisa, al propio tiempo que le entregaba la maceta—. Tiene unas hojas tan bonitas que deseo saber su nombre y usted debe conocer los nombres de todas las plantas, ¿verdad, señor Grimble?

El interpelado miró a Bets, un poco sorprendido por la pregunta.

—Conozco muchas, pero no todas, señorita —explicó el jardinero—. Esta planta es un «coleus» en desarrollo; por cierto que tiene que tenerla siempre dentro de casa, pues a estas plantas no les sienta bien el frío.

—¿Ha cuidado usted alguna vez «coleus»? —preguntó la chica.

—Desde luego —contestó el jardinero—. Trabajé durante muchos años en esa vieja mansión llamada Fairlin Hall. Era el jardinero mayor. Recuerdo que siempre reservaba a los «coleus» la parte más tibia del invernadero.

—¡Mira, Fatty! El señor Grimble trabajaba en Fairlin Hall —exclamó Bets con deseos de introducir a los demás en la conversación; y mientras los otros se acercaban a la verja continuó hablando un tanto nerviosa—. ¿Se trata de la casa donde estuvimos

esta misma mañana y donde vive aquella pobre mujer a la que fuimos a buscar la medicina para su marido enfermo?

Fatty llegó junto a ella, agradecido por la naturalidad con que se estaba portando la muchacha. El resto seguían detrás bastante divertidos por el juego.

—Buenos días —saludó Fatty, muy educado—. Efectivamente, estuvimos allí, pero apenas pudimos ver gran cosa del jardín.

—¡Oh! Ahora está completamente descuidado —replicó Grimble tristemente—. Trabajé allí desde muy joven hasta que me jubilaron; ocupaba el puesto de jardinero mayor. ¡Tenían que haber visto mis rosas! Varias veces aquel jardín, incluso, fue una exposición de flores gracias a la calidad de mis rosas y la cantidad de las mismas.

De repente se puso apesadumbrado y continuó:

—Ahora nunca paso por ese lugar porque no podría soportar ver mi jardín en ruinas…

—La casa está totalmente cubierta por la yedra —dijo Pip, metiendo baza—. Incluso la chimenea está verde. ¿También estaba así cuando usted vivía allí, señor Grimble?

—¡Oh, sí! No obstante, no había tanta como en la actualidad y además estaba mucho mejor cuidada —añadió Grimble—. Mi padre plantó esa yedra. Entonces la casa no se llamaba Fairlin Hall, sino «Las Yedras».

Esta noticia cogió por sorpresa a los muchachos, los cuales se quedaron perplejos. ¡Habían dado con ello! ¡Fairlin Hall se llamó años atrás «Las Yedras»! Luego no cabía duda que era la casa a la que se referían esas notas anónimas. No obstante, era raro que la persona que las escribió no supiera que la casa había cambiado de nombre, pues hacía muchos años que se la conocía por Fairlin Hall.

—¿Por qué le cambiaron el nombre? —preguntó Fatty.

Grimble se quedó mirando fijamente al muchacho durante unos veinte segundos, sin contestar una sola palabra; luego bajó la cabeza y dijo con voz triste:

—«Las Yedras» gozaban de mala reputación; porque en mis años, el coronel Hasterley y señora, tenían tal cantidad de deudas que no pudieron soportar por más tiempo la mala fama que estaban adquiriendo, así es que decidieron vender la casa y marcharse. Cuando los nuevos propietarios tomaron posesión del inmueble, lo

primero que hicieron fue cambiar el nombre al mismo. De manera que, efectivamente, la casa se llamó «Las Yedras», pero de eso hace ya muchos años.

Los chicos estuvieron silenciosos por espacio de un par de minutos mientras el viejo jardinero volvía nuevamente a su tarea, con semblante triste y preocupado.

—¿Qué ocurrió? —se aventuró Fatty a preguntar nuevamente, rompiendo el silencio—. ¿Es que el coronel hizo algo malo?

—¡NI hablar de eso! Era tan buena persona como su mujer —replicó el anciano—, pero su hijo Wilfrid fue quien trajo la perdición a la casa y a sus moradores.

Y en cuanto hubo pronunciado estas palabras, el viejo Grimble empezó a sollozar ante las miradas atónitas de los muchachos y reanudó su trabajo.

—¡Vámonos! —dijo Fatty, impresionado—. ¡Vámonos de prisa!

# Capítulo XIII

# El señor Goon está orgulloso de sí mismo

Los cinco muchachos murmuraron un adiós muy quedo al anciano, que no se dio por enterado.

Era indudable que los sucesos que acababa de relatar se habían grabado de manera tan indeleble en su mente que todavía, después de tantos años, no se había recuperado.

Todos ellos compadecieron al pobre jardinero y compartieron su tristeza; incluso Bets notó que sus ojos se humedecían.

—No debimos preguntarle nada de eso —comentó la muchacha —. ¡Hasta me siento responsable de su pena!

—Bueno, pero es que no podíamos suponer que se lo tomaría de esta manera —replicó Fatty, bastante preocupado.

Luego añadió:

—De todas maneras lo importante es que teníamos razón al pensar que Fairlin Hall antes se llamaba «Las Yedras». Ahora me gustaría saber qué disparates hizo ese Wilfrid Hasterley hasta conseguir tan mala fama, conocida en todo el país y que llegara hasta el límite de que sus padres tuvieran que vender la mansión.

—Mejor será averiguarlo —dijo Larry.

—Pero ¿cómo? —preguntó Pip.

—Lo más conveniente será preguntar al superintendente Jenks —contestó Fatty—, y si nos explica algo de lo que ocurrió es posible que aportemos algunos datos valiosos para el esclarecimiento del misterio de tantos anónimos.

Bets y los demás escuchaban atentamente las explicaciones de Fatty, pues estaban interesados en saber su verdadera opinión.

—Está claro —continuó— que ese escritor anónimo quiere echar

a Smith de Fairlin Hall y al mismo tiempo no dudo que el mismo individuo ha estado durante muchos años sin tener contacto con la mencionada Fairlin Hall, puesto que a esta casa le cambiaron el nombre ¡hace veinte años! ¡A esto le llamo yo un buen misterio!

—Llama al «Super» por teléfono en cuanto llegues a casa —dijo Larry—. ¡Dios mío, si es casi la una! ¡Vámonos, Daisy, que llegaremos tarde a comer!

Fatty fue hacia su casa, ensimismado con sus pensamientos. Había muchas preguntas que no tenían contestación en este dichoso misterio. Por ejemplo: ¿quién escribía estas notas? ¿Cómo las colocaba, sin ser visto y donde Goon tuviera que encontrarlas necesariamente? ¿Cómo es que desconocía que habían cambiado el nombre de «Las Yedras» por el de «Fairlin Hall» hacía tantos años? Y finalmente, ¿por qué Smith tenía un apellido falso aparentemente?

«Demasiados misterios esta vez», pensó, mientras pedaleaba con rapidez camino de su casa.

«Ha llegado el momento de investigar con el superintendente; le telefonearé inmediatamente después del almuerzo», se dijo para sí.

A eso de las dos le llamó, esperando que el «Super» habría terminado de almorzar, lo mismo que él, pero por desgracia había salido en misión de servicio al norte de Inglaterra. Su ayudante, que sabía algo de las aficiones detectivescas del muchacho, estuvo muy simpático, pero no se ofreció a ayudarle.

—Vaya a ver al señor Goon —sugirió—. Seguramente podrá ayudarle y además creo, señor Federico, que esto es lo que debe hacer. Precisamente el señor Goon nos ha dado detalles sobre unos anónimos llegados a su casa y si usted sabe algo al respecto, su deber es comunicárselo tan pronto como le sea posible. Sin embargo, cuando vuelva el superintendente, le informaré de su llamada, aunque espero no esté de vuelta en varios días.

Realmente esto era un contratiempo. El chico colgó el teléfono, al mismo tiempo que gimió. ¡Sopla! ¡Ahora tenía que ver al señor Goon!, porque al «Super» no le complacería saber que retenía la información simplemente porque no eran muy amigos el policía y él. Se sentó meditando el problema.

«Bueno, no tengo otra solución, así que mejor será terminar de

una vez», pensó el muchacho.

Y tomando la bicicleta se fue directamente a casa del policía, pensando que éste se aprovecharía de sus descubrimientos sin derecho alguno.

—De todas formas no le diré cómo he conseguido esta información —dijo en voz alta, un tanto irritado.

Fatty sabía perfectamente que Goon asumiría para sí el mérito de haber descubierto la mayoría de datos del mismo para presumir ante el superintendente.

En esto llegó a la casa del señor Goon y llamó a la puerta con los nudillos.

La señora Hicks abrió, soplando, como de costumbre, como si acabara de correr los cien metros libres.

—El señor Goon no está —explicó—, pero Ern se encuentra aquí. ¿Quieres verle? Está arriba, en su habitación, vigilando desde la ventana. Hemos recibido otro anónimo de esos… esta mañana.

Esta noticia gustó a Fatty, que subió las escaleras de dos en dos, entrando en la habitación de su amigo, que estaba sentado cerca de la ventana mirando fijamente la parte trasera de la casa.

—Oí tu voz, Fatty —dijo Ern, sin volver la cabeza—. Hemos recibido otra nota esta mañana, ¡estaba pegada en la cuerda de tender la ropa!

—¿Qué está justamente en el centro del patio? —preguntó Fatty, atónito—. ¡Este individuo es increíblemente osado! ¿Supongo que nadie le vio?

—No —contestó Ern—, pero nadie estaba vigilando; es una nota muy divertida. Esta vez no habla de «Las Yedras», sino de «Fairlin Hall». Textualmente dice: «Pregunta a Smith, en “Fairlin Hall”, cuál es su verdadero nombre». ¿Qué te parece?

—¡Ah, ah! De modo que al fin nuestro personaje anónimo se ha enterado de que «Las Yedras» ha cambiado de nombre —dijo Fatty —. ¿Por este motivo tu tío ha salido como una exhalación hacia «Fairlin Hall», me equivoco?

—Estás en lo cierto —contestó Ern—, y además no le ha hecho mucha gracia haber metido al señor Smith en este lío. Tampoco sabe que estuviste esta mañana con la señora Smith y que sacaste buena información.

—¡Pobre señor Smith! —exclamó Fatty—. No me gustaría estar en su lugar cuando tu tío empiece a interrogarle. Lo mejor será esperarle hasta que vuelva, ¿no te parece, Ern? Tal vez traiga buenas noticias. ¡Repato! ¡Pensar que hemos trabajado tanto para averiguar que «Las Yedras» y «Fairlin Hall» son una misma casa y luego a Goon le sirven en bandeja la misma información en una de esas notas!

De pronto se oyó un grito que, al parecer, procedía del piso inferior, el cual hizo que los dos amigos se levantaran de un salto.

—Es la señora Hicks —dijo Ern.

Los dos chicos echaron a correr escaleras abajo, encontrándose a la pobre mujer tumbada sobre una silla, abanicándose con un trapo, presa del mayor nerviosismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ern.

—¡Otra nota! —casi gritó la sirvienta—. Al entrar en la despensa encontré otro papel, que posiblemente tiraron por la ventana sobre el pescado.

La mujer daba muestras de histerismo, y para calmarla Ern dijo:

—No se preocupe, señora Hicks, inmediatamente voy a buscarlo.

Fatty se adelantó al muchacho. Miró al interior, desde la puerta abierta y vio el sobre cuadrado sobre un plato de pescado, junto a la ventana. Lo abrió, aún a sabiendas de que debía esperar al señor Goon, y leyó:

«¿DESCUBRISTE ALGO SOBRE SMITH, CABEZA DE CHORLITO?»

—¿Cuándo fue a la despensa por última vez, señora Hicks? —preguntó Fatty.

—Hace unos veinte minutos —contestó—, pero entonces la nota no estaba allí. Juro que no estaba, porque saqué algo de pescado para el gato y puse el plato nuevamente en la repisa.

—No ha podido colocarla en esos veinte minutos —saltó Ern—. Usted sabe perfectamente que estuve vigilando desde la ventana durante esta última hora.

—¡Ah!, pero tu amigo subió a verte —dijo la sirvienta—, seguramente aprovecharían este momento en que hablabas con Fatty y por lo tanto no vigilabas.

—Nada de eso; estaba vigilando y no quité los ojos del patio en

ningún momento, ¿no es verdad, Fatty? —replicó Ern, disgustado.

—Bueno, pero oí cómo hablabas con tu amigo, y cuando la gente habla no puede vigilar al mismo tiempo. ¡Ya arreglarás cuentas con tu tío! —amenazó la señora Hicks.

—No me explico cómo este mensajero se pasea arriba y abajo del patio, tan tranquilo —comentó Fatty.

Y añadió:

—Desde luego, tenía que saber que Ern estaba al acecho y además podía verle en la ventana de su habitación. Esto quiere decir que este individuo se escondió en algún lugar y esperó el momento oportuno para colocar el anónimo.

—Eso es —exclamó la señora Hicks—. ¡Rápido como un mono debe de ser! La verdad es que nunca he logrado verle, aunque en un par de ocasiones me ha parecido oírle. Estoy muy asustada…

—Aquí está mi tío —dijo Ern nerviosamente—, ¡repato!, espero que no se enfade conmigo cuando se entere que nos han dejado una nota estando además yo de centinela.

El policía entró silbando suavemente.

—¡Orgulloso de sí mismo! —exclamó Ern, mirando a Fatty.

Goon entró en la cocina, llamando a la señora Hicks.

—Señora Hicks, una taza de té, por favor —pidió.

Una vez en la cocina, y al darse cuenta de la presencia de Fatty, exclamó:

—¡Hola, Federico! ¿Qué te trae por aquí?

Y echando una mirada inquisitiva a Ern, añadió:

—¿Por qué no estás vigilando desde la ventana?

—Verás…, resulta que la señora Hicks ha encontrado otra nota, tío —contestó, temeroso el muchacho—. Ella gritó y entonces Fatty y yo bajamos para ver qué pasaba.

—Bueno, de todas formas ya no habrá más notas —dijo Goon—, por lo menos desde que nuestro personaje se entere de que el viejo Smith se ha marchado de «Fairlin Hall». ¡Le he ordenado que se vaya hoy mismo!

—Pero ¿por qué, señor Goon? —Fatty estaba preocupado al pensar que la pobre señora Smith se habría ido con su marido enfermo.

—Pasad al despacho —ordenó Goon, al que se le notaba un aire

de suficiencia.

El policía entró en el mencionado despacho, adoptando una postura de superioridad y, dirigiéndose a Fatty, exclamó:

—Será muy constructivo para ti, Federico, oír cómo la policía trabaja y soluciona los problemas en un santiamén.

Los dos chicos le siguieron, dejando a la señora Hicks sola en la cocina con cara de preocupación.

—¡Sentaos! —dijo imperiosamente Goon.

Ambos hicieron lo que les ordenaba, al mismo tiempo que Goon se recostaba en su sillón, juntando las manos. Miró fijamente a los chicos durante un instante con expresión irritante al tiempo que decía:

—Bien, actuando de acuerdo a una información recibida, fui a «Fairlin Hall» que, por cierto, no creo sepas que en otro tiempo se llamó «Las Yedras» —empezó el policía— y allí encontré a ese sujeto llamado Smith, del que hacen mención en esas notas. Su mujer trató de entorpecer mi labor, pues dijo que su marido estaba enfermo y que no debía molestarle. ¡Decirme esto a mí! —gruñó Goon.

Hizo una pausa y continuó:

—Así es que le dije que no estaba dispuesto a aguantar ninguna impertinencia y la empujé a un lado.

—¿Es posible que hiciera eso? —interrumpió Fatty, alarmado al pensar que la señora Smith hubiera sufrido algún manotazo del fornido policía.

—Bueno, apartarla, si quieres que te lo diga de otra manera —graznó Goon—; una vez dentro encontré a Smith en la cama haciendo ver que estaba enfermo. Le ordené levantarse, y como se resistiera le dije: «¿A qué viene esta mascarada de usar nombre falso? ¿Me lo puede usted decir? ¡Ande, explíquemelo!».

Goon hizo una pausa a propósito para que los dos amigos pudieran llenarla con alguna exclamación admirativa hacia su comportamiento con los Smith, pero como nadie dijo «esa boca es mía», continuó sin dejar de perder su aire pedante.

—En aquel momento la mujer se agarró a mi brazo y empezó a sollozar. Como era natural cantaron de plano; ella dijo que su apellido no era Smith, sino Cauley, lo cual me hizo recordar…

¡Cauley! ¡Vaya un granuja! Me acordé perfectamente de Cauley, un sujeto que vendió los planos secretos de un avión de guerra de fabricación inglesa al enemigo. Después estuvo en la cárcel muchos años, y cuando salió tenía que presentarse tan a menudo a la policía que decidió cambiar su verdadero apellido por otro falso y ¡desaparecer! Desde luego, ayudado por su mujer; ella lo esperó mientras estaba en la prisión.

Fatty estaba muy disgustado por la narración de Goon y no lo disimulaba. Éste, entusiasmado con su perorata, continuó:

—Les dije que hicieran las maletas y salieran en seguida y añadí: «No podemos tener gente de su “calaña” ocupando un puesto de tanta responsabilidad como el que desempeña un guarda».

—Pero, sin duda alguna, el señor Smith estaba enfermo y su mujer es una anciana y para colmo son muy pobres —explotó Fatty.

—¡Enfermo!, eso es lo que dice, pero es posible que te engañe; en cambio a mí, ¡ni pensarlo! —replicó Goon convencido.

Se serenó y prosiguió:

—Mañana tiene que presentarse aquí y acabaremos de ultimar los detalles, porque ahora sabemos el significado de esas notas.

—No, no lo sabemos —replicó Fatty, negando con la cabeza—, simplemente todo lo que conocemos es que alguien odia al viejo Smith y desea que le hagan salir de «Fairlin Hall» y además ignoramos la verdadera razón de todo esto. Sin duda tiene que existir un motivo justificado.

—Se te van a secar los sesos, muchacho —dijo Goon—. No hay ningún misterio, no pretendas otra cosa. Deberías sentirte afortunado de haber podido escuchar el final de todo lo referente a «Yedras, Smith y secretos». ¡Está todo tan claro como la luz del día, y gracias a mí!

Dichas estas últimas palabras, súbitamente se volvió a Ern y le dijo:

—Puedes marcharte a tu casa, porque no se necesitan hacer más vigilancias. Aunque no sé quién es el que envía estas notas, no me importa. He echado el guante a un hombre que la policía está interesada en no perderle de vista y ¡no me cabe duda que el superintendente estará contento! Y yo obtendré otra Carta de Recomendación, ¡ya lo veréis!

—¡Es posible, pero no la conseguiría si dependiera de mí! —dijo Fatty levantándose—. No tiene ningún derecho a tratar tan duramente a una pobre mujer y a un hombre enfermo. Además, permítame que le diga esto: Usted cree que el misterio está solucionado; sin embargo se equivoca del todo. A usted nunca se le secará el cerebro, señor Goon, ¡no lo utiliza lo suficiente!

# Capítulo XIV

## Fatty es de gran ayuda

Nuestro protagonista salió del despacho del policía muy ofendido, sin prestar la menor atención a los improperios que le dedicaba el señor Goon. Al mismo tiempo, Ern le seguía sin saber qué posición tomar.

—Recoge tus cosas, Ern —dijo Fatty— y vente conmigo, pues aunque tu tío diga que este misterio se ha solucionado, hay que recorrer todavía un buen trecho hasta llegar al esclarecimiento total.

—¡Repámpano, Fatty! ¿De verdad puedo ir contigo? —contestó admirativamente el otro.

Subió las escaleras corriendo y al cabo de unos segundos estaba de vuelta con su bolsa de mano y ni siquiera dijo adiós a su tío.

—En fin, debemos tener una reunión inmediatamente —sugirió Fatty—. Telefonearé a… no… será mejor dejarlo para otro momento; hay cosas más urgentes que llevar a cabo. Probablemente los Smith estarán todavía en Fairlin Hall, empaquetando sus cosas para la marcha y desmontando los pocos muebles que les quedan. Vamos a visitarlos.

—Lo que tú digas —contestó Ern, admirando a su amigo. ¡Repato! Fatty era cien veces mejor que su tío Goon, porque siempre sabía cómo encaminar el problema hacia la mejor solución. Era indudable que el muchacho admiraba a Fatty.

Montados en sus bicicletas, se plantaron en unos minutos en Fairlin Hall y como siempre rodearon la casa hasta llegar a la puerta de la cocina. Tal y como supuso Fatty, los Smith todavía estaban allí, si bien ¡no estaban haciendo preparativos de marcha!

El señor Smith estaba tumbado en el suelo y su mujer, arrodillada a su lado, lloraba desconsoladamente, al mismo tiempo que secaba el sudor que caía sobre la frente de su marido con un trapo sucio.

—¡John! —decía ella—. ¡John, estoy aquí! Voy a buscar al doctor. ¡Abre los ojos! ¡John, por favor!

La pobre mujer estaba tan desesperada que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de los dos muchachos. Fatty se acercó y le tocó un brazo para llamarle la atención. La señora Smith dio un salto con expresión de pánico en su rostro.

—Señora Smith, yo iré a buscar el médico —se ofreció el muchacho—, y ahora permítanos a Ern y a mí que ayudemos a su marido para que se meta en la cama, pues parece muy enfermo.

—En efecto, ha sufrido un tremendo shock nervioso por una causa justificada. Nos obligan a abandonar la casa y ¿adónde iremos ahora? —preguntó, reconociendo a Fatty y recordando que él fue quien estuvo en la farmacia para buscar la medicina de su marido.

—Ahora escuche —dijo el chico amablemente—, en primer lugar acostemos a su marido, luego iremos a buscar el doctor y también una ambulancia, porque estoy seguro que su marido tendrá que ser internado en el hospital sin perder momento.

Los dos muchachos consiguieron con muchos esfuerzos meter al enfermo en la cama, el cual tenía los ojos semi-abiertos y murmuraba algo. Después empezó a toser de una manera terrible y su mujer le pasó el trapo por la cara dándole ánimos. Ern tenía los ojos cuajados de lágrimas y miró desesperadamente a su amigo.

—No te preocupes, Ern —dijo Fatty—, esto lo solucionaremos en seguida. Quédate aquí y haz lo que puedas para ayudar a la señora Smith. Mientras tanto voy a llamar por teléfono al doctor.

—¿Quién es su médico, señora Smith? —preguntó.

La interpelada le dio un nombre haciendo que el muchacho hiciera un gesto.

—También es el mío —dijo—; esto simplificará las cosas. Vuelvo en seguida.

El chico corrió hacia el quiosco más cercano para telefonear al doctor Rainy, quien le escuchó, sorprendido.

—¡Caramba! —exclamó el médico—, ayer le visité y recomendé

a su esposa que lo mejor sería ingresarlo en el hospital, pero ella no quiso de ningún modo. Bueno, ahora mismo mandaré una ambulancia y reservaré una cama en el Cottage Hospital ¡Hasta la vista!

Fatty volvió a Fairlin Hall, sin dejar de correr. El enfermo parecía estar algo aliviado ahora que estaba en la cama.

—¿Qué va a ser de nosotros? —continuaba diciendo a su esposa, que le tenía las manos cogidas—. Mary, ¿qué será de nosotros? Siempre te traigo dificultades; toda mi vida ha pasado lo mismo.

—No, no —replicó ella—. Yo he sido una carga para ti. Además, tú nunca hubieras vendido esos planos secretos si no hubieras tenido que pagar a los médicos que estuvieron tratándome durante mi larga enfermedad y ¡jamás hubieras estado en la cárcel!

Al terminar de decir estas palabras se volvió hacia Fatty y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—Usted es muy bueno y, sobre todo, no juzgue a mi marido severamente, diga lo que diga. Está pagando con creces lo que hizo. Pero yo estaba muy enferma y no teníamos dinero para el tratamiento; ¡todo ocurrió porque me amaba!

—No se preocupe por nada, señora Smith —dijo Fatty, afectado por la confidencia—; pronto se restablecerá en el hospital. La ambulancia llegará de un momento a otro.

—Cuando salió de la cárcel cambiamos nuestro apellido —continuó la mujer, sollozando otra vez—. La gente te señala con el dedo cuando has hecho algo malo. Tratamos de escondernos, pero siempre había alguna persona que finalmente descubría nuestra identidad. Entonces fue cuando la señora Hasterley nos admitió generosamente como guardas de la finca.

—¡La señora Hasterley! —exclamó Fatty, sorprendido—. ¿Vive todavía? Esta señora era la dueña de la casa cuando se llamaba todavía «Las Yedras», ¿no es así?

—En efecto, todavía vive, pero la pobre es ya muy anciana. Bastante más anciana que yo —dijo la mujer—. ¿Has oído hablar de Wilfrid Hasterley, su hijo? Éste planeó el atraco más importante de diamantes que se ha llevado a cabo y después se escapó, pero aunque nadie supo jamás dónde los escondió, fue encarcelado y murió en la prisión llevando la desgracia a sus padres, que acusaron

el golpe para el resto de sus días. Después vendieron la casa porque todos los periódicos del país la llevaban fotografiada.

—Después de todo esto le cambiaron el nombre y la llamaron Fairlin Hall —interrumpió Fatty, escuchando con gran interés.

—Sí, pero así y todo no hubo forma de volverla a vender —siguió relatando la señora Smith—; tenía mala reputación, pues el pobre Wilfrid era amigo de personas muy poco recomendables. Para colmo, no era el cerebro del grupo, pues los otros dos eran mucho más inteligentes que él. Uno de ellos fue a dar con sus huesos en la cárcel, lo mismo que Wilfrid; el tercero escapó del país y nunca se le cogió. ¡La cárcel es un mal sitio, joven! Vea las consecuencias en mi marido.

A todo esto Fatty se quedó quieto, como escuchando.

—Creo oír la ambulancia, Ern —dijo levantando la cabeza—. ¿Quieres comprobarlo? Si así fuera, di que se acerquen todo lo que puedan.

El enfermo abrió los ojos.

—Mary, ¿qué vas a hacer? ¿Adónde irás? —preguntó, inquieto.

—No, no lo sé, John; no lo sé —contestó su mujer—, pero no te preocupes por mí; yo me encuentro bien, gracias a Dios. Vendré a verte al hospital.

En aquel momento la ambulancia llegó y se paró lo más cerca que le fue posible de la puerta. Ern entró en la casa, diciendo:

—Vienen dos hombres y una camilla; además, también una enfermera muy guapa. El doctor no ha podido acompañarles, pero la enfermera tiene instrucciones.

Una chica de mejillas sonrosadas apareció en la puerta, echando un vistazo rápido al interior.

—¿Es éste mi paciente? —preguntó muy vivaracha a la señora Smith.

Cruzó la puerta y se acercó al enfermo.

—No se preocupe, señora Smith, nosotros le cuidaremos —dijo amablemente.

—Traiga la camilla aquí, Potts.

Todo se hizo rápidamente y bien. En menos de un minuto el señor Smith estuvo dentro de la ambulancia y el enfermo ni tan siquiera pudo despedirse de su mujer, porque le sobrevino un

ataque de tos; sin embargo, su mujer no soltó su mano hasta el último momento. Seguidamente cerraron la puerta del vehículo, cruzaron el jardín y la verja, tomando la dirección del hospital con toda ligereza.

La señora Smith se quedó muy triste; al cabo de unos segundos dijo entrecortadamente.

—No puedo irme esta noche, no puedo ir a ningún sitio.

—Puede quedarse aquí esta noche —dijo Fatty— y en tanto trataré de encontrar algún trabajo para usted. Al mismo tiempo mi madre también la ayudará, pero de momento está usted muy cansada y preocupada para poder trabajar.

—Yo me quedaré con usted —dijo Ern súbitamente.

En toda su vida había vivido un episodio tan apasionante, y deseaba hacer una obra de caridad, sea cual fuere la causa, pero lo importante era hacer algo, así es que al mirar a esta pobre y entristecida mujer lo único que se le ocurrió fue decirle que se quedaría con ella.

—Tienes un buen corazón, Ern —le dijo su amigo—. Muchas gracias. Yo pensaba ofrecerte una cama en mi casa, puesto que tu tío te ha dejado en la calle, pero si te quedas aquí estoy seguro que la señora Smith te lo agradecerá profundamente.

—Desde luego —dijo la anciana, sonriéndole—. Hay un sofá en la habitación contigua que puedes utilizar. Te llamas Ern, ¿verdad?; has sido muy amable ofreciéndote para acompañarme, de modo que te prepararé una buena cena.

—En fin, voy a casa y le hablaré a mi madre de usted, señora Smith —dijo Fatty.

—No olvide que puedo trabajar —repuso la mujer, agradecida —, y como usted puede comprobar tengo la casa limpia; además sé coser. Yo me ganaré el sustento, no lo dude.

—No lo dudo —contestó Fatty, sorprendido por los ánimos que demostraba la mujer—. Pero, de momento, mi amigo cuidará de usted, y a propósito, Ern, ¿por qué no preparas una taza de té para la señora Smith?

—Ahora mismo —repuso el muchacho, al mismo tiempo que acompañaba a Fatty hasta la puerta y una vez allí le dio un significativo codazo, diciéndole en voz baja—: Oye, Fatty, ¿de qué

le hablaré para hacerle olvidar sus preocupaciones?

—Pues… ¿trajiste tu libro de anotaciones? —contestó el otro—. ¿Por qué no le lees alguna de tus poesías? Estoy seguro de que le gustarían y además se sorprenderá de tus aficiones poéticas.

—¡Repato, nunca pensé en ello! —dijo Ern, entusiasmado—. En efecto, esto podría distraerla. Bueno, Fatty, ¡hasta mañana!

—¡Hasta mañana, Ern, y muchas gracias por tu ayuda! —contestó Fatty, haciendo enrojecer a su compañero hasta las orejas.

Ern estaba completamente convencido de que no encontraría a otra persona igual que Fatty en este mundo.

En esto, la madre de Fatty se sorprendió mucho al ver llegar a su hijo a la hora del té y que además parecía preocupado, cosa que no le pasó inadvertida.

—Mamá, ¿puedes dedicarme un par de minutos, pues tengo que decirte algo? Necesito tu ayuda.

—¡Federico, hijo! ¿No te habrás metido en otro lío? —contestó un poco alarmada.

—No más de lo normal —dijo el muchacho con una mueca que confirmaba la sospecha de su madre—. Escucha, mamá, «es una historia un poco larga».

Dicho esto, empezó a relatarle el caso de las notas anónimas, la búsqueda de casas cubiertas de yedra, el relato del señor Grimble, los Smith y el trato que les dio el señor Goon. Su madre escuchaba en silencio e interesada. ¿Cómo era posible que Federico se metiera en estos líos?

Finalmente Fatty llegó al punto principal de la cuestión.

—Mamá, como el señor Smith está en el hospital y su esposa se encuentra sola, sin tener a donde ir, ¿podrías ayudarle de algún modo? —preguntó el chico—. La señora Smith puede hacer las faenas y coser.

—Si quiere puede trabajar aquí —contestó su madre súbitamente—. Podrá coserme las nuevas cortinas, hacer los quehaceres domésticos, darme una mano en la cocina y al mismo tiempo me sentiré contenta de poder ayudarla. Además, como no vivimos lejos del hospital nos será fácil visitar a su marido cada día. Dile que venga, Fatty.

El muchacho se levantó y besó a su madre.

—Sabía que encontrarías una solución —dijo—. ¡Estoy orgulloso de tener una madre como tú!

—Bueno, Federico, me siento feliz al oír esto —exclamó la señora Trotteville, complacida—. Me gustaría que la señora Smith viniera ahora mismo, pues no me resulta grato pensar que esta pobre mujer vaya a pasar la noche sola en una casa tan grande.

—No te preocupes, porque Ern está con ella —contestó Fatty—, y creo que le leerá todos sus poemas. ¡Ern pasará una noche muy divertida, mamá!

¡Pero Fatty estaba equivocado!, porque su amigo no pasó una noche divertida, ni por asomo. En efecto, el muchacho vivió una de sus peores noches.

# Capítulo XV

# Fatty tiene un plan

—Federico, supongo que no olvidarás tu promesa de ir a recoger los trastos a casa de mis amigos antes de la semana próxima —dijo la señora Trotteville la mañana siguiente, durante el desayuno—. Ya te dije que pidieras prestado un carretón para tal fin.

—En efecto, lo había olvidado —contestó Fatty—, pero no te preocupes y dame las direcciones que procurará ir hoy mismo. En este momento voy a Fairlin Hall para recoger a la señora Smith y traerla aquí. Creo que lo más conveniente será que deje sus enseres allí hasta que sepa cuándo va a regresar su marido del hospital o hasta que decidan abandonar la casa definitivamente.

—No veo por qué no puede hacerlo —dijo su madre—. Si la anciana señora Hasterley les empleó como guardas, ese gordo de policía no tiene ningún derecho en ponerles los muebles en la calle y si lo hace, me lo dices, porque iré a verle.

—¡Repato, me gustaría estar presente durante la entrevista! —exclamó Fatty—. ¿Tienes miedo de alguien, mamá?

—No seas tonto —contestó la señora Trotteville—. Desde luego, no tengo miedo del señor Goon. Coge un taxi para traerte a la señora Smith con sus maletas y deja lo demás en la casa; cierra la puerta de la misma. Tal vez sería una buena idea escribir a la señora Hasterley, contándole cuanto ocurre.

—Exacto —dijo el chico levantándose—, voy a pedir un taxi por teléfono y le diré al conductor que vaya a Fairlin Hall dentro de una hora. Así me dará tiempo suficiente para acercarme allí y procurar que la señora Smith esté preparada.

—Me parece muy bien —contestó su madre—, pero, por favor,

no te olvides de pasar por estas direcciones que te he dado.

—No te preocupes, las tengo en mi bolsillo —replicó el muchacho.

Fatty salió de la habitación y telefoneó a la parada de taxis, luego recogió su bicicleta y salió.

Mientras tanto dudaba si telefonear o no a Larry y a los demás para explicarles las últimas noticias; pero se dio cuenta de que no disponía de tiempo para ello.

La mañana era muy fría, tanto que la carretera estaba recubierta de hielo y el muchacho montando en su bicicleta, no pudo correr tanto como de costumbre. Esta circunstancia le hizo pensar que no le disgustaría encontrarse con el señor Goon en alguna esquina y que éste resbalara. Era indudable que Fatty todavía le guardaba rencor por la jugada que hizo a los Smith.

Cuando llegó a Fairlin Hall se quedó muy sorprendido al encontrar cerrada la puerta de la cocina, así es que pensó que la señora Smith y Ern estarían en el piso superior y entonces llamó, golpeando la puerta.

En esto, apareció la cara de Ern con mucha precaución detrás de los visillos de la ventana, haciendo que Fatty se extrañara todavía más.

—¡Vamos, Ern, abre la puerta! —gritó.

Casi al mismo tiempo de pronunciar estas palabras, oyó el ruido de la llave en la cerradura, abriéndose la puerta al mismo tiempo que salió Ern con cara de contento.

—¡Hola, Fatty! ¡Me alegro de que hayas llegado! ¡Hemos pasado una noche!… —saludó el muchacho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el otro sorprendido—. ¿Qué ha ocurrido?

—Hemos oído ruido de pasos alrededor de la casa y en el balcón durante toda la noche. Alguien ha intentado abrir la puerta de la cocina y ¡sabe Dios cuántas cosas más! —explicó Ern—. Realmente he pasado miedo, lo mismo que la señora Smith, y menos mal que estaba yo haciéndole compañía.

Fatty entró en la pequeña y caldeada cocina.

—¡Buenos días, señora Smith! —dijo—. Siento mucho que hayan tenido una noche tan agitada.

—¡La culpa fue de los ladrones! —contestó ella—. Mi marido y yo a menudo los hemos oído cuando intentaban entrar. Incluso una vez lo consiguieron, entrando por uno de los balcones, pero no encontraron nada que robar en aquella habitación vacía; lo único que cogieron fue un espejo que estaba colgado en la pared. Sin embargo, esta vez la compañía de Ern ha sido de gran valía. ¡Se ha portado como un valiente!

—La señora Smith dice que está construida a prueba de ladrones, excepto la cocina, pero como vivían en esta habitación los «ratones» nunca consiguieron su propósito y tampoco esta noche, aunque han roto esta ventana —manifestó Ern.

—Menos mal que estabas aquí, pues de otro modo hubieran derribado la puerta y robado a sus anchas —dijo Fatty—, aunque quizá fueran unos pordioseros en busca de cobijo, ya que esta noche pasada ha hecho mucho frío… demasiado y crudo.

—Los ladrones desaparecieron cuando grité —explicó Ern con orgullo—, así es que hice las veces de perro guardián, ¿no es verdad, señora Smith? Tenías que haberme oído ladrar así.

Y Ern imitó de una manera tan exacta a un perro, que el mismo «Buster» era un aprendiz a su lado.

—Fue una idea excelente hacerles creer que en realidad había un perro aquí —comentó Fatty y Ern se sintió importante—. Bueno, señora Smith, ¿tardará mucho en recoger sus cosas? Mi madre estará muy contenta si le ayuda a coser sus nuevas cortinas, pues usted dijo que sabía coser, ¿no? Además hemos preparado una cama para usted.

—¡Nunca pude sospechar que hubiera personas tan amables! —exclamó—. Efectivamente, ya he recogido todo. Mis muebles tendrán que quedarse hasta que pueda enviar a alguien para recogerlos; espero que no le importará a la señora Hasterley. Desde luego, estaré muy contenta de poder ayudar a su madre y además trabajar para ella será un placer. Al mismo tiempo podré ver a menudo a mi marido, ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! Cottage Hospital está muy cerca de casa —dijo Fatty—, y usted podrá ir a verle todos los días. Mi madre telefoneará al hospital cuando usted llegue, preguntando a la enfermera qué tal se encuentra su marido.

—¡Qué amables son ustedes! —exclamó la mujer—, sin excluir a Ern, que me ha hecho tanta compañía esta pasada noche; además, ¡qué poesías tan bonitas me ha recitado! Desde luego, reconozco que es un genio.

El chico se ruborizó, porque sabía con certeza que no era un genio, aunque también era realmente agradable que alguien le tuviera en éste concepto. Seguidamente Ern ayudó a la señora Smith, subiendo sus maletas al taxi al tiempo que Fatty le decía:

—Sube al coche con la señora Smith, pues yo tengo la bicicleta y también viene conmigo «Buster». Nos encontraremos en la puerta de casa.

—¡Gracias, Fatty! —dio Ern, ya que por un momento había temido que éste le mandara a casa. Así, ¿podría estar un día más con Fatty?

Tal y como se dijo, Ern ayudó a la anciana para que subiera al taxi y seguidamente lo hizo él sintiéndose importante.

«¡La primera vez que me subo a un taxi! —dijo para sí—. ¡Repato, estoy adquiriendo categoría!».

«Voy a cerrar la puerta trasera y me guardaré la llave —se dijo Fatty—, o, mejor aún, la devolveré a la Agencia comunicándoles que esta casa está a merced de los ladrones».

El chico entró en la cocina, donde la señora Smith había dejado unos cacharros, una alfombra raída, unas cortinas viejas, etc., y pensó que podría llevarse todo esto en un carretón; de repente se acordó que había prometido a su madre recoger algunos cacharros.

Echó el cerrojo a la puerta y anduvo hasta donde había dejado su bicicleta, dirigiéndose a la verja con «Buster» a su lado. En esto se encontró a un hombre con las manos en los bolsillos, apoyado en la misma motivo por el cual «Buster» empezó a ladrar, haciendo que se alejara del lugar.

A Fatty le pareció raro encontrarse con un hombre merodeando alrededor de una casa vacía. ¿Sería uno de los individuos que intentaron entrar la noche pasada?, o ¿quizá se había dado cuenta de que la señora Smith y Ern se habían marchado en un taxi? El chico montó en la bicicleta, haciéndose preguntas sobre todo esto.

Entró en la oficina y se sintió aliviado cuando vio que no estaba el joven y antipático señor Paul, de modo que se encontró

solamente con el señor mayor sentado en su rincón de trabajo. Éste le reconoció inmediatamente y le sonrió.

—Le traigo la llave de la puerta trasera de Fairlin Hall —dijo el muchacho—, porque los guardas, que como usted sabe estaban allí, se han marchado, aunque han dejado sus muebles.

—Es usted muy amable —dijo el empleado—, pero mejor será que se guarde la llave, no sea que los Smith quisieran recoger sus cosas. ¿Avisaron que abandonaban la casa?, porque nosotros no hemos sido informados por la señora Hasterley.

—Es que el señor Smith se puso enfermo y le llevaron al hospital —se excusó Fatty, pensando que sería lo mejor—. Por cierto, que los ladrones intentaron robar ayer, otra vez.

El empleado se quedó perplejo.

—Cuando estaba vacía muchos pobres y también gitanos intentaban entrar para guarecerse del mal tiempo, ¡pero me parece increíble que habiendo guardas todavía haya gente que intente hacer lo mismo! Precisamente esta mañana, dos hombres se han interesado en la compra de la casa con el fin de instalar en ella un parvulario.

—¿Les entrego las llaves? —estalló Fatty.

—Sí, y les dije también que había un matrimonio en calidad de guardas —explicó el hombre—, no sabía que se habían marchado.

En aquel momento entró el señor Paul en la oficina y en cuanto le vio, Fatty salió a escape, pensando que por su culpa el viejo empleado sufriría otra amonestación, ya que había perdido el tiempo hablando con él.

Fatty fue hacia su casa muy pensativo, después de la conversación sostenida con el empleado de la Agencia. ¿No era muy raro que alguien se interesara por Fairlin Hall, justamente ahora que la casa había sido abandonada por los guardas? Cabía la posibilidad de que fuera la misma persona que intentó entrar la noche anterior y sabiendo que la casa estaba vacía actualmente había pedido las llaves para entrar por la puerta grande. Si así fuera, ¿por qué?

«Lo mejor será echar un vistazo a Fairlin Hall», pensó.

Pero acudieron a su mente las pegas que surgirían.

¿Cómo podría vigilar la casa sin llamar la atención?

—¡Ya tengo la solución! —dijo en voz alta, logrando que «Buster», que le iba siguiendo detrás de la bicicleta, pusiera cara de sorpresa.

Su plan era el siguiente: ir en busca del carretón de mano que tenían que prestarle y dirigirse a recoger lo que le había ordenado su madre. Una vez hecho esto, se dirigiría hacia Fairlin Hall y dejaría el carretón en una esquina ¡como un trapero cualquiera! No dudaba que la idea era genial y que de este modo no perdería ni un solo movimiento de lo que pudiera ocurrir en la casa.

Entusiasmado con sus pensamientos aceleró aún más la marcha pedaleando velozmente. Al llegar se encontró a Ern esperándole pacientemente.

—¡Hola, Ern! —saludó Fatty efusivamente—, me voy a disfrazar de trapero, mientras telefoneas al grupo y les dices que vengan aquí tan pronto como les sea posible.

—A la orden —contestó Ern, intrigado, saliendo disparado hacia el teléfono.

El muchacho requirió la ayuda de la señora Trotteville, para hacer funcionar el aparato, puesto que raramente telefoneaba y no era muy ducho en la materia. La madre de Fatty le ayudó con mucho gusto al mismo tiempo que le divertía la cara de circunstancias de Ern. Marcó los números y dio el auricular al muchacho, el cual informó a cada uno de ellos del requerimiento de Fatty, machacando las mismas palabras, como si estuviera recitando un verso.

En el ínterin, Fatty se había puesto unos viejos pantalones remendados, una camisa muy sucia sin corbata. Se colocó una bufanda blanca muy sucia alrededor del cuello, unas botas haciendo juego con el equipo y por último una gorra y una gabardina.

En diez minutos se había transformado de un adolescente en un repelente y sucio trapero, luciendo unos dientes careados y unas voluminosas cejas; finalmente se puso un bigote mal cortado.

Así es que cuando Ern regresó dijo admirativamente:

—¡Repato! ¿Cómo lo has conseguido? Si mi tío te viera te expulsaba de Peterswood. Eres un perfecto trapero.

Fatty se rio de buena gana al oír los comentarios de su amigo.

—Aquí llegan los otros —dijo Fatty—; déjales entrar.

Todos se quedaron estupefactos al ver a un tipo semejante en aquella casa.

—¡Fatty! —gritó Bets—. ¿Eres tú? Tienes un aspecto horrible. ¿A dónde vas a ir con esta facha? ¿Qué ha ocurrido?

# Capítulo XVI

## ¡El trapero! ¡El trapero!

Toda la pandilla rodeó al trapero intrigadísimos. Exceptuando sus brillantes ojos y sus manos demasiado limpias nadie le hubiera reconocido.

—No te olvides de las manos y de las uñas —dijo Bets.

—Llena esta maceta de fango, Bets —dijo Fatty, ajustándose la bufanda.

La chica desapareció y al cabo de unos momentos regresó con una maceta. Fatty puso las manos dentro y las sacó completamente sucias, lo mismo que sus uñas.

—¡Hasta hueles un poco mal, Fatty! —manifestó Larry que le había hecho una buena inspección—. Debe ser esta sucia gabardina.

—Desde luego —confirmó Fatty—. Escuchad, que os voy a contar lo que ha sucedido esta mañana y ayer.

Muy brevemente detalló los sucesos ocurridos; Ern de vez en cuando los confirmaba con unos rápidos movimientos de cabeza. La verdad es que Fatty era un narrador excelente, tanto que daba gusto escucharle, siempre tan explícito, claro y concreto al mismo tiempo. Así es que cuando terminó, a sus oyentes les dio la impresión de que había durado muy poco el relato.

—Hay algunas cosas que no alcanzo a comprender —terminó Fatty—, la primera, ¿por qué el que escribió estos «ónimos», como dice la señora Hicks, tiene tanto interés en echar a los Smith de su casa? Me figuro que tendrá alguna cuestión personal con ellos. La segunda, ¿cómo ha conseguido dejar estas notas en casa de Goon sin ser visto ni una sola vez?

—¡Y delante de mis narices! —interrumpió Ern—, vigilé toda la

tarde sin dejar de mirar el patio ni una sola vez, ni siquiera cuando Fatty subió a mi habitación. Además la señora Hicks, estaba en la cocina y podía ver el patio desde la ventana; sin embargo, ¡dejaron la nota encima de un plato de pescado que estaba en la despensa! Ninguno de nosotros no vio a nadie ni oyó ruidos. ¡Estoy intrigado! ¡Forzosamente debe llevar una capa invisible o algo raro! ¡Cosas de magia!

—¿Sabéis lo que pienso? —dijo Daisy de repente.

—¿Qué? —preguntaron los demás.

—Pues creo que es la señora Hicks quien coloca las notas. Una vez tuvimos un jardinero que se quejaba de que alguien entraba en el jardín para robar las fresas y papá ¡le descubrió un día mientras las robaba él mismo! Apuesto a que es la señora Hicks la que hace esto, pretendiendo hacer creer que es otra persona la culpable.

Después de esta explicación todos se quedaron en silencio. Fatty miraba fijamente a Daisy, cuando de pronto se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¡Qué idiota he sido! Desde luego, ésta es una explicación lógica. La señora Hicks debe recibir algún dinero para esconder esas notas en la misma casa de Goon y esa persona no quiere ser vista. Me entran grandes deseos de averiguar quién paga a esta mujer.

—¿Dónde vive la señora Hicks, Ern? —preguntó Fatty.

—Vive con su hermana y una sobrinita. ¡Cuando pienso que nos ha metido en este lío a mi tío y a mí! ¿Cómo podía descubrir a alguien dejando estas notas, si ella las tenía guardadas en su delantal? ¡Ay, cuando la vea de nuevo!

—No le digas ni una sola palabra cuando llegue esta ocasión —aconsejó Fatty—, mejor será que crea que nadie sospecha de ella. De todas formas, no habrá más notas, ya que el señor Smith se ha marchado de Fairlin Hall.

—Quizá hemos llegado al final de todo este lío —manifestó Pip.

—No creo —replicó Fatty—, no lo creo, aunque esta sea la opinión de Goon, desde luego. Hay algo más que una mera cuestión personal contra un hombre enfermo detrás de todas estas notas. En fin, debo irme. Ern, comprueba cómo se desenvuelve la señora Hicks y ofrécete a mi madre, si puedes ayudarla en algo, ¡le gustará!

—¿Podemos ir contigo, Fatty? —preguntó Bets—. Te

seguiríamos desde lejos, solamente para ver cómo haces el trapero. ¡Estás tan bien caracterizado, que estoy segura que si fueras a casa, ni mi madre te reconocería!

—Supongo que no exagero la nota, ¿verdad? —inquirió el muchacho, mirándose en el espejo—. ¿Están demasiado visibles estos dientes postizos?

—No, te quedan muy bien —dijo Larry—, y también el modo de mover las cejas arriba y abajo. Me gustaría que te encontrases a Goon.

—Prefiero que no sea así —cortó Fatty—, en todo caso hablaré con acento extranjero, tartamudearé o lo que sea, para que Goon no saque nada en claro de mí. Bueno, ¡hasta la vista! Voy a por el carretón.

Miró con cuidado por la ventana para no encontrarse con el jardinero y luego cruzó rápidamente el jardín hacia el garaje. Cargó el carretón con algunos cacharros que habían apilado anteriormente y salió a la calle, tomando la dirección de Fairlin Hall. Quizá descubriría algo nuevo de los hombres que habían pedido la llave.

De vez en cuando chillaba:

—¡Trapero! —lo mismo que los del oficio—. ¡«Tra-pe-roo»! ¡«Tra-pe-roo»!

«Espero que a nadie se le ocurra traerme algo», dijo para sí.

Efectivamente, hubiera sido un buen compromiso para el muchacho si se encontraba con algún proveedor, pues sólo le quedaban unas monedas en el bolsillo. Llegó a Fairlin Hall sin novedad y dejó el carretón en una esquina de la casa. Sacó una vieja pipa de su bolsillo, se la puso en la boca, simulando ser un gran fumador y empezó a no perder ni un solo detalle de lo que ocurría en la casa. Sin embargo, por el momento no pasaba nada anormal y así es que decidió colocar el carretón frente a la verja de la casa, ya que de este modo, quizá podría ver a alguno de los hombres que estuvieron en la Agencia para retirar las llaves. Esta vez decidió no gritar ni una sola vez, sino todo lo contrario, guardó silencio.

¡Ah!, los individuos estos debían estar dentro de la mansión, puesto que vio un coche pequeño aparcado en la puerta principal. El chico decidió entrar con su carrito en el jardín y dirigirse hacia la

puerta de la cocina, que como sabemos, estaba en la parte trasera del edificio.

Al pasar frente al coche, anotó la marca, color y número de la matrícula del mismo. Era un Riley negro, matrícula AJK 6660. Después de todo esto, continuó arrastrando su vehículo alrededor de la casa para dirigirse a la parte posterior de la misma.

Se paró al llegar a la esquina, pretendiendo demostrar que colocaba adecuadamente todo el material que llevaba en el carretón, sin dejar de tener los oídos alerta, para captar cualquier ruido que pudiera indicarle dónde se encontraban los dos desconocidos y qué estaban haciendo.

Finalmente decidió acercarse a la puerta de la cocina y llamar haciendo ver que iba a visitar a los Smith, pero cuando estuvo junto a la ventana oyó ruidos en el interior, así es que se paró bruscamente con el fin de «husmear» a través de los cristales.

Vio a dos hombres, uno abriendo las puertas de la alacena y el otro enrollando la alfombra a un lado de la habitación. Fatty se puso rojo de indignación. ¿Sería posible que estuvieron robando las pocas cosas que los Smith habían dejado?

En esto, fue hacia la puerta de la cocina, golpeándola violentamente. Se oyó una exclamación en el interior, después de la cual, uno de los hombres se acercó a la ventana. Seguidamente caminaron algo y luego se asomó a la misma. Daba la impresión de que no tenía llave de la puerta de la cocina.

El desconocido, un hombre de mediana edad y con cara alargada, gritó al muchacho:



—¿Qué se te ha perdido por aquí? ¡Vamos, lárgate!

—¡Hola! E venío a ve mis amigos, los Smith. ¿Qué hacéis dentro di su casa? Seguro que nada güeno, voy a llamar a la policía.

—Los Smith se han ido —dijo el hombre secamente—. Vamos a comprar la casa y hemos venido para echar un vistazo. ¡Lárgate ya! Tus amigos no están.

—¿Qué hacéis en su casa entonces? —gritó Fatty—. ¿Por qué enrolláis la alfombra? ¿Qué?…

En aquel momento oyó una voz que le era familiar, preguntando:

—¿Qué es todo esto?

Y ante la sorpresa de Fatty, vio que el recién llegado era el mismo señor Goon.

—¿Es tuyo este sucio corretón? —preguntó éste al muchacho—. Entonces, sácalo de esta casa. ¡Vamos! ¿Quién hay ahí dentro?

—Señor agente, eche a este hombre —dijo uno de los que estaban dentro—. Dice que es amigo de alguien que se llama Smith, pero supongo que sabía que se habían marchado y debe de haber venido a robar. Nosotros tenemos las llaves pues queremos ver si nos gusta la casa para comprarla.

—¡Ah, de manera que es eso! —dijo Goon, volviéndose hacia Fatty, airadamente—. ¡Fuera de aquí, amigo, o me acompañarás a la Comisaría! ¿Cómo te llamas?

En la cara de Fatty se reflejaba el espanto.

—F-f-ff —tartamudeó, mientras el policía le miraba fijamente—. F-f-f-f.

—Vamos, vamos, arranca ya —ordenó Goon, sacando su libreta de notas—. Nombre y dirección.

—F-f-f-f-f-red —dijo Fatty—, t-t-t-t…

—Tt-t-t-t —tartamudeó nuevamente el muchacho con cara de agonizante.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Goon, cerrando la libreta—. Tengo cosas más importantes que hacer en vez de escuchar a un tartamudo. Vete a que te vean la lengua y ¡lárgate con la «música a otra parte»! ¡Si te veo otra vez te meto entre rejas!

—D-d-d-escuide —contestó el chico, saliendo de estampida con su carrito.

Se paró al lado de la verja para meditar qué debía hacer; había visto a estos hombres y reconocería sus facciones en cualquier lugar y momento. Además había anotado los datos del coche y les había descubierto en el preciso momento en que estaban revolviendo las cosas de los Smith. ¡Dios sabe con qué fin!, y sobre todo hacía solamente un minuto que acababa de librarse de Goon.

Siguió calle abajo, gritando: «¡Trapero!» a intervalos y, de súbito, vio a una persona que conocía, andando de prisa hacia algún lugar.

«¡Es la señora Hicks! —pensó el muchacho—; debe tener la mañana libre. ¿Dónde irá tan de prisa?».

Con la idea de poder contestar a su pregunta, la siguió. Si realmente era ella la que escondía las notas, alguien se las entregaba previamente, y no había duda que obtenía algún beneficio por ello. Indudablemente Goon era la única persona capaz de expulsar a los Smith y por esto mismo las notas aparecieron en su casa. Lo cierto era que debía de tener mucha importancia descubrir quién era el remitente de los anónimos.

Fatty iba siguiendo a la señora Hicks, arrastrando el carretón al mismo tiempo. La mujer torció a la primera esquina y el muchacho hizo lo mismo, después continuaron calle abajo, y la señora Hicks se metió en otra calle. Por fin cruzó la verja de una casa y desapareció, mas Fatty se paró en la susodicha verja, haciendo ver que ordenaba los cacharros que tenía en el carretón, examinando al mismo tiempo todas las peculiaridades de la casa, la cual era grande, muy bien conservada y con aspecto confortable.

El nombre de esta mansión era «Kuntan» y el muchacho pensó: «¿Quién viviría allí? ¿Sería la persona que entregaba las notas a la sirvienta del policía?». Para intentar contestarse estas preguntas se encaminó a la parte trasera del edificio, con el fin de preguntar si tenían algunos cacharros, pues aunque tuviera que pagar todo el dinero que llevaba, se dijo para sí, no estaría mal empleado si de esta forma podía descubrir al fin quién era el que mandaba estas cartas anónimas.

Así es que se dirigió cautelosamente a la parte trasera, donde se encontró con un montón de cajones de madera vacíos, cuidadosamente amontonados y dispuestos para servir de leña. Algunos de estos cajones llevaban impresas unas frases extranjeras en letras negras y una palabra, precisamente, le sorprendió; era el nombre del lugar de procedencia de los mencionados cajones: Rangoon.

# Capítulo XVII

## Un encuentro afortunado

Nuestro hombre se quedó mirando fijamente el nombre «Rangoon» y pensó en lo difícil que le había resultado encontrar una palabra en la que Goon fuera una parte de la misma y que asimismo «Goon» estuviera escrito con letra minúscula.

«Cuando le pregunté a mi madre sí conocía alguna palabra compuesta con las letras “goon” me sugirió que “Ran goon” —pensó el muchacho—, y he aquí que me encuentro “Rangoon” en todos estos cajones. ¿Es posible que sea simplemente una coincidencia o quizá me estoy acercando al sujeto que envió los anónimos?».

El chico volvió a mirar a una de estas cajas.

«Lo que no dudo es que aquí vive un hombre que tiene amigos en Rangoon, los cuales le envían estas cajas con alguna cosa. También podría ser un periódico de Rangoon el que emplearan para recortar la palabra “goon”, como por ejemplo, “Rangoon Times”. Me da la impresión de que estoy en la pista auténtica».



Cuando estaba tan abstraído con sus pensamientos se abrió inopinadamente la puerta, lo cual hizo que se sobresaltara. Al volverse, asustado, vio allí a la señora Hicks despidiéndose de un señor de baja estatura y de aspecto extranjero.

«Birmano —pensó Fatty, viendo los ojos oblicuos, el color amarillo y el cabello negro—, y Rangoon está en Birmania. ¿Es

posible que este hombre sea el autor de los anónimos?».

La señora Hicks se fijó en Fatty y frunció el ceño.

—El trapero, papeles, botellas, trapos —gritó el muchacho, despistando.

—¿Tiene alguna cosa de qué desprenderse? —preguntó la sirvienta del policía al birmano—, pues este hombre se lo llevaría con mucho gusto. Precisamente este patio está lleno de trastos y si usted quiere yo puedo hacer trato en su nombre: ¿desea que le venda todas estas cajas?

—Si, señora Hicks —contestó el hombre, haciendo gestos afirmativos con la cabeza y con un marcado acento extranjero, por cuyo motivo era difícil entenderle.

Y dicho esto, cerró la puerta tras de sí, lo cual hizo que los ojos de la señora Hicks brillaran de codicia. De esta forma ella podía fijar el precio de los cajones y quedarse el dinero.

—Se puede quedar con las cajas —dijo—, pero espere un momento, que mire a ver si hay algo más en el cobertizo.

La mujer se dirigió al lugar indicado, seguida de Fatty, encontrándose con una estancia abarrotada de trastos viejos, ¡casi tantos como lo había estado el desván de su madre!, pero con la única diferencia de que éstos eran orientales. En una esquina había una bandeja de bronce cubierta de moho, a su lado un gong roto y un poco más lejos un par de pequeños ídolos también de bronce. Otras curiosas figuras y ornamentos estaban tirados aquí y allí.

—Elija lo que quiera —dijo la señora Hicks—, se lo vendo barato.

—Nadie me compraría estos cacharros —exclamó Fatty, conocedor del arte del regateo—. ¿De dónde proceden estas cosas tan extrañas; son acaso extranjeras? ¿Pertenecen acaso a ese caballero?

Y diciendo esto, señaló la casa con la cabeza.

—Sí —contestó ella—, este señor es birmano, pero está casado con una inglesa y yo vengo a coser para ella, a pesar de que es muy quisquillosa. Sin embargo, su marido es muy amable, lo mismo que sus dos amigos y no escatiman su dinero, que es lo importante.

—¿Quiénes son sus amigos? —preguntó el supuesto trapero—. ¿También son birmanos?

—No, son ingleses —contestó la señora Hicks—, pero uno ha vivido en Birmania muchos años, y del otro desconozco su origen porque nunca abre la boca. En resumen, ¿le interesa algo? Tenga en cuenta que por un precio módico puede llevarse todo lo que le guste.

—Yo no puedo vender gongs, ni bandejas —exclamó el chico, dando una patada a ésta—, sin embargo, podría quedarme algunos cajones, lo mismo que periódicos viejos, porque éstos puedo venderlos en las pescaderías y carnicerías, pero por estos cacharros de bronce no doy ni un céntimo.

—Bueno, no obstante, hágame una oferta —dijo con tozudez la mujer.

—En fin, le daré seis peniques por este pequeño ídolo y seis más por cada cuatro cajones y un chelín por cada paquete de periódicos viejos.

—¿Cómo, un chelín y sólo seis peniques por esta bonita estatuilla? —contestó la señora Hicks—. Usted está loco.

—No, no estoy loco, solamente sé lo que puedo vender —dijo Fatty cogiendo el ídolo con sus manos sucias.

El muchacho miró a su interlocutora por debajo de sus cejas postizas y sonrió enseñando sus horribles dientes postizos.

—Vamos, señora: déjeme comprar lo que luego pueda vender, o sea cuatro de estas cajas, todos los periódicos que encuentre y una figura.

—De acuerdo —admitió la mujer—, cargue los cuatro cajones mientras voy a buscar los periódicos; hay un buen montón en la alacena de la cocina.

El chico sonrió maliciosamente, mostrando de nuevo su falsa dentadura; después cargó las cajas en el carretón y esperó a que volviera la señora con los periódicos. Cuando regresó iba tan cargada que sólo se le veía la cabeza asomando por encima de los papeles; se fue directamente hacia el carro de mano y los dejó caer de cualquier manera.

—Ahí va —exclamó—. ¿Cuánto voy a cobrar por todo esto?

—Cinco chelines —contestó Fatty—, ni un céntimo más.

—Esto es un robo —gritó.

—Entonces, nada —dijo el otro, dándole una de las cajas y

empezando a descargarlas.

—No. Vale más que me dé el dinero, aunque usted es un ladrón, eso es lo que usted es.

Se guardó los cinco chelines en el bolsillo en el preciso instante en que un coche aparcó frente a la casa y dos hombres se apearon; los mismos que Fatty había visto en Fairlin Hall. El muchacho se fijó en el automóvil, comprobando que era el mismo del que había anotado los datos de matrícula, marca y color. Estaba casi completamente seguro que los hombres vivían allí y no dudaba ya que eran los dos amigos de los que se había referido la señora Hicks hacía un momento. Uno debía de ser el que había vivido en Birmania y el otro del que dijo: «nunca abre la boca». Fatty se fijó detenidamente en ellos.

Las cosas empezaron a encajar perfectamente. Rangoon, la señora Hicks y las notas. ¿Sería uno de estos hombres el que pagaba a la mujer para que las escondiera en casa de Goon y que, finalmente, intentaron entrar en Fairlin Hall?

«Han conseguido dejar en la calle a los Smith porque, o bien quieren la casa, o están buscando algo en ella —pensó Fatty un tanto excitado, y agregó para sí—: ¿De qué debe tratarse? ¿Podría tener alguna relación con aquel robo de diamantes que no encontraron nunca?».

«¡Uf!, palabra que me hierve la cabeza».

El muchacho continuó arrastrando el carretón sin dejar de mirar a los dos individuos hasta que llegaron junto a la puerta principal de la casa. No hay que decir que el chico tuvo el tiempo suficiente para anotar en su libreta la descripción de los dos sujetos.

De pronto se dio cuenta que al otro lado de la calle se encontraba el número de una de las casas cuya dirección le diera su madre.

«—Bueno, como estoy tan cerca, lo mejor será recoger lo que hayan preparado para mamá —se dijo—. Si no me equivoco debe tratarse de la señora Henry».

Todavía preocupado con sus pensamientos, Fatty cruzó la calle dirigiéndose a la puerta principal de la mencionada casa, olvidándose totalmente de que iba disfrazado de trapero, y al llegar allí llamó al timbre.

La señora Henry abrió la puerta y se lo quedó mirando de hito en hito.

—La puerta de servicio está al otro lado —dijo señalando con la mano, y continuó—: Pero no tenemos nada para darle hoy.

—Pero mi madre me dijo que usted tenía algunas ropas viejas, señora Henry —replicó Fatty muy educado.

—Su madre —dijo la interpelada señora, mirando muy sorprendida a aquel hombre tan sucio, de espesas cejas y aspecto de pordiosero—. Yo no la conozco. ¿Quién es?

—Es la señora Trotteville —contestó el muchacho.

Y acto seguido le echaron la puerta en las narices. Fatty se quedó atónito, pero de pronto se dio cuenta de que no le había reconocido a causa de su disfraz, así es que abandonó la casa corriendo. ¡Vaya una gracia! ¿Cómo podía haberse olvidado que hacía de trapero y qué pensaría la señora Henry?

«¿Por qué mencionaría el nombre de mi madre? —pensó Fatty, suspirando—. Es capaz de llamarla por teléfono en seguida y esto disgustará a mamá. Lo mejor será ir a casa rápidamente; una vez allí daré una ojeada a estos periódicos para ver si hay alguno de Rangoon. ¡Mamá no sabe lo intuitiva que ha sido al pronunciar el nombre de esta ciudad!».

Una vez en su casa dejó el carrito en el garaje, cogió uno de los cajones que llevaba Rangoon impreso, la estatuilla, todos los periódicos, trasladando todo esto a su cobertizo con al mayor sigilo para que el jardinero no lo viera.

El resto de la pandilla se había ido; ni tan siquiera Ern estaba allí.

«Apuesto a que están otra vez en la pastelería —pensó Fatty dándose cuenta de que tenía verdadero apetito—. Pero de todas formas ahora voy a mirar los periódicos».

Fue cogiéndolos uno a uno al mismo tiempo que los iba dejando desalentado, pasando por sus manos gran número de «Daily Telegraph», «Daily Mail», «Daily Express» y «Evening Standard», pero después de haber pasado mucho rato sin haber hallado nada interesante dio con un semanario impreso en papel basto y con el título «Rangoon Weekly». Estudió minuciosamente el tipo de letra y comprobó que era el mismo que el usado en los anónimos.

Por este motivo el muchacho se dedicó a repasar el semanario hoja por hoja para tratar de descubrir si se habían recortado algunas palabras; efectivamente, así era y el chico exclamó:

—Lo encontré. Ya no me cabe la menor duda de que las palabras de los anónimos fueron recortadas de este semanario.

Asimismo nuestro pequeño detective comprobó que la palabra «goon» había sido recortada de las palabras «Rangoon Weekly», pero no sólo de una página, sino de varias. Solamente la sílaba «Ran» quedaba intacta.

El muchacho temblaba emocionado porque estaba resolviendo este rompecabezas, al cual solamente le restaban pocas piezas para completarlo, por cuyo motivo repasó todavía con más ahínco el resto de los periódicos.

El resultado de su concienzudo trabajo fue el hallazgo de dos nuevos semanarios del «Rangoon Weekly». Los cuales también habían sido mutilados de la misma manera que el anterior.

Fatty se levantó, puso los semanarios en un sobre, guardándolos en un cajón que cerró con llave.

—Éstas son pruebas evidentes —dijo—, pero ¿qué pueden significar? Hay que reconocer que es un misterio fuera de lo corriente, pero por esto mismo no deja de ser interesante. Me gustaría que los demás estuvieran aquí.

A todo esto la señora Trotteville llamó a su hijo, encaminándose hacia el cobertizo, y éste exclamó para sí:

—¿Qué dirá cuando se encuentre con un trapero en su propia casa?

# Capítulo XVIII

# Fatty explica lo ocurrido

El muchacho no tuvo tiempo de quitarse su dentadura postiza, cuando su madre abrió la puerta, mirando al interior al tiempo que llamaba a su hijo.

—Federico, ¿estás aquí?

Fatty permaneció en un rincón oscuro de la pieza, dándole la espalda.

—Sí, mamá, ¿qué deseas?

—Me ha telefoneado la señora Henry —empezó su madre—. Pero, por favor, vuélvete que te estoy hablando.

—No, mamá, pues no estoy presentable —contestó Fatty, amedrentado.

—¡Vuélvete! —ordenó su madre.

Nuestro protagonista no tuvo más remedio que obedecer, no pudiendo impedir que su madre diera un grito de sorpresa.

—¡Federico! ¡Ven aquí! ¿Cómo puedes ir vestido de este modo? ¿No irás a decirme que eres el mismo trapero del que acaba de hablarme la señora Henry? ¡No, no es posible que te hayas presentado allí dando mi nombre!

—Verás, mamá, fue una equivocación —comenzó Fatty, colorado hasta las orejas—. Me olvidé de que iba disfrazado.

—¡No digas tonterías! —exclamó su madre, realmente enfadada —. ¿Cómo puedes olvidarte de que vas hecho un harapiento? Y además es incomprensible que te hayas atrevido a ir a casa de la señora Henry de esta manera. No te preocupes más de recoger cosas para mí, porque a este paso acabarás con todas mis amistades…

El muchacho se quedó muy compungido y trató de disculparse.

—Pero, mamá, te repito que lo olvidé; además, lo siento mucho y estoy dispuesto a pedir disculpas a la señora Henry. Lo que pasó es que descubrí una cosa muy interesante y estaba ensimismado hasta tal punto que tú misma te quedarás pasmada cuando te lo explique.

—¡Basta ya! —exclamó la señora Trotteville, irritada como nunca—. No me extraña que el señor Goon se enfade contigo cuando haces estas tonterías. ¿Te ha visto con semejante facha?

—Sí —contestó Fatty muy serio.

—Luego, no tardará mucho en volver para quejarse y espero que no llegue a los oídos de tu padre.

Dicho esto, la señora Trotteville abandonó el lugar, dirigiéndose hacia la casa con pasos rápidos.

¡En buen lío se había metido! Su madre estaba enfadada y además no le podía explicar lo que había sucedido. No había duda de que los próximos días iban a ser malos.

Dio un profundo suspiro y empezó a quitarse el disfraz: en primer lugar los dientes, luego las cejas, seguidamente la maloliente gabardina y poco a poco fue recuperando su aspecto habitual.

Se miró en el espejo y comprobó que su cara seguía limpia, pero continuaba con la duda de seguir haciendo los recados de su madre o de ir en primer lugar a pedir excusas a la señora Henry.

Después de mucho pensarlo decidió dejar todo para el día siguiente, y tomando la pluma y la libreta de notas escribió un detallado informe en el que constaban todos los sucesos acaecidos durante la mañana.

A las doce y media oyó murmullo de voces comprobando que correspondían a la pandilla que estaba de vuelta y Fatty guardó su libreta y salió a recibirles.

—¡Ya ha vuelto! —dijo Bets contenta—. ¿Hubo suerte esta mañana?

—Mucha —contestó Fatty sonriendo—, aún a pesar de que ha ocurrido algo malo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ansiosamente Daisy.

—Veréis, fui a casa de la señora Henry para recoger un encargo de mi madre y a causa de mi mala memoria me presenté vestido de trapero sin darme cuenta y, para colmo le dije que era hijo de la

señora Trotteville.

Todos rieron estrepitosamente.

—Nunca pensé que fueras tan zoquete —dijo Pip, añadiendo—: ¡Sólo faltaría que esta señora telefoneara a tu madre!

—Ya lo ha hecho y por este motivo he recibido una bronca enorme. ¡Mi madre ni me habla!

—¡Repato! —exclamó Ern—. ¿Ésta es la suerte que tuviste hoy?

—En realidad, no, pues acabo de hacer unas anotaciones sobre lo ocurrido para recordar los más mínimos detalles —explicó Fatty—. Os voy a leer el informe.

Abrió la libreta de notas y empezó a leer:

«Haciendo las veces de trapero y vestido como tal, me desplacé a Fairlin Hall con el objeto de observar lo que ocurría y una vez allí encontré un coche aparcado, marca “Riley”, de color negro, matricula AJK6660, del que se habían apeado los dos hombres que estuvieron antes en la Agencia en busca de las llaves. Al dirigirme a la puerta trasera de la casa pude ver a los dos mencionados individuos dentro de la cocina, uno estaba abriendo la alacena y el otro enrollaba una alfombra. Entonces notaron mi presencia y me ordenaron que abandonara el lugar en el preciso instante que llegó Goon…».

—¡Oh, no! —exclamó Bets interrumpiendo.

—Luego uno de aquellos dos sujetos rogó al policía que me expulsara de allí y éste me preguntó cómo me llamaba y qué…

—No se lo dirías, ¿verdad? —interrumpió también Daisy.

—No, dije que me llamaba F-f-f-f —replicó Fatty tartamudeando—, t-t-t-t… Después dijo que no podía perder el tiempo con tartamudos.

Los otros rieron de buena gana y Fatty continuó leyendo:

«Entonces abandoné Fairlin Hall, gritando de vez en cuando como cualquier trapero: de pronto vi a la señora Hicks andando, como el que llega tarde a una cita y decidí seguirla, pues pensé que a lo mejor iba a cobrar los servicios prestados como “colocadora de anónimos”. Entró en una casa llamada “Kuntan” y me acerqué a la puerta del patio con la idea premeditada de preguntar si tenían algo para el trapero».

—¡Oh, Fatty! Todo esto es muy interesante —exclamó Bets.

El muchacho hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y prosiguió la lectura sin levantar la vista:

«En este patio había unos cajones vacíos con la palabra “Rangoon” impresa en cada uno de ellos y supuse que procedían de Birmania. Al cabo de unos minutos se abrió la puerta, viendo a la señora Hicks que estaba despidiéndose de un hombre de raza amarilla, al cual dijo que me vendiera todos los enseres que quisiera comprar de los esparcidos en el patio y en el cobertizo. Más adelante la señora Hicks me informó que cosía para la mujer del birmano y que también vivían dos hombres más en la casa, uno de ellos inglés, aunque había vivido mucho tiempo en Birmania, y otro que no hablaba casi nunca y del que no sabía absolutamente nada».

—¡Dos hombres! ¿Eran los que viste en Fairlin Hall, Fatty? —preguntó Larry.

Fatty afirmó y siguió leyendo:

«La señora Hicks me vendió una estatuilla oriental, cuatro cajas y gran cantidad de periódicos, entre los cuales habían algunas revistas llamadas “Rangoon Weekly”, de las cuales en tres de ellas habían sido recortadas algunas palabras, principalmente “Rangoon”».

—¡Fatty! —gritó Pip—, de esa palabra recortaron el «goon» que venía pegado en el sobre. Ha sido un éxito que hayas conseguido esas revistas.

—¡Suerte!, diría yo —contestó nuestro detective.

Fatty hizo una pausa tras la lectura del informe y dijo:

—Bueno, esto es lo que sabemos de momento, y aunque es mucho, no es todo. Lo que falta por dilucidar es por qué estos hombres querían echar a Smith de Fairlin Hall. ¿Quién de vosotros tiene alguna idea?

—Yo. Tal vez tiene algo que ver con el robo de diamantes que nunca fueron hallados —dijo Pip, bastante excitado—. Podrían estar escondidos en alguna parte de Fairlin Hall. Wilfrid Hasterley pudo haberlos ocultado personalmente, esperando que al salir de la cárcel aún podría disfrutar del beneficio del robo.

—Sí, y estos dos hombres deben ser los que planearon el robo junto con Hasterley —gritó Daisy—. Sabemos que uno de ellos se escapó al extranjero…

—A Birmania —interrumpió Pip.

—Y el otro, estando en la cárcel con Wilfrid, debía saber que éste los había escondido en la casa —gritó Larry.

—¿Cuál es tu opinión, Fatty? —inquirió Bets.

—Estoy de acuerdo con vosotros en todo —contestó—, también estoy seguro que estos sujetos enviaron los anónimos a Goon, aprovechándose del pasado poco recomendable que tenía Smith, y como habían perdido contacto con la casa durante tantos años, no sabían que «Las Yedras» era ahora Fairlin Hall.

—Todo empieza a concordar perfectamente —comentó Larry entusiasmado—, y pensar en las vueltas que hemos dado buscando casas cubiertas de yedra, ¡si hubiéramos sabido que se trataba de Fairlin Hall habríamos ido mucho más de prisa!

—Fatty, ¿informarás al superintendente Jenks sobre el robo de diamantes? —preguntó Bets con sumo interés.

—Está de viaje por el Norte —replicó el muchacho—. Llamé por teléfono, pero en ausencia de él me dijeron que diera cuenta de todo a Goon y éste cree que todo está solucionado, ¡cuando en realidad estamos a mitad de camino! Me gustaría contarle todo esto al «Super».

—¿No puedes esperar a que esté de vuelta antes de continuar investigando? —inquirió nuevamente Bets.

—¿Qué? ¡Y dejar que estos hombres encuentren los diamantes! —dijo Ern, metiendo baza por vez primera—, estoy seguro que continuarán buscando cada día hasta que den con ellos.

—Sin duda, las joyas están en alguna parte de la cocina —dijo Fatty—. De otra manera no se explica este desmesurado interés en echar a Smith.

—¿Deben de saber algo los guardas del robo de diamantes? —preguntóle Pip.

—No creo —contestó Fatty—, pero podrían saber si existe algún lugar oculto en la casa, tal como: una puerta simulada o una cavidad secreta en algún mueble, etc.

—¡Ésta sí es una buena sugerencia, Fatty! —exclamó Bets—. La señora Smith conservaba la casa extraordinariamente limpia y debía conocer todos sus rincones.

—Pues está en casa ayudando a mi madre —explicó Fatty—,

creo que sería una buena idea preguntarle todas estas cosas, ya que a lo mejor obtenemos alguna información que nos ayude en nuestra búsqueda.

—Tenemos que ser rápidos, pues no hay duda que aprovechando que los Smith no están en Fairlin Hall encontrar los diamantes será un juego para estos ladrones profesionales —dijo Ern, muy preocupado.

—¿Cuándo vamos a ir a Fairlin Hall, Fatty? —preguntó Larry, nervioso—. ¿Esta tarde?

—No tengo inconveniente; la llave de la puerta de la cocina está en mi poder —contestó.

Esta animada conversación tuvo que ser suspendida, pues en aquel momento llamaron a Fatty para almorzar, provocando el consiguiente mal humor del muchacho, que estaba embebido con el dichoso problema de los diamantes.

—No tengo más remedio que irme, no quiero que mi madre se enfade aún más de lo que está —dijo—. ¿Quedamos a las tres en la esquina?

—¡Desde luego! —contestó Pip, entusiasmado.

—¿Vendrás también, Ern? —preguntó Larry.

—¡Ya lo creo! —exclamó el interpelado—. La nueva cocinera de Fatty me ha invitado a almorzar en prueba de agradecimiento por lo de la otra noche.

—¡Hasta luego! —dijo Fatty a los demás, cerrando el cobertizo.

Después los dos chicos se encaminaron a la casa, charlando animadamente, pero antes de entrar Fatty dijo a su interlocutor:

—Durante la comida en la cocina con la señora Smith trata de sonsacarle cuanto puedas sobre los posibles escondrijos que tenga Fairlin Hall.

—¡Repato!, no te preocupes, Fatty —exclamó Ern—, haré lo que pueda.

# Capítulo XIX

# Una tarde infructuosa

Fatty y Ern fueron los primeros en llegar a la cita con sus bicicletas y esperaron al resto. «Buster» había sido previamente encerrado en la habitación de su amo.

—¿Qué tal la comida? —comenzó Fatty.

—Muy bien —contestó el muchacho alegremente—, la señora Smith les habló al cocinero y a Jane de mis aficiones poéticas.

—¿No me dirás que les leíste alguna de tus poesías? —preguntó Fatty muy divertido haciendo sonrojar a Ern.

—Verás, insistieron tanto, que no tuve más remedio que recitar un par de estrofas. Me hicieron muchos elogios al oír la dedicada a «Las Yedras», pero les dije que tú eras el autor de la mitad. No iba a dejarles pensar que había escrito una poesía tan buena, ¡no entiendo cómo puedes componer y declamar al mismo tiempo!

—¡Ya te lo dije! —contestó Fatty apoyando su bicicleta en la valla—, lo importante es «soltar la lengua» y concentrase.

Y diciendo esto se puso de pie y se quedó unos segundos pensativo. Ern contenía la respiración. Al instante, Fatty empezó a recitar muy de prisa:

Si quieres declamar
rimando al mismo tiempo
debes la «lengua soltar»
evitando todo contratiempo.

Procura la lengua no morder
porque es perjudicial

y así no tendrás que poner
los pies en el hospital.

Si añades una buena ración
de inspiración poética
a lo mejor completas una canción
aunque de una manera hipotética.

—¿Qué te ha parecido? Así es como tú debes hacerlo, Ern —dijo Fatty, riendo a carcajadas—, pruébalo a solas, es muy sencillo: piensas la primera estrofa y luego «sueltas la lengua».

—Me parece que no poseo esa clase de lengua —dijo inclinado a intentarlo en aquel preciso instante—, lo triste es que a ti que no te gusta la poesía, te resulta fácil y yo que daría cualquier cosa por tener esta disposición, no la poseo.

A todo eso, llegó el resto del grupo y emprendieron el camino de Fairlin Hall, pero antes de llegar enviaron a Ern delante para comprobar si había «moros en la costa».

—¡Paso libre! —gritó el chico una vez de vuelta—. No hay ningún coche aparcado frente a la casa y no se ve a nadie por sus alrededores.

—Vamos pues —ordenó Fatty—, esconderemos las bicicletas detrás de aquellos arbustos cercanos al edificio para que no nos vean y nos turnaremos la vigilancia con el fin de evitar que nos sorprendan.

Después de tomadas estas precauciones se acercó a Pip diciéndole:

—Tú harás la primera vigilancia.

—De acuerdo —contestó rápidamente—, aunque hubiera preferido ir con todos vosotros. Si me oís silbar, es que algo ocurre.

Los otros fueron hacia la puerta de la cocina, que Fatty abrió, mirando a su alrededor. Vio un fogón, un fregadero y la habitación que los Smith usaban como dormitorio, también había una bañera pequeña, adosada en la pared de esta habitación.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Bets— estoy pensando dónde encontraría yo unos diamantes y a excepción de algún cajón o sobre una alacena, no se me ocurre…

—No hay duda de que el escondrijo tiene que ser muy bueno —murmuró Fatty—, puede ser un agujero en la pared con un muelle colocado delante, etc.

—¡Oh, estoy segura de que no lo descubriré! —exclamó Bets un poco desalentada.

Los cinco jovenzuelos comenzaron a revolver la habitación cambiando de sitio todos los muebles, alfombras y demás enseres, sin resultado.

Bets se dirigió hacia otro mueble y empezó a buscar en los cajones.

—No pierdas el tiempo revolviendo ahí —le dijo Fatty—. El mueble pertenece a los Smith.

De repente exclamó:

—¿Qué es eso?



Todos se volvieron hacia Fatty como movidos por un resorte. Estaba arrodillado, mirando un agujero que había en la parte baja de la pared en un rincón lejano de la cocina.

—Parece que este agujero se desvía hacia la derecha. Ah, algo hay en el fondo. Bets, ¿quieres meter tu mano, que es más delgada que la mía?

La chica se arrodilló también y aunque con dificultad, pudo introducir su mano en el agujero.

—¡Noto algo! —exclamó, bastante nerviosa.

Y como pudo intentó apoderarse de lo que hasta entonces había podido tocar con las yemas de sus dedos. De repente se oyó un ¡crac!, y Bets dio un grito.

—¡Oh, mi dedo! ¡Me he pillado el dedo con algo!

—A que es una trampa para matar ratones —exclamó Larry reprimiéndosele la risa—. Conozco muy bien este chasquido, porque mamá puso uno igual anoche y por cierto cogió uno.

—¡Oh, Bets!, ¿te duele mucho? —preguntó Fatty, acongojado de lo sucedido por su culpa, mientras la chica se apretaba los dedos con expresión de dolor.

—No, no mucho —contestó ella—, afortunadamente sólo han sido un par de dedos y yo que pensé sacar una bolsa de diamantes.

Fatty encendió su linterna y, agachándose hasta dar con la mejilla en el suelo, iluminó el agujero.

—Efectivamente, es una trampa para ratones —confirmó el muchacho, y añadió—: El escondrijo tiene que estar bastante más oculto que todo eso. Ern, di a Pip que venga y tú ocupa su lugar.

—Hace frío ahí fuera, no me extrañaría que nevara.

—¿Alguna novedad? —inquirió el recién llegado.

—Ninguna —contestó Bets—, excepto el hallazgo de una trampa para ratones.

La búsqueda fue un completo fracaso, así es que después de haber pasado algo más de una hora Fatty sugirió abandonarla, puesto que se estaba haciendo de noche y era el único que tenía linterna.

—Esto no marcha —dijo el muchacho, desalentado—. Además, este ¡es trabajo de policías profesionales! ¡No me extrañaría que los diamantes estuvieran dentro de alguna de estas paredes!, que después habrán pintado y enyesado, por cuyo motivo no hay modo de descubrir nada si no es echándolos abajo y levantando el mosaico. ¡Aquí no tenemos nada que hacer! Propongo que nos vayamos a cualquier parte y nos tomemos una taza de té.

—Podéis venir a mi casa —dijo Pip—. Mamá ha salido y si no le ensuciamos el piso dejamos todo en orden y no rompemos nada,

estará contenta de veros.

—¿Vamos a casa de Pip, Fatty? —preguntó Larry.

—Sí, es una idea excelente —contestó éste—, me habría gustado invitaros a la mía, pero mi madre está enfadada conmigo, por lo que ha pasado con la señora Henry. Me trata tan fríamente, que podría pasar por un primo de tercer grado al que ella no tiene interés de conocer. ¡Pobre mamá! No me perdonará nunca la visita a su amiga, disfrazado de trapero y para colmo oliendo mal. La gabardina apestaba, ¿sabéis?

—Sin duda —replicó Pip—. Todavía hueles un poco…

Y dirigiéndose a Ern, cambió de tema diciendo:

—Ern, tú también vienes a casa, desde luego.

Al interpelado se le iluminó la faz, pues por un momento temió que no le dijeran nada al respecto. ¿Qué dirían ahora Sid y Perce cuando supieran que había sido invitado por tantas personas y en tan diversos lugares? El chico no cabía de contento, mientras pedaleaba junto al grupo hacia la casa de Pip, ¡pero al volver una esquina se encontró con su tío! Goon le vio en seguida y saltando de su bicicleta, agarró la del muchacho por el manillar, haciendo que perdiera el equilibrio, para dar finalmente con sus huesos en el suelo. El policía ni siquiera se preocupó de saber si el muchacho se había hecho daño y solamente preguntó:

—¿Qué estás haciendo todavía en Peterswood? ¿No te ordené que volvieras a tu casa? ¿Qué has estado haciendo durante todo este tiempo?

—Le pedí que se quedara conmigo —contestó Fatty por su sobrino, con un timbre de voz que Goon catalogaba de «fuerte y poderoso»—. ¿Le gustaría saber qué les ha ocurrido a los pobres Smith, señor Goon? ¿A este matrimonio al que usted les quitó su trabajo de guardas?

—Todo lo que sé, es que se han ido y ¡que tengan buen viaje! —contestó Goon—. Smith era un traidor, luego no podía tener ningún empleo de responsabilidad. La persona que escribió esas notas poniéndome sobre aviso, tenía toda la razón.

—Bien, la señora Smith vive en mi casa de momento y ayuda a mi madre —dijo Fatty—; el señor Smith está en el hospital, muy enfermo, pero su mujer puede visitarle cada día, supongo que por lo

menos se alegrará de saber esto. Se ha portado desconsiderablemente con ella, Goon.

—¡No consiento que me hables así! —gritó Goon, hecho una fiera con los ojos desorbitados al verse amonestado por el muchacho, delante de su sobrino—. Y te digo más: han comprado Fairlin Hall hace pocos días, por lo tanto, la persona que entre allí, estará faltando a lo ordenado por la Ley, o con otras palabras: fuera de la Ley y será juzgado por este delito. Éstas son las disposiciones de los nuevos propietarios, dos caballeros muy educados y amables, de manera que ¡mucho cuidado con lo que haces, Federico Trotteville!

—Gracias por las noticias, Goon —contestó Fatty—; todo esto lo suponía, pero ¿por qué cree que deseo ir allí?

—Lo digo por si se te ocurriera presentarte en la casa para retirar los muebles de Smith —dijo Goon—, ¡siempre interfiriendo en todo!

Una vez dicho esto, gritó a su sobrino:

—¡Ern, tú vienes conmigo!

—He sido invitado a tomar el té, tío —replicó Ern, al propio tiempo que se apartaba de su pariente para que no le «atrapara».

Al ver el mal cariz que tomaban las cosas, Ern decidió saltar sobre la bicicleta y marcharse rápidamente.

—¡Bah! —exclamó Goon, disgustado—. ¡Habéis logrado que sea tan travieso como vosotros, pero cuando le eche el guante!…

Goon se marchó con muy mal talante, pensando que algo flotaba en el ambiente, si bien desconocía totalmente qué podía ser.

La «panda» se rio a sus anchas, encaminándose seguidamente a casa de Pip, donde Ern les estaba esperando escondido detrás de un arbusto. Muy pronto estuvieron instalados y dispuestos a tomar el té, mientras Fatty comentaba que era una pena no tener a «Buster» con ellos, porque la señora Hilton, la madre de Pip, había dejado un plato de bizcochos especiales para el perro, manjar que hacía las delicias de «Buster».

—¿Podrán retirar los muebles los Smith antes de que los nuevos inquilinos se instalen en Fairlin Hall? —preguntó Ern—. La señora Smith estaba muy preocupada por esto a la hora del almuerzo y dijo también que tenían que repararse muchas cosas antes de que se

usara la cocina de nuevo; habló del sótano, de la cocina que amenaza ruina y que olía muy mal. Intenté enterarme si había algún posible escondite en la casa, Fatty, pero todo lo que dijo fue lo del sótano, la carbonera, el tubo del agua y la ratonera en el agujero de la pared.

—¿Qué dijo de la carbonera? —preguntó Fatty—. No hicimos ninguna inspección allí en absoluto ahora que bien recuerdo.

—Dijo que las escaleras que conducían al sótano, estaban en tan malas condiciones, que temía romperse una pierna siempre que bajaba —contestó Ern—. Después habló de la conducción del agua fría en el baño, de la que por lo visto casi no sale agua, aparte de tener un escape, y con respecto al sótano…

—Huele muy mal —interrumpió Fatty—. ¡Hum!, todo esto no ayuda mucho, pero continúo pensando que debíamos inspeccionar la carbonera. La única oportunidad de hacerlo es esta noche, si los nuevos propietarios entran mañana en la casa. Sí, creo que debo echar una ojeada a la carbonera.

—¡Iré contigo, Fatty! —exclamó Ern, entusiasmado.

—No —replicó Fatty—, si voy, iré solo, pero todavía no estoy decidido. Si por lo menos el superintendente Jenks estuviera de vuelta, iría a verle y le pediría un par de hombres para revisar toda esa cocina.

Hay que hacer notar que en toda esta conversación, los chicos no perdían bocado e hincaban el diente a la tarta y a los pastelillos con verdadera fruición.

—¡No quiero más tarta! —exclamó Fatty—. Gracias, Pip. ¡Ern, te estás poniendo las botas! ¡Prueba los bizcochos especiales para «Buster»!

—Bueno, pues no tienen tan mal aspecto —contestó el sobrino del policía, haciendo reír a los demás—. ¡No me importa probar uno!

Cuando terminaron la merienda, Pip dijo:

—¿Vas a jugar a las cartas, Fatty?

Pero Fatty negó con la cabeza, diciendo:

—No, quiero ir a la floristería antes de que cierren.

—¿Por qué? ¿A comprar otra planta rara? —preguntó Bets, riéndose.

—No, a adquirir un buen ramo de rosas rojas para alguien a quien he ofendido —dijo Fatty, solemnemente—. ¡Mi madre! No puedo soportar ir a casa y ser tratado como un extraño. Mamá está muy dolida conmigo y lo siento enormemente. ¡Hasta mañana! ¡Cuidado no rompáis nada cuando lavéis el juego de té!

# Capítulo XX

# Fatty investiga

De acuerdo con la familia Trotteville, Ern se quedó a dormir en el cobertizo de Fatty, pues prefirió esta medida, en vez de volver a su casa; el muchacho tenía una poderosa razón para pensar así, ya que si Fatty decidía ir a Fairlin Hall aquella noche, él iría también sin decírselo, porque lo único que conseguiría sería que Fatty le denegara tal petición; iría por su cuenta, con el solo propósito de procurar que no ocurriese nada malo a su amigo.

«¡Supongamos que esos dos individuos están en la casa! —pensó Ern, preocupado—. Fatty no podría defenderse contra dos hombres, de forma que procuraré que no me vea y estaré atento a cualquier anomalía».

Así, pues, mientras iba a casa de Fatty, después de la merienda con Pip, Ern hizo sus planes. Dejaría la bicicleta detrás de un arbusto cercano a la casa y así, una vez Fatty se marchara a Fairlin Hall, él podría seguirle. Seguidamente se cercionó de que llevaba la linterna en el bolsillo.

Fatty estaba en su habitación del jardín, reposando sus notas cuando Ern llegó.

—¡Hola, Ern! —dijo—. ¿Rompisteis algo durante la limpieza?

—Nada —contestó el muchacho—; tenías que haberte quedado, jugamos a cartas y Bets ganó casi todas las partidas. ¿Compraste las rosas para tu madre?

—Sí —contestó Fatty—, y mamá estuvo muy contenta. Ya no soy «olvidado» y todo ha quedado solucionado.

—¿Vas a ir a Fairlin Hall esta noche? —preguntó Ern.

—Sí, voy a ir, pero no tú, de manera que no me lo pidas otra vez

—contestó—. Si duermes aquí, en el cobertizo, podrías quedarte con «Buster», si no te molesta, ya que a lo mejor se le ocurre ladrar cuando note que marcho sin él.

—Muy bien —dijo Ern, al que le gustaba mucho el pequeño «scottie»—. Me hará compañía.

—Bueno, debo irme para asearme un poco para la cena —dijo Fatty—. Te esperan a cenar en la cocina, Ern; supongo que tendrás oportunidad de recitar algún poema de los tuyos. ¿Por qué no escribes uno ahora?

—¡Oh, no! ¡No puedo hacerlo con tanta prisa! —contestó el muchacho—. Necesito semanas para conseguir un par de líneas.

—¡Rábanos! —explicó Fatty—, recuerda lo que te dije, «deja suelta la lengua» y ¡lo conseguirás! ¡Lo conseguirás! Piensa en un buen principio, Ern, y luego ¡allá va!

Fatty se marchó, dejando a Ern preocupado y repasando su libreta de «posías», como decía el muchacho. ¡Si por lo menos se le ocurriera algo con la misma rapidez de Fatty! Podría ponerse en pie después de cenar y recitar una nueva poesía.

—Bueno, probaré una vez más —dijo valientemente, al tiempo que se levantó. Tuvo cierta dificultad en dejar la lengua «suelta», y pensó en un buen principio.

—Érase una vez un pobre ratón…

El muchacho movía su lengua desesperadamente, esperando que la siguiente línea acudiría a ella tal como le ocurría a Fatty cuando hacía versos. Titubeó y volvió a, intentarlo.

—Érase una vez un pobre ratón… érase una vez un pobre ratón…

—¡Rábanos fritos! —exclamó el pobre chico—. La lengua de Fatty debe ser diferente que la mía.

Pensando en eso, y por asociación de ideas, añadió:

—¿Qué habrá para cenar esta noche?

A las diez de la noche, Fatty dio las buenas noches a sus padres y se fue a la cama. Esperó una media hora y les oyó hacer lo mismo instantes después. La luz se apagó. Rápidamente se puso su abrigo y bajó las escaleras sigilosamente con «Buster» pegado a sus talones; el perro movía la cola muy contento. ¡Un paseo y a estas horas!

Nevaba un poco cuando Fatty se dirigió a su choza, llamando a

la puerta muy débilmente. Ern abrió la misma.

—¡Dios mío, no te vas a desnudar, Ern! —exclamó Fatty, sorprendido—; te dejé un pijama, ¿no?

—No tengo sueño todavía —dijo Ern, sin faltar a la verdad—. ¡Hola, «Buster»! ¡Ven aquí, ven aquí!

El perro se le acercó dócilmente y el muchacho dijo:

—Buena suerte, Fatty.

—Gracias, ahora me voy —contestó su amigo, y saliendo de la estancia continuó a lo largo del caminito donde los copos de nieve brillaban muy blancos a la luz de su linterna.

Ern esperó unos segundos, con el abrigo puesto, y después salió sin hacer ruido, pero «Buster», que no se resignaba a quedarse sin su paseo, empezó a ladrar sin contemplaciones, pues no consentía que tanto Fatty primero, como Ern ahora, le dejasen abandonado.

—¡Buf! —exclamó el sobrino de Goon—. ¡Espero que no despierte a nadie, menos mal que esta covacha está un poco apartada de la casa!

Corrió a lo largo del camino del jardín, siguiendo después a la verja que daba a la calle, viendo por un instante a Fatty al pasar debajo de un farol, ya bastante lejos; entonces continuó acelerando el paso sin hacer ruido al pisar la nieve que cubría el camino.

Fatty no tenía idea de que Ern le siguiera, pues iba preocupado solamente con sus ideas sobre el sótano, la cocina, las cañerías que goteaban, la carbonera, etc., y las posibilidades de esconder algo en estos lugares. El muchacho comprobó que llevaba consigo la llave de la cocina, sin dejar de pensar cada vez más en la carbonera, pues creía que ofrecía amplias posibilidades para esconder aquellos diamantes.

Ern iba detrás de Fatty estudiando los más mínimos pasos de su amigo. Éste pasó por delante de la casa muy despacio para comprobar si había luz en ella. Ern vigilaba sus movimientos desde la esquina, escondido al amparo de la oscuridad.

Fatty no vio luz alguna, aunque desde luego era imposible verla, puesto que la compañía eléctrica había desconectado el cable de conducción hacía muchos años. Si en realidad los dos hombres estaban en la casa, tendrían que utilizar linternas, porque los Smith tenían, por toda luz, una lámpara de aceite en la cocina, a falta de

gas y electricidad.

«Esta gente se instalará en la casa, lo más tarde, durante la próxima semana —pensó Fatty—, no creo que la compren en realidad, lo que intentan es encontrar los diamantes que robaron hace tanto tiempo, para luego marcharse. De todas maneras, tienen las llaves y pueden entrar en cualquier momento».

Llegó muy quedamente a la puerta de la cocina, dejando de hacer suposiciones; la abrió, dejándola de esta manera por si llegaba el caso de tener que salir corriendo. Cruzó la cocina de puntillas, dirigiéndose a la puerta que comunicaba con el vestíbulo, la abrió también y se quedó quieto par ver si oía algún ruido, pero no percibió nada.

Entonces se quitó los zapatos y continuó avanzando en la espesa oscuridad hasta el pie de la escalera que daba acceso al piso superior. No se veía luz en ningún sitio y tampoco se oía ningún ruido.

«¡Casi puedo oír el silencio! —pensó—, bueno, decididamente no hay nadie. Examinaré la carbonera que supongo estará en el patio, pues no recuerdo haberla visto en la cocina cuando estuve con los Smith».

Nuevamente se puso los zapatos, y de puntillas otra vez, atravesó el vestíbulo y la cocina hasta salir al patio sin sospechar que su compañero estaba escondido e inmóvil como una estatua a la sombra de unos arbustos, muy cerca de él; en cambio Ern se dio cuenta de todos sus pasos gracias a la linterna de Trotteville, así es que vio perfectamente cómo se dirigía a la carbonera.

Ésta estaba cubierta por una verja enorme, que hacía las veces de puerta. Nuestro hombre levantó el picaporte y comenzó a descender por una escalera de madera, dándose cuenta en seguida de las enormes dimensiones del recinto, motivo por el cual, pensó que más que una carbonera parecía un refugio.

Como la escalera estaba en pésimas condiciones, tal y como la señora Smith dijera a Ern, decidió no seguir bajando más y examinar la mencionada carbonera desde su posición actual, iluminándola con su linterna.

Enfocó el final de la escalera y seguidamente el rayo de luz iluminó uno por uno todos los rincones de la pieza. Las cuatro

paredes estaban completamente vacías y en el suelo sólo se veía un poco de carbón, insuficiente a todas luces para esconder unas joyas. De modo que, rápidamente, llegó a la conclusión de que era imposible que hubieran ocultado los diamantes en aquel lugar.

Fatty regresó a la casa e iluminó la chimenea de la cocina.

«¿Podía existir algún escondrijo en ella? —se preguntó—. No, probablemente no».

De pronto oyó un ruido y se paró a escuchar. ¿Qué podría ser? ¿Tal vez alguien abriendo la puerta principal? El corazón de Fatty empezó a latir apresuradamente. Si eran los ladrones de diamantes probablemente irían a la cocina para iniciar la búsqueda. Así es que apagó la linterna y estuvo quieto, apoyado en la pared del pequeño baño, aguzando el oído.

Inesperadamente, algo rozó sus cabellos, haciendo que empezara a perder el control de sus nervios. Era una sensación parecida a la que produce una araña posándose sobre la cabeza. Volvió a pasarle lo mismo, simplemente un roce suave sobre el pelo y seguidamente se llevó la mano a la cabeza, comprobando que eran sólo gotas de agua.

«Pierde por esta junta —pensó el chico, mirando la unión de dos cañerías—. ¡Por poco me hace gritar!».

Levantó la mano hasta tocar la juntura y comprobó que la conexión de las dos tuberías se movía, motivando la pérdida de agua. Súbitamente pasó una idea por su mente, una idea que le cortó la respiración. ¿Podría ser…? ¡No, no podía ser cierto lo que estaba pensando!

Su mano temblaba un poco mientras iluminaba esta parte de la tubería. ¿Por qué tenía que haber allí la unión de dos cañerías, reforzadas con un tubo de hierro? ¿Habrían cortado intencionadamente la conducción del agua para esconder algo dentro del tubo y unir luego las cañerías con otro tubo de hierro?

Fatty observó durante unos segundos la parte inferior del tubo mientras percibía el tenue chasquido de cada gota de agua desparramándose fuera. Recordó que la señora Smith comentó que el agua del grifo salía con muy poca presión y que el caudal era muy pobre, ¡hasta tal punto que no caía agua suficiente para templar el baño! Seguro que se debía a una obturación en la cañería

por algún cuerpo extraño, ¿obstruida quizá por diamantes?

El muchacho enfocó nuevamente la juntura y comprobó que este trabajo no tenía un acabado tan perfecto como las demás conexiones del resto de las tuberías, cosa que le produjo una excitación de alegría.

«¡Me parece que di con ello! —pensó para sí—. Realmente creo que no me equivoco. ¡Palabra, que si Wilfrid Hasterley ocultó los diamantes aquí, era un mago! Supongo que pondría los más grandes en primer lugar para que no pudieran ser arrastrados por el agua más allá de la estrechez de la cañería».

No se percibía sonido alguno, creyendo ciertamente que se había equivocado al pensar que había entrado alguien en la casa. ¡Hubiera oído otros ruidos, después de los primeros!

Se quedó pensativo, haciendo cábalas sobre dónde estaría colocada la llave principal del paso del agua, con la idea de cerrarla y una vez hecho esto, intentar separar las dos cañerías por la mencionada juntura y ver el resultado.

«Pero ¿dónde estaba la llave de paso? —se preguntó—. No es hora de pasearse por esta casa arriba y abajo en busca de ella, de modo que me iré a la mía y mañana me pondré en contacto con el superintendente, ¡aunque tenga que telefonearle al otro mundo!».

Salió silenciosamente del reducido cuarto de baño alumbrándose con la linterna cuando, ¡tuvo el susto más grande de su vida! ¡Alguien saltó sobre él desde un rincón, agarrándole tan fuertemente que ni siquiera pudo moverse!

Le enfocaron con una linterna y una voz exclamó:

—¡El chico gordinflón! ¿Por qué estás aquí otra vez? ¿Qué buscas? ¡Vamos, desembucha o lo pasarás muy mal!

El muchacho pudo ver a los dos hombres. ¡Rábanos fritos! ¡Qué asno había sido al no comprobar los ruidos que oyera!

Empezó a chillar con todas sus fuerzas.

—¡Dejadme! ¡Socorro! ¡Dejadme!

—Nadie te va a oír —dijo uno de los hombres—. ¡Cállate! ¡Cállate!

# Capítulo XXI

# Ern actúa oportunamente

Pero alguien oyó a Fatty, desde luego. A Ern, que todavía estaba escondido en la oscuridad de un arbusto, se le puso la carne de gallina al oír chillar a su compañero.

«¡Le han cogido; alguien que estaba en la casa le ha atrapado! —pensó, temblando de pies a cabeza—. ¿Qué podría hacer? Si entro me cogerán también. ¡Oh, Fatty!, ¿qué haré para ayudarte?».

Salió de su escondite y se acercó a la puerta de la cocina y desde allí pudo oír perfectamente la lucha sostenida por Fatty, que trataba a toda costa de dar un puntapié en las espinillas de los dos hombres; también pudo oír los quejidos de Fatty, al que pegaban sin consideración.

—¡Dejadme! ¡Oh, bruto! ¡Fuera! —gritaba el muchacho.

Ern estaba angustiado y tenía deseos de ir en su ayuda, pero ¿de qué serviría si les atrapaban a los dos? ¡Pobre Fatty! Agudizó el oído intentando enterarse de lo que estaba diciendo uno de los hombres.

—Enciérralo en esta alacena —dijo—. ¡Es duro de roer! ¡Pégale un puñetazo en la cabeza!

—¡No, porque no estoy dispuesto a que me metan otra vez en la cárcel! —contestó el segundo.

El otro, bastante malhumorado al no poder llevar a cabo sus aviesas intenciones, empujó tan violentamente a Fatty, que éste chocó con una estantería dándose un golpe tan fuerte en la cabeza que perdió el conocimiento al tiempo que se produjo un ruido tremendo de escobas, cubos y botellas, después del cual, reinó un absoluto silencio, de manera que Ern ya no volvió a oír a su amigo.

—Cierra la puerta —dijo una de las voces—, se ha quedado un poco atontado por el golpe. ¡Maldita sea!, me ha dado una patada tan fuerte que casi me rompe una pierna. Ahora vamos a continuar buscando estas piedras preciosas. ¡Tienen que estar aquí en alguna parte!

Mientras tanto el corazón de Ern latía tan fuertemente que tenía la impresión de que estos hombres podían oírlo; permaneció quieto viendo cómo las linternas de los intrusos apuntaban aquí y allí, en busca del escondite de los diamantes. No se oía a Fatty ni siquiera un gemido, así es que empezó a perder la calma.

«—¡Tengo que pedir ayuda! —pensó el chico—, pero ¿cómo?».

Siguió durante unos minutos más en la misma posición tratando de ordenar sus ideas y después razonó para sí:

«—Volveré a la puerta principal y pediré ayuda a la primera persona que pase».

Por fin se decido a llevar a cabo su proyecto y pisoteando la nieve se dirigió hacia la verja. Esperó varios minutos, temblando y al fin vio a una persona que se acercaba a la casa dando grandes zancadas. La persona en cuestión era un hombre de pequeña estatura, que andaba de prisa debido a la desapacible temperatura. Sin embargo, Ern corrió hacia él suplicando:

—¡Por favor, necesito ayuda! Dos hombres tienen encerrado a un amigo mío en esta casa deshabitada, al que han herido y maltratado. Tenga la amabilidad de ayudarme.

El hombrecillo le miró con firmeza y desconfianza para decir seguidamente:

—¡Éste es asunto de la policía!

—¡Oh, no! —contestó Ern, acordándose de su tío—. No, no quiero que venga la policía.

—Bueno, todo lo que yo puedo hacer es telefonear a la comisaría —replicó el hombre, marchándose a toda prisa.

Ern estaba desesperado, pues la última persona a quien deseaba ver allí era a su tío. Regresó a la casa sin hacer ruido al andar sobre la nieve; una vez allí trató de observar a través de la ventana de la cocina, pero no había rastro de Fatty ni tampoco se percibía ningún ruido. No obstante, no dudaba que los dos individuos estaban allí todavía, puesto que los focos de sus linternas seguían reflejándose

de vez en cuando en el techo de la habitación.

El muchacho se debatía interiormente si sería capaz de entrar y rescatar él solo a Fatty, pero por desgracia Ern no se sentía con valor suficiente par hacer esto, ya que además era imposible llevar a cabo tal empresa sin hacer ruido. ¡Ern estaba descorazonado!

«¡Soy un cobarde! —pensaba con sentimiento—. No sé qué debo hacer; y estoy seguro que Fatty no tendría duda ninguna al respecto. ¿Por qué seré tan torpe?».

Inesperadamente dio un salto hacia atrás, al notar que algo le había rozado la pierna y le había dejado una mano húmeda.

—¡Ooooh! ¿Qué es esto? ¡Pero si es «Buster»! —exclamó—. ¡Schiiis! ¿Cómo te escapaste?

«Buster» movía la cola loco de contento. Sabía muy bien cómo había salido del cobertizo. En primer lugar subió de un salto encima de una pequeña mesa y de allí observó que la ventana estaba entornada solamente; entonces, con la pata y el hocico, logró abrirla lo suficiente para dar un salto y llegar al jardín. Después siguió las pisadas de Fatty y Ern olfateando el suelo y de este modo llegó hasta Fairlin Hall.

¡Pero lo curioso es que ahora que «Buster» presentía el peligro no ladró ni una sola vez al encontrar a Ern! El perro puso su patas sobre las rodillas del chico mientras emitía una especie de gemido como queriendo preguntar:

—¿Dónde está Fatty? ¿Qué ocurre?

Así estaba cuando el animal notó la presencia de los dos sujetos en la casa y puso las orejas rígidas para captar mejor qué es lo que sucedía. Después echó a correr hacia la puerta, volvió a olfatear las pisadas de Fatty y empezó a correr arriba y abajo del patio en busca de su amo. ¿Dónde estaría? ¿Qué había pasado? Volvió a la puerta y olfateando sin cesar entró en la cocina dirigiéndose sin vacilar a la alacena; una vez allí empezó a rascar con la pata. ¡Sabía que su amo estaba allí!

Los dos intrusos, al oír el perro, salieron corriendo del dormitorio de los Smith y enfocaron sus linternas sobre el pequeño «scottie» en el preciso instante en que el perro saltó sobre ellos. Uno recibió una dentellada en el tobillo y el otro notó una caricia parecida en la mano, pegándole con la otra. El perro los tenía

acorralados, ladrando y mordiendo como podía.

Uno de los hombres, al ver el cariz que tomaban las cosas, salió de la cocina y se encaminó al vestíbulo; el otro hizo lo mismo, pero «Buster» les persiguió escaleras arriba, mientras Ern casi lloraba de alegría. En esto se fue hacia la puerta de la alacena y la abrió.

—Fatty, vámonos de prisa —casi gritó.

Fatty estaba tumbado en el suelo rodeado de todos los objetos de limpieza que pueda uno imaginarse y se quedó mirando fijamente a Ern, todavía un poco aturdido.

—¡Ern! —exclamó con voz débil—. ¿Qué ocurre?

—¡Fatty, tienes una fuerte contusión en la cabeza! —contestó su amigo, desesperado—. ¡Rápido, te sacaré de aquí! ¿Puedes andar? Déjame que te ayude.

Fatty se levantó con dificultad, pues efectivamente el golpe en la cabeza le había dejado semiinconsciente. Ern le ayudó a salir para que respirara aire libre.

—Deja que me siente —pidió Fatty—, este aire fresco hace que me sienta mucho mejor. ¿Qué ha pasado? Y… ¡ahora que caigo!, ¿qué haces tú aquí? Y ¿es «Buster» este perro que ladra?

—Mira, Fatty, no te preocupes por nada ahora —dijo Ern, mientras su compañero se sentaba pesadamente al lado de uno de los arbustos—. «Buster» está dando caza a los hombres que te pegaron, espera unos momentos aquí y yo voy a ver si le ha ocurrido algo.

Tal y como dijera, Ern regresó a la cocina tomando toda clase de precauciones. No obstante, antes de que pudiera echar una ojeada a la misma, alguien que se había acercado a la casa, dio la vuelta a la esquina enfocándole con una linterna y le dejó pasmado. ¿Quién podía ser ahora? Y en seguida oyó una voz fuerte e irritada, que dijo:

—¡Ern!, ¿qué haces aquí? Alguien me telefoneó diciéndome que en este lugar había un muchacho necesitado de ayuda. ¡Ern, si te estás divirtiendo a mi costa te juro que!…

¡Por supuesto, la voz pertenecía a Goon!, que había llegado, como siempre, en su bicicleta y se dirigía hacia su sobrino, quien suponiendo sus malas intenciones para con él, irrumpió en la cocina. Su tío le siguió completamente convencido de que el

muchacho le había hecho ir allí, en una noche nevada, con el único objeto de reírse de él.

En aquel momento, «Buster», al oír la voz del policía apareció inesperadamente y saltó sobre Goon agarrándose a sus pantalones y mordiéndole los tobillos.

—¡Maldición! ¡También tengo que topar con este perro! Con seguridad que también andará por aquí el «gordinflón» —tronó—. ¿Qué ocurre? ¡Este asqueroso perro! ¡Fuera! Ern, ¡quítamelo de encima o te prometo que te acordarás de mí!

Pero «Buster» nunca había disfrutado tanto en su vida y ni Fatty ni nadie podía contener al animal. El perro empezó a perseguir a Goon dentro de la cocina, motivo por el cual el policía acabó dentro de la alacena, haciendo el mismo ruido que Fatty momentos antes.

En este momento Ern vio a los dos sujetos asomándose a la puerta y se pegó a la pared, atemorizado, rogando al cielo que no fuera visto, pero uno de ellos enfocó su linterna a la alacena viendo al policía y a «Buster» encima de él.

—¡Mira, la policía! —gritó, alarmado, y dando un portazo encerró a Goon dentro de la mencionada alacena.

—Bueno, nos hemos quitado el perro de encima y hemos encerrado a un policía —murmuró el hombre con voz temblorosa—. No entiendo nada de todo esto. ¿Dónde está el chico que dejamos sin conocimiento?

—Debe de estar tumbado debajo del «poli» —contestó el otro—. El policía habría caído sobre él, intentando zafarse de ese maldito perro. ¡Uf, qué noche! ¿Continuamos buscando o lo dejamos?

—Lo más oportuno será regresar a «Kuntan» —manifestó su compañero—. El perro me ha desollado los tobillos y necesito ponerme un desinfectante. ¡Si hubiera podido matarle!…

—Pero ha sido mejor así, porque de esta manera hará compañía al policía y al muchacho hasta mañana —dijo el otro sujeto.

De repente giró sobre sus talones diciendo:

—¿Qué es esto?



Y acto seguido iluminó la pared donde Ern estaba apoyado, descubriéndole. Entonces el muchacho se portó magníficamente: levantó una mano y echó a rodar todos los utensilios de cocina, los cuales hicieron gran estrépito al caer en el suelo, alarmando a los dos intrusos. Después de esto, Ern empezó a dar saltos en el aire llevándose las manos a la cabeza, dando alaridos con una voz

horrible a la vez que decía: ¡Os voy a atrapar! ¡Os voy a atrapar!

Los dos hombres salieron atropelladamente al patio. Éste había sido el último episodio, después de una larga serie de sucesos extraños en aquella casa que debía estar deshabitada y que, por si fuera poco, además de muchachos policías y perros, rondando dentro de ella, ¡aparecía un fantasma!, o algo parecido, arrastrando consigo toda una batería de cocina. Los dos individuos estaban realmente aterrados.

Ern no acababa de dar crédito a lo que veía, pues le parecía imposible que su loca idea hubiera surtido efecto.

En aquel instante escuchó un fuerte lamento y se preguntó que habría pasado; después oyó un fuerte golpe y unas voces airadas.

—¿Qué ocurrirá ahora? —se preguntó cohibido, dándose cuenta de que las voces subían de tono a medida que se aproximaba sigilosamente a la puerta de la cocina—. ¡Repato!, estoy seguro de que se han caído en la carbonera. Seguramente Fatty se habrá olvidado de cerrar la aspillera y ¡se han caído! Están heridos o intentan subir la escalera. ¡Rápido, Ern, tienes que hacer algo!

Y así fue como el muchacho voló hacia la puerta de la carbonera, encontrando fuera de su lugar la aspillera, la cual estaba cubierta de nieve. Con gran esfuerzo intentó arrastrarla par conseguir cerrarla; así es que los dos individuos que estaban en silencio, tratando de pasar desapercibidos, al verse descubiertos, se dieron cuenta de su verdadera situación.

Uno dio un grito al mismo tiempo que subía unos peldaños, pero estaban en tan malas condiciones que cedieron a su peso y volvió a dar con sus huesos en el suelo. Por fin Ern consiguió colocar la aspillera en su sitio y enfocó seguidamente a los dos furiosos y atemorizados individuos.

—¡Podéis quedaros aquí hasta que os vengamos a recoger! —exclamó él chico, al mismo tiempo que buscaba algún objeto pesado que colocar sobre la aspillera para que no pudieran levantarla.

Cogió un cubo de la basura, lo llenó de piedras y lo puso encima de la aspillera, haciendo tanto ejercicio que cuando terminó la tarea estaba sudando.

Los dos prisioneros le dedicaron toda clase de improperios y continuamente decían palabrotas, pero a pesar de esto, Ern se sentía

tan importante, que no les hacía ni caso.

—¡Repato!, tengo a estos dos sujetos en la carbonera y a mi tío con «Buster» en la alacena; ¡he hecho un buen trabajo esta noche! —Y regresó velozmente al lugar donde se encontraba su amigo. ¡Si por lo menos Fatty se encontrara mejor!

Éste se había recuperado mucho y estaba de pie sin saber con certeza a dónde ir y qué podía hacer sin sospechar ni por casualidad la gran «hazaña» que había llevado a cabo su compañero.

—¡Hola, Fatty! —saludó Ern—. ¿Te encuentras mejor? Apóyate en mí y vámonos a tu casa. Ahora no me hagas preguntas y espera a mañana, que estarás completamente bien y te lo contaré todo.

Y así fue como Fatty, todavía medio atontado y con un fuerte dolor de cabeza, se fue lentamente hacia su casa apoyado en el hombro de Ern. En aquel momento su mayor deseo era acostarse y descansar. Al día siguiente su buen amigo le explicaría todo lo sucedido, pues ahora no estaba en condiciones de ordenar sus ideas.

# Capítulo XXII

# Un final sorprendente

Ern durmió en la habitación de Fatty para asistirle si tenía necesidad de algo. Se acurrucó en una butaca, completamente vestido, para no dormirse del todo y empezó a recordar los sucesos acaecidos unas horas antes. Pensó en su tío encerrado en la alacena con «Buster» ladrándole en los oídos, pensamiento, sin duda, agradable para Ern.

Al cabo de un rato se quedó dormido, lo mismo que Fatty, quien encontrándose más aliviado de su dolor de cabeza, se durmió «como un tronco». A las siete y media de la mañana, se despertó sentándose en la cama, ya completamente recuperado y ¡cuál no sería su sorpresa al ver a Ern dormido en una butaca! Su mente intentó reconstruir los sucesos de la noche anterior. ¿Qué había ocurrido?

«Recuerdo que fui atacado por dos hombres que me encerraron después en la alacena, pero el resto lo tengo muy confuso —pensó Fatty al tiempo que se tocaba la cabeza con la mano, comprobando el golpe recibido en aquella parte del cuerpo. Creo que me dejaron sin sentido. ¿Pero cómo llegué aquí?».

—¡Ern, despiértate, Ern!

Su amigo abrió los ojos, sobresaltado, y se acercó a la cama de Fatty.

—¡Repato! Tienes un buen chichón en la cabeza —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien —contestó Fatty, saltando de la cama—. Ern, ¿cómo he venido aquí? ¿Qué diablos ocurrió anoche? ¿Cómo te has metido en este embrollo? ¡Si tú no estabas en Fairlin Hall!

—¡Oh, te equivocas! —replicó Ern—. Mira, vuélvete a la cama y te contaré la mejor novela que puedas leer en tu vida.

—Bien, pero que sea corta —contestó Fatty— tengo que telefonear al superintendente ahora mismo.

—Desde luego, tienes que avisarle, pero no hay prisa —manifestó el otro sonriéndose maliciosamente—. Tengo a todos «metidos en el saco».

—¿Qué quieres decir con esto, Ern? —suplicó Fatty—. No te quedes así sentado riéndote, ¡cuéntamelo todo!

—Bueno, verás, mi tío está encerrado en el cuartucho donde tú estuviste antes —explicó Ern—, y «Buster» está haciéndole compañía y con respecto a los ladrones, los tengo a buen recaudo en la carbonera. Logré que se asustaran y salieron volando, así es que al no ver la aspillera abierta, se precipitaron en el fondo. Fue una suerte que no la colocaras otra vez en su sitio. Como pude la arrastré hasta el agujero y, ¡cuidado que pesaba!, luego puse encima de ella el cubo de la basura llenándolo de piedras.

Fatty estaba demasiado atónito para articular palabra y miraba a su compañero fijamente, como si no diera crédito a lo que veía.

—¿Es verdad todo esto? —preguntó finalmente—. Y ¿cómo es que tú estabas allí?

—Te seguí, pues tenía miedo de que te ocurriera algo malo; para ello dejé a «Buster» en el cobertizo, aunque más tarde logró escaparse. El perro ha estado persiguiendo a esos individuos por toda la casa.

—¡Ern, muchas gracias! —exclamó Fatty—. Te lo agradezco mucho más de lo que se pueda expresar con palabras. Cometí una serie de errores, al contrario que tú. ¡Te has portado magníficamente! Tuviste una oportunidad y la aprovechaste maravillosamente.

Ern, un poco avergonzado, prosiguió:

—Te arrastré desde la alacena hasta el jardín, por cierto que tenías muy mal aspecto; por mi parte estaba atemorizado y preocupado. Pero de repente dejé a un lado mis preocupaciones y temores y como si estuviera loco derribé unas estanterías con utensilios de cocina y armé un alboroto tremendo al tiempo que gritaba a los ladrones, que ¡huyeron como alma que lleva el diablo!

A medida que iba recordando el suceso Ern se reía de buena gana.

—Palabra, ¡no me creía capaz de hacer todo esto! —acabó el muchacho.

—Tendrás que escribir un poema sobre todo este episodio —dijo su interlocutor, levantándose de la cama por segunda vez—. ¡De momento, lo que hay que hacer es atar muchos cabos sueltos! Espero que Goon se habrá divertido mucho pasando la noche con «Buster».

Fatty, bastante repuesto de la contusión en la cabeza, aunque con un poco de dolor todavía, empezó a poner en orden las próximas gestiones. Así es que llamó a la oficina del superintendente y ¡qué descanso, estaba allí! Le pasaron la comunicación inmediatamente y oyó cómo el policía lo dijo:

—¡Hola, Federico! ¿Qué ocurre a estas horas de la mañana?

—Muchas novedades —contestó el muchacho—. Superintendente: ¿se acuerda usted con detalle de un robo de diamantes, llevado a cabo hace veinte años y ejecutado por Wilfrid Hasterley de «Las Yedras», Peterswood, y por dos compinches más que escaparon con el botín?

—¡Ya lo creo que me acuerdo! —contestó el policía—; entonces era yo muy joven y fui uno de los encargados de resolver el caso. Wilfrid sufrió condena y murió en la cárcel, uno de los otros dos huyó al extranjero y no se volvió a saber de él. Y el tercero hace unos meses que está en libertad después de haber cumplido la pena de prisión; precisamente tenemos orden de vigilarle, porque todavía nos podría llevar al lugar donde Wilfrid escondió los diamantes, pero no obstante, el muy astuto se ha escapado de nuestra vigilancia, es decir, le hemos perdido la pista. ¿Hay algo nuevo en este caso? Éste es un asunto muy viejo.

—Desde luego. Los dos individuos han vuelto a Peterswood, concretamente a «Las Yedras», que ahora se llama Fairlin Hall —explicó Fatty—, y…

—¡Federico! ¡No me digas que son los mismos!… —exclamó el policía—. ¿Dónde están en este momento?

—Verá, de momento están encerrados en la carbonera de Fairlin Hall —contestó Fatty, riéndose a carcajadas—. Le sorprenderá saber

que ha sido un trabajo exclusivo de Ern, superintendente, ¡el sobrino de Goon!, ¿sabe usted?

—¡Dios sea loado! —exclamó el superintendente más pasmado que nunca—. ¿Está metido también Goon en todo esto?

—Al principio, sí —explicó el chico—, pero después no continuó y dejó todo a mitad de camino. En este momento, y siento mucho decirlo, está encerrado en la alacena de Fairlin Hall, junto a «Buster». Ha pasado la noche allí.

Hubo unos momentos de absoluto silencio hasta que el superintendente volvió a hablar:

—¡Federico, supongo que todo cuanto me cuentas no será una broma! —dijo el policía.

—¡Ni hablar! Lo que le he contado es la pura verdad —contestó Fatty—. ¿Puede usted venir a mi casa? Desde aquí podríamos marchar a Fairlin Hall y usted, podría hacerse cargo de todas las personas que se encuentran allí, encarceladas o no.

—De acuerdo, estaré ahí dentro de unos veinte minutos —contestaron al otro lado del cable telefónico— y traeré conmigo unos cuantos policías. Pero ahora que lo pienso mejor, será más conveniente que nos encontremos en Fairlin Hall, ¡todavía me parece increíble todo esto!

Fatty colgó el teléfono y dirigiéndose a Ern, que estaba escuchándole a su lado, le dijo:

—Telefonea a los otros y diles que se reúnan con nosotros en Fairlin Hall lo más pronto posible, incluso aunque tuvieran que dejar el desayuno, pues esto será muy apasionante. Voy a comprar unos cuantos biscuits para «Buster», que estará muerto de hambre.

En un cuarto de hora Larry, Daisy, Pip, Bets y Ern se encontraron en la puerta principal de Fairlin Hall en espera de grandes acontecimientos. Fatty también estaba junto a la verja, esperando al superintendente y sus hombres, que llegaron a los pocos minutos en dos coches negros de la policía. El superintendente salió de uno de ellos, mientras decía unas palabras a un policía y seguidamente saludó a Fatty.

—Ahora vamos a trabajar —díjole el superintendente, dando unas palmadas en la espalda del chico.

—En primer lugar, rescatemos al pobre señor Goon —rogó Fatty

—; lo mismo que a mi perro. Supongo que el señor Goon estará de un humor endiablado.

—¡Eso no importa! —contestó el «super».

Y diciendo esto se dio cuenta de que toda la pandilla estaba presente.

—¡Hola, Bets! ¿Tú también aquí con todos éstos? Me alegro de veros.

Entraron en la cocina, siendo recibidos por un ladrido procedente de la alacena. Fatty fue hacia la misma, abriendo la puerta. «Buster» dio un gran salto de contento al ver nuevamente a su amo y al darse cuenta de que era libre de nuevo.

—¡Quieto, «Buster», quieto! —dijo el chico.

Al instante se oyó un ruido en el fondo de la alacena y surgió Goon, mirando con rabia a Fatty y a punto de explotar de ira.

—¡Tú eres el culpable de todo, renacuajo! Y tú, Ern, ¿qué significa eso de llamarme a medianoche?, y… o… el… ¡Buenos días, superintendente!, no le había visto. Tengo que hacer una denuncia contra Federico Trotteville, que siempre interfiere la Ley y que para colmo, cuando ya he resuelto un caso, todavía continúa metiendo sus narices en él y…

—¡Cállese, Goon! —exclamó su superior—. ¿Dónde dijiste que estaban los otros, Federico?

Goon se quedó perplejo pensando: «¿otros hombres?», «¿qué querría decir el superintendente?». El pobre hombre salió al patio con el grupo mientras oía voces que suponía procedían de la carbonera.

—¡Dejadnos salir! Mi compañero se ha roto el tobillo. Nos rendimos.

Goon se quedó mirando muy sorprendido el cubo de la basura completamente lleno de grandes piedras encima de la aspillera, que fue retirado de allí por uno de los policías y todavía se asombró más, cuando después de quitada la aspillera, uno de los hombres del superintendente dio unas voces estentóreas a alguien que estaba en el interior de la carbonera.

—¡Vamos, salid de ahí! Quedáis detenidos, porque sabemos que sois los ladrones del «Caso de los Diamantes», ocurrido hace años.

Los dos hombres tuvieron que ser sacados fuera, puesto que la

escalera estaba rota. El señor Goon creía estar viendo «visiones». ¿Qué ocurría?

—Podemos explicarlo todo —dijo uno de los sujetos rescatados —. Nosotros no tenemos nada que ver con eso; solamente vinimos a visitar a la señora Hasterley.

—La gente no vive en casas abandonadas —contestó secamente el superintendente—. Federico, marchémonos de aquí para hablar tranquilamente.

—¡No hay nada que hablar! —interrumpió Goon—. Este caso lo dejé resuelto. Estos señores me enviaron unas notas en las que ponían en mi conocimiento que el guarda de esta mansión era un individuo que estuvo en la cárcel por traidor y…

—Señor, ¿podríamos entrar en la casa unos minutos? —suplicó Fatty—. Todavía hay algo que poner en claro si usted no tiene inconveniente.

—Perfectamente —dijo el interpelado, entrando con Goon y los muchachos. El superintendente se sentó en una vieja butaca.

—Conoce usted de sobra todo lo referente a este asunto de los diamantes —comenzó Fatty—, pues bien, tan pronto como estos dos sujetos que ha arrestado hace un momento se reunieron después que uno de ellos salió de la cárcel, decidieron venirse aquí con el propósito de buscar los diamantes que Wilfrid Hasterley había escondido. Entonces se encontraron con que había guardas en la casa, los cuales les impedirían, con toda seguridad, realizar la búsqueda. Y siendo así, descubrieron que el señor Smith, el guarda, tenía antecedentes penales, por haber vendido algunos documentos secretos a un gobierno extranjero…

—¡Por esto, precisamente, los expulsé de aquí! —interrumpió Goon—, y además, con razón…

—¡Guarde usted silencio, Goon! —ordenó el superintendente—. Continúa, Federico.

—Bien, como el señor Goon dijo, los expulsó y de esta manera dejó el camino libre para que los dos ladrones pudieran buscar a sus anchas en la casa. Pero nosotros estábamos sobre la pista y conocíamos los anónimos que recibía Goon, de forma que no dudamos ni un instante en creer que estos individuos iban detrás de las joyas; por esto vinimos también a inspeccionar.

—¡Bah! —exclamó Goon, disgustado.

—El caso es que no pudimos hallar las piedras preciosas, pero ayer noche vine aquí nuevamente encontrándome otra vez con estos sujetos. En resumen, Ern los encerró en la carbonera, me sacó de la alacena, donde me habían secuestrado y…

—Pero ¿cómo es que Goon ha estado encerrado también en la alacena? —preguntó el superintendente, al tiempo que miraba con suspicacia a Ern.

—La verdad es que yo no encerré a mi tío —dijo Ern, rápido—. ¡Dios me libre de hacer tal cosa! ¡Los ladrones le encerraron!

—¿Te dieron la pista de donde están escondidos los diamantes? —inquirió el jefe de policía mirando a Fatty.

—No, señor —respondió éste—. ¡Qué lástima! Nos quedamos sin diamantes después de tantas peripecias.

—Bien, lo cierto es que esto último no concuerda con todo lo explicado —comentó el superintendente, desilusionado—. ¿Seguro que no sabes dónde están, Federico?

—Verá usted, sospecho dónde se hallan, pero no los he visto.

Esta frase causó honda impresión a todos y hasta el superintendente se levantó de súbito, exclamando:

—¿Sabes dónde están escondidos?

—No lo sé con seguridad, si bien puedo hacer una conjetura. Si fuese fontanero lo sabría con certeza ahora mismo.

—¡Fontanero! ¿Qué quieres decir? —exclamó el superintendente —. Vamos, Federico, no me vengas con más misterios, ¡por favor!

—De acuerdo, señor. Encaminémonos hacia el cuarto de baño —contestó y todos entraron en la pieza sin excluir a Goon. El chico golpeó la cañería del agua fría, de la cual caían unas gotas en la juntura.

—Opino que colocaron los diamantes en esta tubería. La señora Smith comentó que por esta cañería bajaba poca agua y cuando la examiné vi que se desparramaban gotas por esta juntura, que como verá, es muy tosca y, al parecer, no está hecha por un profesional. De forma que pensé que éste era uno de los pocos sitios de la casa donde a nadie se le ocurriría inspeccionar. ¡Tienen que estar aquí!

—Es posible —dijo el superintendente, mirando la tubería—. ¡Vaya una idea! ¿Qué opina usted Goon?

—¡Diamantes en una cañería! —dijo despectivamente el interpelado, y satisfecho al mismo tiempo de que le hicieron esta pregunta—. ¡En mi vida oí semejante tontería! Puede usted mandar cortar la tubería, señor, y lo único que conseguiremos es inundar el cuarto de baño.

El superintendente salió a la puerta y llamó a uno de sus hombres.

—¡Sargento, traiga una sierra para cortar la tubería!

—¡Ahora mismo! —Y en un momento el sargento se presentó en la estancia con el utensilio pedido.

El superintendente volvió la cabeza hacia el lugar indicado.

—¡Quiero que corte esta tubería! La llave de paso está cerrada, por lo tanto se desparramará el agua contenida en la cañería. Corte debajo de la juntura, donde se caen estas gotas.

Todos miraron los movimientos del sargento, hasta que terminó su trabajo. Finalmente salió un poco de agua, junto con dos objetos brillantes que saltaron en la bañera centelleantes. Fatty los recogió en el acto y los puso en la mano del superintendente.

—¡Oh, no me cabe la menor duda de que son diamantes! —manifestó—. La tubería debe estar llena de ellos; así no me extraña que el agua no bajara con facilidad. ¡Corte otro trozo, sargento!

El hombre hizo lo que le mandaban. Estaban completamente seguros de que en la tubería habría gran cantidad de diamantes de todos los tamaños.

—Sargento, traiga un par de hombres más y vacíen la cañería —volvió a ordenar el «super», alegre—. ¡Federico, te mereces una medalla! ¡Buen trabajo, muchacho! ¿No opina lo mismo, Goon?

Pero Goon no pensaba como él, y estaba muy ocupado sonándose ruidosamente para no tener que contestar ninguna pregunta relacionada con Fatty. ¡Estaba tan harto del muchacho y de su sobrino, que su mayor deseo era regresar a su casa para tomar una gran taza de té caliente!

—Cuando disponga de un momento me acercaré a tu casa, Federico, para completar el informe sobre este caso —manifestó el superintendente, cogiendo a Fatty por el hombro—. Y ahora, voy a interrogar a esos dos hombres. ¡Mi más calurosa felicitación! Si estuviera en tu lugar me curaría ese golpe que tienes en la cabeza y

que supongo habrá sido una «amabilidad» de esos sujetos.

—Desde luego, pero no me importa que me hayan hecho daño —comentó el chico—, yo también les hice daño, aunque Ern hizo muchas más cosas.

—Te felicitó también a ti, Ern. No me extrañará que recibas «algo» como recompensa por tu buen trabajo —dijo el superintendente.

Estas palabras hicieron sonrojar a Ern, en parte satisfecho y al mismo tiempo sorprendido. Le hubiera gustado poseer la misma facilidad de palabra de Fatty con la finalidad de poderle recitar un verso al superintendente en prueba de agradecimiento. Sin embargo, sólo pudo decir:

—¡Algún día seré policía, señor, y alcanzaré rápidamente la graduación de sargento por propios méritos!

—¡Bah! —dijo Goon sin poder contenerse, al tiempo que salía bruscamente.

¡Qué muchacho este Ern! Y ¡pensar que su tío le daba cinco chelines para que fuera su ayudante! ¡Qué manera de tirar el dinero!

—Vámonos a casa a desayunar; estoy desfallecido —dijo Fatty —. Mi madre se llevará un disgusto cuando vea mi chichón, pero ¡espero que no se me deshinche antes de ir a la escuela, pues así seré la envidia de todos cuando les relate cómo me lo hicieron!

—Bueno, Ern, ¿te has divertido con este misterio?

—¡Repato! —contestó—, ha sido fascinante, y muchas gracias por haberme dado la oportunidad de trabajar contigo. Jamás lo pasé tan bien, así es que no olvidaré nunca. Por cierto, que ¡todavía tengo los cinco chelines que me dio mi tío, de forma que estáis invitados todos esta mañana para tomarnos un helado, sin excluir a «Buster»!

—¡Eres un chico excelente, Ern! —manifestó Fatty, dándole unas cariñosas palmadas en el hombro, y los otros lo confirmaron haciendo avergonzar al muchacho que se puso colorado como un tomate. ¡Buen chico, Ern!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

*Los Cinco* y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).